DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

LOS TUNELES DE CU CHI

9

LA GUERRA SUBTERRANEA EN VIETNAM, POR TOM MANGOLD Y JOHN PENYCATE.

10002
650 PTAS.
CON IVA
613 PTAS.
SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

INTRODUCCION

En 1968 uno de los autores de esta obra estuvo tres meses en Vietnam, informando sobre la guerra como corresponsal de la BBC Television News. Diez años después, los dos juntos fuimos los primeros periodistas de la BBC que consiguieron un visado del gobierno comunista de la República Socialista de Vietnam para visitar Hanoi y Ho Chi Minh (anteriormente Saigón), con el objeto de filmar un reportaje especial para *Panorama*. En esa visita fuimos presentados al capitán Nguyen Thanh Linh, que había comandado las guerrillas que operaban en los túneles del distrito de Cu Chi, y fue en el antiguo cuartel general de Phu My Hung donde tuvo lugar nuestro primer contacto con los túneles y con algunos de los hombres que lucharon en ellos.

Posteriormente, se nos dio permiso para volver a Vietnam —ya no como periodistas, sino como escritores— para estudiar los túneles y la guerra subterránea con mayor detalle. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Hanoi nos facilitó la visita a los túneles de Cu Chi siempre que lo deseamos y nos dio un inusual acceso a mandos superiores del Ejército Popular que habían servido en las fuerzas comunistas de Vietnam del Sur.

Fuimos invitados a varias reuniones en el cuartel general de la VII Región Militar en Ho Chi Minh, a la que pertenece el distrito de Cu Chi, y conocimos a oficiales que nunca antes habían hablado con visitantes occidentales, permitiéndosenos una conversación sin límite de tiempo con el coronel Nguyen Quang Minh, antiguo oficial de estado mayor del Ejército de Liberación y principal historiador militar de la VII Región Militar.

En esa misma VII Región Militar de Ho Chi Minh nos facilitaron mapas originales del sistema de túneles, así como dibujos y diagramas del proceso de construcción.

En las aldeas y caseríos de Cu Chi y distritos adyacentes entramos en contacto con muchos antiguos combatientes de túneles, algunos todavía uniformados, y muchos reincorporados a la vida campesina. Conocimos también a otros civiles importantes, así como a Mai Chi Tho, presidente del Partido en la capital y hermano de Le Duc Tho, firmante por Vietnam del Norte del acuerdo de alto el fuego con Estados Unidos.

Sorprendentemente, resultó más difícil localizar a veteranos norteamericanos relevantes, pues el carácter de los que lucharon en los túneles excluye el sentimiento gregario o el deseo de apuntarse a asociaciones de veteranos. Una vez acabado el servicio, a muchos de estos hombres solitarios la vida les pareció carente de emoción; intranquilos por naturaleza, muchos habían ido cambiando de trabajo sin apenas dejar rastros detrás de ellos y muy pocos habían permanecido en contacto con sus antiguos camaradas De los GI (soldados de Infantería) especialistas en guerra subterránea que sobrevivieron —probablemente uno de los más selectos grupos de ex combatientes del mundo—, sólo pudimos hallar a unas docenas tras muchas pesquisas, y un pequeño número de ellos estaba aún demasiado traumatizado por sus experiencias para contarlas y verlas publicadas. No obstante, la mayoría aceptó recibirnos y exponer, por primera vez desde que regresaron de Vietnam, sus experiencias de combate en los túneles.

Como resutado de todo ello, les ofrecemos esta obra, una historia que trata de héroes de los dos bandos.

Tom Mangold y John Penycate
1985

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 9 - Los túneles de Cu Chi

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22 08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona
ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Diciembre 1988

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

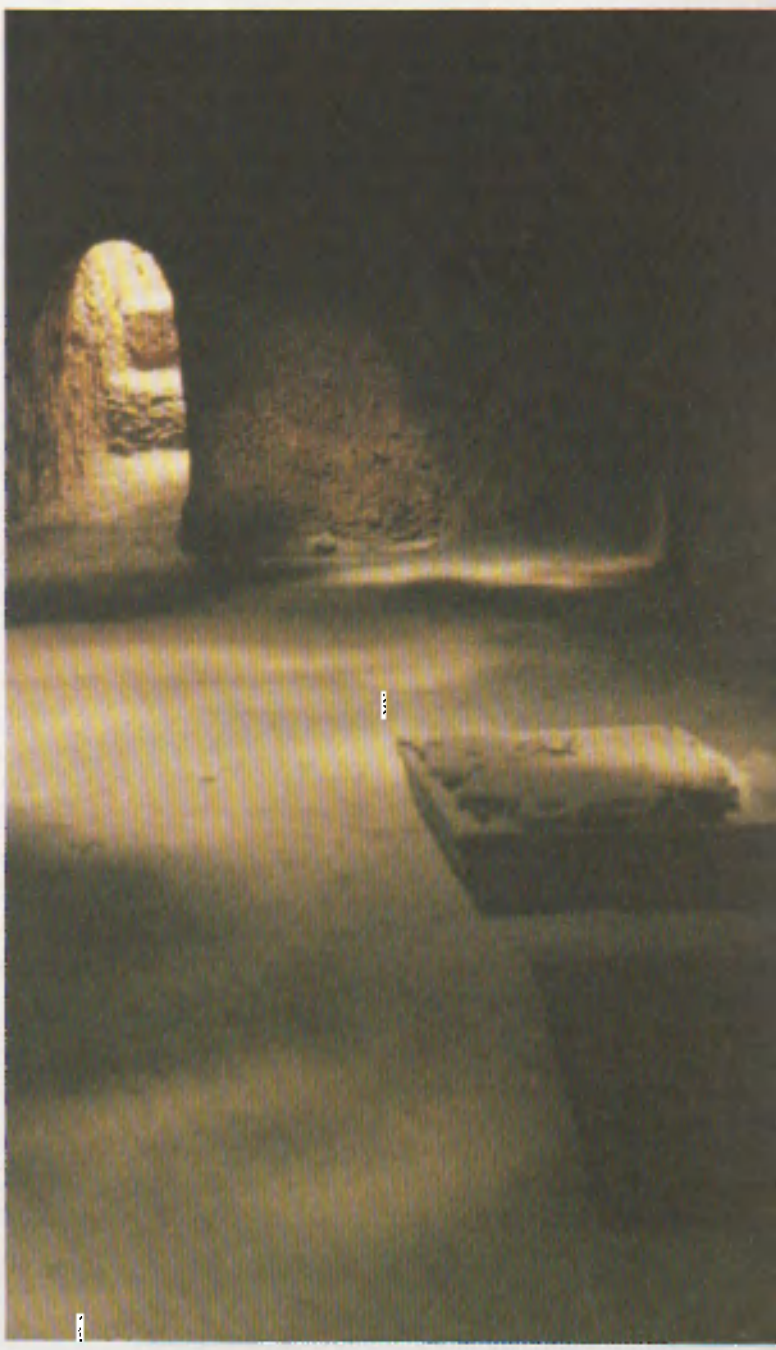
Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS**. Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

LOS TUNELES DE CU CHI

TOM MANGOLD Y JOHN PENYCATE



Capítulo 1 3
El inframundo
La guerra subterránea
El distrito de Cu Chi
Operación Crimp

Capítulo 2 19
En la oscuridad
La guerrillas del Vietcong
Los túneles
Supervivencia subterránea

Capítulo 3 29
Jugando al escondite
Los especialistas
No vale el culo de una rata
Acciones psicológicas
Ciencia para la guerra

Capítulo 4 47
Ratas de túnel
Rata Seis y Batman
La sección de túneles
Ganadores y perdedores

REX FEATURES

DERECHA: *Un soldado norteamericano descuelga una carga explosiva por la entrada de un túnel; pero, ¿sería posible destruir la férrea voluntad de un pueblo resuelto?* (ARRIBA)

Capítulo 1

EL INFRAMUNDO

LA GUERRA SUBTERRÁNEA

Nam Thuan oyó el ruido de las cadenas mucho antes de que sus ojos divisaran las malignas nubes de polvo levantadas por los vehículos acorazados de transporte de personal. Echado en el suelo e inmóvil, intentaba determinar su número, pero lo único que percibían sus ojos y oídos era la fusión de las chirriantes cadenas de acero con el halo de polvo que se aproximaba, a medida que la unidad blindada norteamericana avanzaba trabajosamente bajo el temprano sol matutino directamente hacia donde él se encontraba.

Al ser secretario del Partido Comunista de la aldea de Phu My Hung y sus seis pequeños caseríos, Nam Thuan era automáticamente comisario político de la fuerza defensiva de la aldea, una pequeña unidad ya muy mermada por la acción y por la promoción de parte de sus miembros a las fuerzas combatientes regionales. Aquella mañana su reducida sección estaba compuesta por un buen comandante sustituto y un par de muchachos aldeanos. Sus órdenes eran bastante secillas: tenía que retrasar cualquier avance norteamericano hacia Phu My Hung atrayendo al enemigo al combate; si era posible, acabaría con ellos y, si no, su maniobra de diversión proporcionaría el margen de tiempo preciso para evacuar la aldea y ocultar las armas, y para que los guerrilleros se escondieran

Corría el mes de agosto de 1968. ya hacía tres años desde el comienzo de la guerra con los norteamericanos y, aunque la gran ofensiva del Tet parecía haberse cobrado muchas vidas, Vietnam del Sur no había sido aún reunificado con el del Norte Si acaso, pensaba Thuan, los norteamericanos parecían más seguros y más poderosos que nunca. Pero al menos sus movimientos eran previsibles. Era un consuelo necesario a medida que se iba acercando el traqueteo de la pequeña columna blindada: los norteamericanos siempre llegaban cuando eran esperados, y lo hacían ruidosamente y en gran número.

Nam Thuan contó trece vehículos M-113, lo cual representaba una fuerza mayor que la esperada. Era preciso que se moviera con rapidez si quería arrastrar a la columna hacia sí y hacia los túneles. Para enfrentarse a ella tenía solamente dos minas de control remoto listas para ser detonadas y una caja entera de granadas M-26 norteamericanas. Su plan era retroceder en medio de la confusión creada por las explosiones y escapar por el túnel, aunque no con tanta rapidez que los norteamericanos no llegaran a verlo.

Las cosas salieron mal desde un principio: activó prematuramente la primera mina DH-10, que explotó justo delante del APC (vehículo acorazado de transporte de personal) de cabeza, sin provocar daño alguno; la segunda mina no explosionó. Como la columna estaba aún demasiado lejos para usar las granadas, Thuan se puso en pie, salió deliberadamente a campo abierto y echó a correr con dificultad hacia la entrada del túnel —su situación estaba señalada por la trampilla abierta—, aferrando entre los brazos la caja de granadas. El vehículo de cabeza lo detectó y cambió la dirección para seguirlo, mientras Thuan se preguntaba si los norteamericanos iban a abrir fuego con la ametralladora de la torreta, pero, aunque así lo hicieran, sería improbable que con las sacudidas que daba el vehículo el tirador alcanzara al pequeño blanco móvil. Alargó las manos desde la trampilla del túnel para coger la caja de granadas y luego saltó al pozo y cerró la trampilla sobre su cabeza. Cegado por el repentino tránsito de la luz del día a la oscuridad, Thuan permaneció quieto unos momentos, agachado en el pozo de un metro de profundidad a la espera de que las imágenes volvieran a la retina. Al fondo del pozo en el que estaba y casi formando un ángulo recto comenzaba un túnel de comunicación de dieciocho metros, por el que Thuan se introdujo con agilidad buscando su abrazo protector. Se dio cuenta de que ya no oía las ruidosas cadenas de los APC Ahora el control de la batalla había pasado de sus manos a las de los norteamericanos que estaban en la superficie. Si los vehículos pasaban de largo, sería imposible volver a desafiarlos antes que alcanzaran Phu My Hung; y sus órdenes eran no permitir que eso sucediera.

Durante unos minutos, Thuan estudió el lugar en que se encontraba. Había entrado por el pozo que conectaba con el túnel de comunicación, al final del cual un segundo pozo descendía otro metro hasta alcanzar un segundo túnel de comunicación; siguiendo este último, llegaría a un sistema semejante de pozos y túneles que le llevarían hacia arriba y al exterior. No obstante, el punto de salida del sistema estaba a unos 35 metros del lugar en que los norteamericanos le habían visto. Esta segunda salida no estaba sino someramente camuflada y, como era crucial para el éxito de su plan que no fuera descubierta, había apostado allí a uno de sus hombres para que le comunicara con la mínima demora lo que hacían los norteamericanos arriba mientras él estaba abajo.

El túnel guardaba todavía el fresco del aire nocturno. Thuan gateó hasta un pequeño hueco excavado en el primer túnel de comunicación a un metro, más o menos, del pozo; en el momento en que se doblaba para sentarse, oyó una explosión apagada seguida de una sacudida y de pronto atravesó el pozo un rayo de sol enturbiado por el polvo. Los norteamericanos habían volado por los aires la trampilla del túnel, tal y como Thuan deseaba fervientemente que hicieran, porque así la columna se veía obligada a detenerse mientras exploraba a fondo el sistema

ABAJO: *A los soldados estadounidenses los dejaba confundidos y desmoralizados la facilidad con que el enemigo los atacaba desde entradas de túnel ocultas, dentro incluso de sus propias bases de fuego.*

REX FEATURES

de túneles antes de destruirlo Thuan entrecerró los ojos para ver en la penumbra, cogió el fusil AK-47, lo afianzó en el pecho y esperó silenciosamente en el hueco

Esperó más de una hora. Cuando oyó el primer helicóptero norteamericano supo que no iban a volar el túnel sin explorarlo antes y, mientras el aparato tomaba tierra zumbando ruidosamente, Thuan imaginó que en él llegaban soldados especialistas en túneles

El observador de Thuan, escondido en la superficie junto a la segunda salida del túnel, le había enviado un mensajero al hueco a través de los túneles con unas noticias completamente previsibles: los norteamericanos habían traído hombres en helicóptero, y eran de corta estatura. Esos eran soldados de túnel.

Pasó otra hora antes que el primer GI (soldado de Infantería) se acercara a la entrada del túnel. Al principio, Thuan había oído conversaciones encima de su escondite, pero durante los últimos treinta minutos no había oído nada. En cualquier caso, sólo podía entrar un norteamericano cada vez, porque, tanto el primer pozo de entrada como el segundo túnel de comunicación, no permitían más que el paso de un hombre delgado. Los soldados de túnel eran delgados y buenos luchadores, pero, a diferencia de Nam Thuan y su pequeña sección aldeana de guerrilleros comunistas, no habían pasado años en el interior de los túneles de Cu Chi ni habían librado muchos combates en aquella húmeda y malsana oscuridad.

El cálculo del tiempo era ahora crucial. Esperó a que hubiera una pausa en los disparos de pistola y después sacó la cabeza y los hombros fuera del pozo.

Thuan no podía concebir el fracaso; había recibido ya una Medalla de Victoria de tercera clase y una de segunda, y ahora iba a ganar otra. Thuan era un hombre de pequeña estatura, incluso para las medidas vietnamitas, y delgado, que nunca había conocido la paz en su país. Su padre ya había luchado en Cu Chi contra los franceses desde complejos túneles semejantes cuando él no era más que un niño

Un pequeño desprendimiento de tierra en la entrada del túnel anunció a Thuan que el primer soldado norteamericano estaba descendiendo. Había dispuesto intencionadamente que el primer pozo tuviese una profundidad de un metro, de forma que el norteamericano tendría que bajar con los pies por delante y luego introducirse con gran dificultad por el largo túnel de comunicación donde él le esperaba oculto en el hueco. En otra ocasión, en el momento en que los pies de un GI habían tocado el fondo, Thuan le había clavado la bayoneta en la ingle, pero esta vez asomó por el hueco cuando las botas de jungla verdinegras descendían y, aprovechando la luz que entraba por el túnel, disparó dos veces sobre la parte inferior del cuerpo del soldado.

Ahora, los norteamericanos que estaban arriba tenían dificultades: no podían echar granadas al pozo porque su compañero mortalmente herido obstruía el orificio —fuera como fuera, podía estar vivo—; además, desplomado como estaba en el estrecho pozo impedía que otros soldados bajaran a perseguir a Thuan. Éste calculó que tardarían unos treinta minutos al menos en atar con cuerdas los brazos del moribundo y sacarlo de allí. La preocupación de los norteamericanos por sus muertos y heridos seguía siendo una fuente de asombro y alivio para los soldados comunistas, porque cualquier cosa que retrase el combate favorece inevitablemente al bando más débil, permitiéndole reagruparse, volver a cargar y replantearse la situación.

US ARMY

ARRIBA: *Un "rata de túnel" norteamericano es descolgado lentamente por el pozo de un túnel, sin saber si al instante siguiente un enemigo oculto le causará la muerte.*

Thuan preveía que, una vez que hubieran retirado el cuerpo del soldado, sus compañeros dejarían caer una o dos granadas en el pozo, esperarían a que se aclarase el humo y luego entrarían por el agujero gateando rápidamente por el primer túnel de comunicación precedidos por disparos de pistola. Esta vez serían más cautos y estarían más irritados, pero él no iba a quedarse en aquel lugar

Su siguiente puesto de combate era el segundo pozo, de poco más de un metro de profundidad, que comunicaba el primer túnel con otro situado a un nivel inferior En lo alto de este segundo pozo había una trampilla que Thuan tenía que retirar si quería que su siguiente acción fuera un éxito. Rezó porque los norteamericanos no usaran gas para hacerlo salir en aquella primera fase; si no lo hacían y tenía suerte, sus enemigos lo seguirían con linternas. Se ocultó en el segundo pozo, dejando la trampilla quitada y se agachó de tal forma que quedaba invisible para los estadounidenses que avanzarían hacia él a tien-

ARRIBA: *Un complejo de túneles descubierto durante la operación Cedar Falls y que se creía que era el cuartel general subterráneo de la IV Región Militar del Vietcong.*

tas. Efectivamente, venían con linternas; podían haber traído también altavoces para anunciar sus intenciones.

Los soldados de túnel no habían lanzado granadas, pero habían disparado con las pistolas para despejar el túnel. Cuando Thuan, acurrucado en el pozo al final de aquel túnel, levantó la vista, sintió en la cara los pequeños y afilados fragmentos de tierra arcillosa desprendidos por las balas que impactaban en el extremo del túnel, justo encima del pozo abierto. Después se fue apagando el ruido del tiroteo y los soldados comenzaron a avanzar lentamente. En cuanto sus linternas descubrieran delante de ellas la entrada abierta de un pozo, harían rodar una granada a su interior y Thuan volaría en pedazos. El cálculo del tiempo era ahora crucial. Esperó a que hubiera una pausa en los disparos de pistola y después sacó la cabeza y los hombros fuera del pozo. Vio dos linternas que lo cegaron y, en el mismo momento en que oía una voz extranjera gritando, disparó el primer cargador de su AK-47, cargó el segundo y lo vació también. El túnel se llenó de estruendos, resplandores anaranjados y gritos de hombres heridos. Volvió a agacharse, cogiendo la trampilla del fondo del pozo y colocándola nuevamente sobre su cabeza, y se internó con dificultad por el segundo túnel, hasta alejarse lo bastante para estar a salvo si los norteamericanos lograban levantar la trampilla y arrojaban granadas por el pozo. Se echó a tierra sudoroso y sin aliento.

Desde su escondrijo de la superficie, en la salida del pozo secreto, a unos 35 metros de la posición enemiga, el observador de Thuan veía a los estadounidenses retirar trabajosamente los muertos y heridos producidos por Thuan. Llegaron tres helicópteros para recoger a las víctimas. Thuan anotaba cuidadosamente toda la información que le traía el mensajero del exterior, porque le proporcionaba el material básico para preparar el siguiente plan en el interior. Su sustituto estaba convencido de que ahora los estadounidenses iban a dinamitar el túnel, pero Thuan no estaba tan seguro: eran las cuatro de la tarde y los norteamericanos preferirían marcharse para pasar la noche en la base de Dong Zu, junto a la ciudad de Cu Chi, y regresar en helicóptero con las primeras luces. No habían descubierto aún la segunda entrada secreta al túnel y habían perdido la ventaja de la sorpresa y algunos hombres. Probablemente su esperanza sería que el complejo de túneles fuera lo bastante grande como para que mereciera la pena explorarlo en busca de documentos o equipo militar del enemigo. Thuan tenía todavía la caja de granadas y una perfecta ruta de escape a sus espaldas, de modo que se arriesgaría a otro enfrentamiento.

El que iba en cabeza... dirigiría la linterna hacia arriba y quizá tuviera tiempo de ver caer la granada que acabaría con su vida.

Los estadounidenses llegaron poco después de las ocho de la mañana, como parecían tener por costumbre. Un equipo entró gateando con exagerado cuidado en el sistema de túneles en que habían sucedido tales estragos el día anterior; avanzaban palmo a palmo buscando trampas explosivas, pero Thuan las había desmantelado todas: quería a los soldados muertos y no salvados por su actitud vigilante. Esperó hasta que un débil resplandor le diera el primer indicio de que estaban recorriendo el segundo túnel, situado al nivel inferior. El que iba en cabeza se encontraría frente a sí el pozo del fondo del túnel, dirigiría la linterna hacia arriba y quizá tuviera tiempo de ver caer la granada que acabaría con su vida.

En los cinco segundos que precedieron a la explosión de la granada en medio de los norteamericanos —no supo nunca cuántos eran—, Thuan tuvo tiempo de cerrar la trampilla de golpe, colocar encima un pesado saco de tierra y colocarse él mismo encima del saco, de forma que la explosión no pudo más que levantar la trampilla con su peso suplementario. Después hubo un silencio absoluto.

Antes que los norteamericanos destruyeran posteriormente el túnel con torpedos Bangalore —cadenas de explosivos unidos por un cordón detonador—, los hombres de Thuan habían tenido tiempo de recuperar cuatro pistolas en buen estado, todas del 38, y dos linternas rotas, y de escapar toda la sección por una salida secreta. En realidad, la explosión destruyó únicamente unos veinte metros de la red de túneles y a las pocas semanas el sistema volvió a estar utilizable.

★ ★ ★

El sargento Arnold Gutiérrez, de treinta y ocho años de edad, un metro cincuenta y ocho de alto y 56 kilos de peso, estaba sentado entre los matorrales comiendo sus raciones C y maldiciendo su suerte. Durante decenios había estado en activo y retirado del servicio sucesivamente: se apuntó a la Infantería de Marina en el 45, pasó una temporada en la Guardia Nacional de Nuevo México, volvió un tiempo a la reserva del Cuerpo de Infantería de Marina, se incorporó al Ejército en el 62, fue hecho sargento a los dos años y sargento mayor justo a tiempo para ir a Vietnam y entrar en acción. Corría el mes de abril de 1966 y todavía no había entrado en acción, sino que estaba con una unidad de Infantería y se pasaba el día buscando agujeros en el suelo.

Cuando la 25ª había llegado a Cu Chi, había colocado el campamento base, al parecer, sobre una antigua plantación de cacahuetes situada exactamente encima de alguna misteriosa ciudad subterránea, o muy cerca de ella. Y la 25ª. no había sido capaz de asegurar su propio perímetro, lo que le ocasionaba dificultades en aumento y hacía necesario disponer de especialistas de pequeña estatura para que bajaran a los túneles y desalojaran a «Charlie». Y aquello era lo que había traído a Arnie Gutiérrez a la jungla, como suboficial al mando de la Compañía A del 4º. Batallón de la 23ª. de Infantería Mecanizada

> La explosión de una granada en un túnel encima de un ser humano producía efectos indecibles... Después de sufrir una de esas explosiones, un hombre podía caber en un bolso de mano.

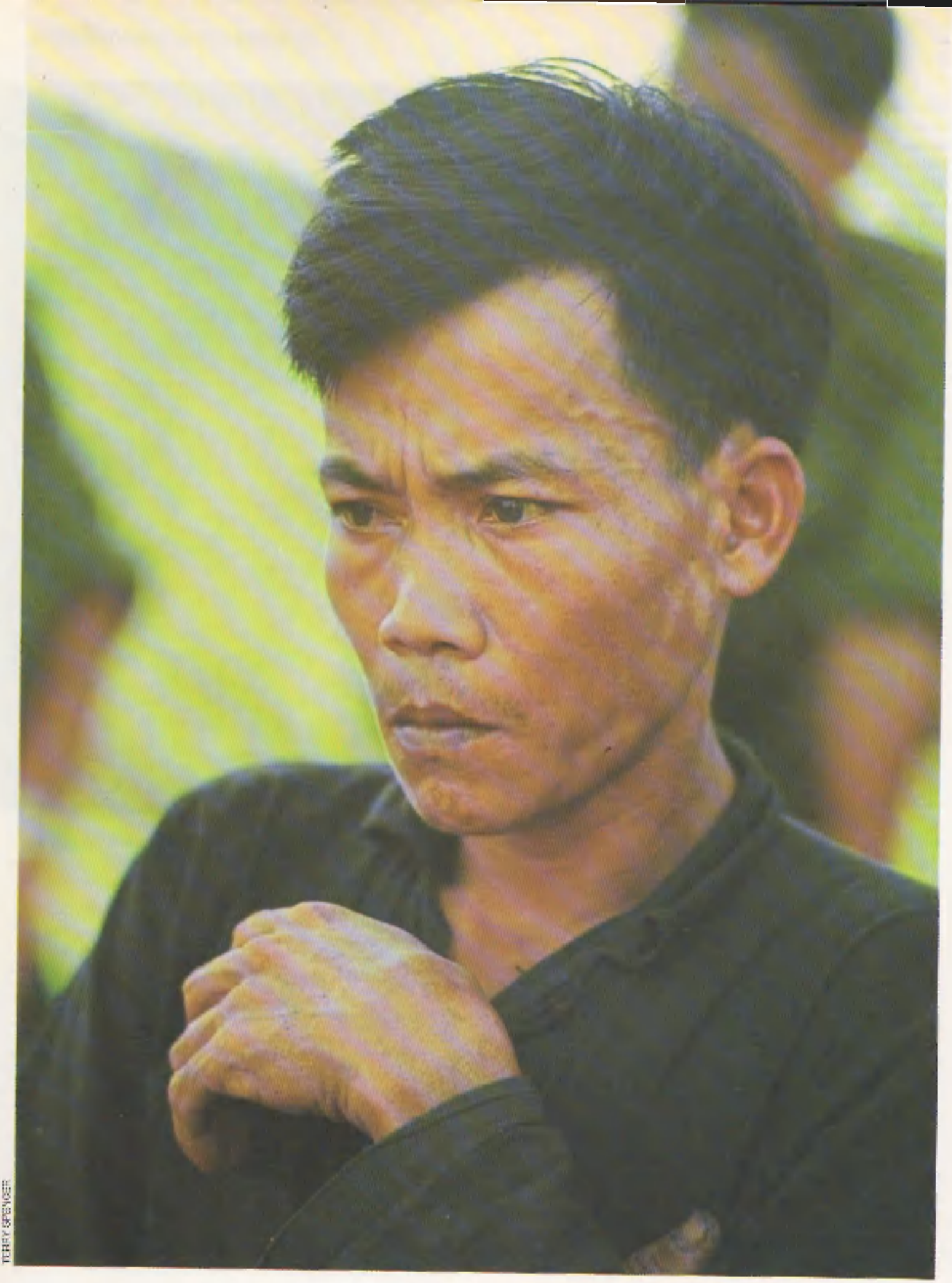
Había sido un día malo hasta ese momento y todavía eran las once y media de la mañana. Estaban buscando túneles del Vietcong, lo cual era casi tan fácil como encontrar trufas en un trigal de Kansas. Las entradas de los túneles estaban increíblemente bien camufladas. y cuando un pelotón se acercaba a una, era muy frecuente que los francotiradores abatieran de un tiro al hombre de cabeza, de manera que cundía el pánico y la entrada permanecía bloqueada. Pero cuando el pelotón era lo bastante afortunado para descubrir una entrada en los raros momentos en que estaban al descubierto, un oficial llamaba a uno de los especialistas, que se preparaba para gatear por el túnel, con esa mezcla agridulce de miedo y esperanza. Había agujeros calientes (activos) y fríos (vacíos), y Arnie Gutiérrez no había estado nunca en un agujero caliente.

Aquel día la patrulla no había dado ningún fruto y los hombres mascaban sus raciones en silencio. Era el momento del día en que parecía imposible que pudiera hacer más calor y hasta el propio oxígeno del aire parecía hervir. Para alguno de los hombres de mayor corpulencia aquello resultaba muy duro, pero los pequeños y flacos como Gutiérrez sufrían mucho menos. De todos modos, el humor iba a la par con el calor del día y Gutiérrez notaba cómo iba excitándose.

La carrera, por fortuna breve, de Arnie Gutiérrez como soldado de túnel había sido, sin embargo, suficiente para permitirle considerar con mucho cuidado los aspectos más duros de aquella tarea. Aunque pretendía ser el cazador, sabía bien que era la presa; casi nada estaba a su favor en aquellos agujeros de detestable olor, excepto porque a veces, cuando el calor era intenso, todavía conservaban el frescor y la humedad de la noche; en otro caso, provocaban claustrofobia, miedo y cansancio físico. Y todo eso sin que todavía hubiera encontrado a un vietcong en el túnel y sin que hubiera entablado un tiroteo allí dentro. Sin embargo, una pequeña parte de él, una parte que temía de sí mismo, producía la adrenalina suficiente para hacerle desear bajar a los túneles: una llamita inapagable, alimentada por un instinto más primitivo que lo que osaba admitir, le incitaba ahora a la acción.

ARRIBA. *Un soldado norteamericano preparando la mecha para una carga de explosivo plástico C-4.*

Tomó su pistola del 22, la linterna, alambre y cuerda, un palo pequeño y una bayoneta, se quitó el casco y la chaqueta del traje de faena, quedando sólo con la camisa verde, los pantalones y las botas. La explosión de la mina había formado una gran abertura en los bordes irregulares que dejaba al descubierto al menos tres pequeñas entradas de túnel separadas, cada una del tamaño suficiente para que entrara un hombre delgado. Sin razón alguna, eligió el túnel de la derecha, mientras el cobarde que albergaba en su interior no dejaba de repetir que «Charlie» se habría ido mucho antes después de la explosión de



TOBEY SPENCER

la mina y que, con un poco de suerte, aquello sería un pequeño paseo. Aún así, el túnel podía ser una trampa explosiva, de modo que tenía que usar la linterna para descubrir el peor peligro: un viejo cable de comunicaciones estadounidense usado por «Charlie» como detonador para hacer estallar una trampa explosiva. La explosión de una granada en un túnel encima de un ser humano producía efectos indecibles, dado que todo el poder explosivo rebotaba en las paredes del túnel concentrándose en un solo punto. Después de sufrir una de esas explosiones. un hombre podía caber en un bolso de mano.

Mientras se internaba paso a paso en el túnel y un miedo familiar le paralizaba el esfínter, y los ojos se le llenaban de tierra y sudor, se detuvo un momento para aplicar la regla de oro número dos, y al hacerlo empleaba dos minutos en salvar la vida. El túnel comenzaba a hacerse más alto y, aunque necesitaba la linterna para buscar trampas explosivas, su luz era un blanco perfecto si «Charlie» estaba esperándole; por tanto, Gutiérrez cogió el palo y un trozo de alambre, ató la linterna al palo y sosteniéndola en alto con la mano izquierda la alejó de su oreja cuanto permitía el techo del túnel. Guardó el cuchillo. con el que había estado examinando cuidadosamente unas raíces de aspecto sospechoso que sobresalían de la tierra, desenfundó el pequeño revólver del 22 y lo empuñó con la derecha. No había manera más difícil ni incómoda de recorrer un túnel, pero era la única forma sensata. Al ver que le manaba sangre de la rodilla, el sargento echó una maldición por no haber traído sus rodilleras caseras Como empezaba a tener la sensación de que se había internado bastante sin un hombre de apoyo provisto de radiotransmisor TR12, decidió dar un giro más en el túnel, buscar un apartadero en donde poder dar la vuelta, y regresar.

> ... Sus opciones eran demasiado limitadas para preocuparse: sólo podía avanzar o recular. Se decidió a gatear hacia adelante y aquellos veinte metros le llevaron una eternidad.

Llegó a ver al vietcong disparándole; vio su cara, vio el resplandor del cañón del fusil, y el ruido que estalló en torno a su cráneo desafió a la evidencia haciéndole creer que le habían dado en la cabeza. Aturdido y ensordecido, soltó la linterna, cayó al suelo y disparó a ciegas hacia el lugar donde había visto la cara. Tumbado en el suelo y tosiendo por el acre humo de la pistola, comenzó a darse cuenta lentamente de que no sólo estaba vivo, sino ileso. ¿Por qué no había descargado «Charlie» el golpe de gracia? Todavía ensordecido, vio la linterna en el suelo y encendida; esperó echado un poco más antes de avanzar de lado y cautelosamente hacia la linterna y cogerla. No hubo nuevos disparos y vio, a medida que iba asentándose el polvo, una figura caída a unos veinte metros. Si hubiera habido un segundo vietcong, Gutiérrez ya sería hombre muerto, de modo que no había problema; pero...¿habría huido el segundo vietcong, dejando a su camarada caído como una trampa explosiva? O tal vez la figura del suelo no estaba muerta sino esperando Gutiérrez intentaba calcular cuánto tiempo había pasado desde el tiroteo, aunque sus opciones eran demasiado limitadas para preocuparse: sólo podía avanzar o recular. Se decidió a gatear hacia adelante y aquellos 20 metros le llevaron una eternidad.

Su adversario había recibido un impacto en la cabeza; la bala había hecho un pequeño agujero en la sien y la herida había dejado de sangrar, aunque el hombre respiraba todavía. Gutiérrez tomó el alambre que había traído y lo ató a la boca del AK-47, para averiguar si el fusil era una trampa explosiva. Luego enfundó su revólver y comenzó a retroceder por el túnel desenrollando el alambre ante sí, pero cuidando de no tirar del arma. Al dar una curva, se encontró con otros compañeros que llegaban en su ayuda. Le siseó al cabo que retrocediese y uno a uno salieron al aire y la luz. Sólo entonces tiró Gutiérrez del alambre —no hubo explosión— y sacó el AK-47 también

> ... Una vez afuera, hizo que el pelotón tirara del vietcong. Cuando el cuerpo emergió del agujero, el hombre estaba ya muerto.

Regresó al interior con una cuerda y, después de atarse otra a un tobillo. por si tenían que sacarlo a rastras también a él, volvió paso a paso al lugar donde yacía el vietcong herido. Si el AK-47 no era una trampa explosiva, tampoco era probable que lo fuera el cuerpo, pero, no obstante, el sargento lo exploró delicadamente en busca de cables reveladores antes de atarle la cuerda en torno al cuello, porque no iba a arriesgarse a atarla por debajo de las axilas. Gutiérrez retrocedió de nuevo por el túnel desenrollando la cuerda ante sí y, una vez afuera, hizo que el pelotón tirara del vietcong. Cuando el cuerpo emergió del agujero, el hombre estaba ya muerto.

IZQUIERDA: *La dura expresión de un vietcong. Los hombres que vivían en los túneles arrostraban cualquier peligro, cualquier sacrificio para alcanzar la victoria final.*

ABAJO: *Los sistemas de túneles son hoy la atracción turística predilecta, tanto para los vietnamitas como para los extranjeros, y un testimonio patente de un decidido esfuerzo.*

REX FEATURES

EL DISTRITO DE CU CHI

Los túneles subterráneos de Cu Chi eran la parte más intrincada de una red que —en el momento culminante de la guerra del Vietnam, a mediados de los sesenta— se extendía desde las puertas de Saigón hasta la frontera con Camboya (Ho Chi Minh y Kampuchea, respectivamente). Había cientos de kilómetros de túneles a través de los cuales se comunicaban entre sí aldeas, distritos e incluso provincias; en ellos existían zonas de alojamiento, lugares de almacenamiento, fábricas de pertrechos de guerra, hospitales, cuarteles de mando y casi todas las demás instalaciones que los comunistas de Vietnam del Sur pudieran necesitar para la guerra y que pudieran ser emplazadas bajo tierra.

Ni un solo ingeniero militar proyectó aquel vasto laberinto, ni tampoco —a pesar del control absoluto de Vo Nguyen Giap desde Hanoi— fue construido por orden de ningún jefe militar. El desarrollo de los túneles constituyó la respuesta natural de un ejército guerrillero predominantemente local y pobremente equipado a una estrategia militar basada en la tecnología de mediados del siglo veinte la aviación. las bombas, la artillería y la guerra química, obligaron al Vietcong a vivir y combatir bajo tierra. Irónicamente, el tratarse de un ejército de topos enfrentado a tropas que llegaban al campo de batalla en helicópteros prolongó la guerra hasta el punto de persuadir a los estadounidenses de que no era posible ganarla. Y, en cuanto Estados Unidos comenzó a desentenderse de la guerra, la victoria total de los comunistas se fue avecinando inevitablemente.

El distrito de Cu Chi, enclavado en lo que era Vietnam del Sur, llegó a ser la zona que sufrió más bombardeos desde aviones, más ataques artilleros, más lanzamiento de gases, mayor defoliación y, en suma, la zona más devastada en la historia bélica mundial. Durante años, la mayor parte de Cu Chi padeció las consecuencias de ser una «zona de ataque libre», lo que significaba que durante la noche era batido por el fuego artillero indiscriminado conocido como «hostigamiento e interdicción», que se incitaba a los pilotos de bombarderos a dejar caer sobre Cu Chi. antes de regresar a su base, las bombas explosivas y de napalm que les sobraban de sus misiones.

> Cu Chi ha llegado a simbolizar el horror, el heroísmo y la resistencia de la lucha vietnamita por el sueño de libertad e independencia de Ho Chi Minh.

Por esa razón, la zona ha sido glorificada en los relatos de los comunistas vencedores con títulos honoríficos, tales como Tierra de Hierro o Tierra de Fuego Casi cada una de sus aldeas y caseríos es una «aldea heroica» o goza de alguna otra distinción o mención; toda la zona está salpicada de tumbas de los «héroes» caídos de ambos sexos, agrupados en torno a obeliscos conmemorativos con la inscripción «La Nación os recuerda». Durante treinta años, los vietnamitas combatieron a lo largo de los mil kilómetros de su país para acabar por unificar el territorio actual, pero la guerra en Cu Chi ha llegado a simbolizar el horror, el heroísmo y la resistencia de la lucha vietnamita por el sueño de libertad e independencia de Ho Chi Minh.

El distrito de Cu Chi, administrado desde la pequeña ciudad mercantil del mismo nombre, forma actualmente parte de Ho Chi Minh, situada al sudeste del país y que, bajo la anterior denominación de Saigón, fue la capital de la República de Vietnam —Vietnam del Sur—, que duró de 1954 a 1975. Al sur del distrito está el Delta del Mekong, la fuente de arroz del Sudeste asiático, una región de arrozales, marismas y canales. Al norte de Saigón están las estribaciones de las montañas centrales, que se extienden en dirección norte formando el espinazo de Vietnam más allá de la línea de demarcación de 1954 (conocida como la Zona Desmilitarizada, o DMZ), en lo que, hasta 1975, se denominó Vietnam del Norte. Las montañas son muy escarpadas, cubiertas de espesa selva, no cultivables y están escasamente pobladas por algunas tribus. Entre el Delta y las montañas se extiende la llanura, conocida como el piedemonte o terraza del Mekong, que va en dirección noroeste desde Saigón a la frontera camboyana como una enorme porción de tarta con el vértice en la antigua capital: el extremo estrecho de este triángulo es Cu Chi.

> Ben Cat..., como Cu Chi, iba a alcanzar una temible reputación como fortaleza del Vietcong.

Menos fértil que el Delta, pero densamente poblado y muy cultivado, el distrito de Cu Chi es una red de aldeas a ambos lados de la Ruta I, la carretera que enlaza Saigón con Phnom Penh (en lo que era Camboya) y con Tay Ninh, la provincia fronteriza. El límite norte del distrito de Cu Chi está formado por el río Saigón, que lo separa de un distrito que toma el nombre de su ciudad más grande, Ben Cat. Esa zona, como Cu Chi, iba a alcanzar una temible reputación como fortaleza del Vietcong. «Los comunistas siempre parecen tener un Triángulo de Hierro», escribió Malvin Walthall, historiador de la 25.ª División de Infantería estadounidense, refiriéndose a la zona que en Corea recibió ese nombre en 1951. El distrito de Ben Cat —y zonas vecinas— se convirtió en el Triángulo de Hierro de Vietnam Al norte de ese distrito está la ciudad de Loc Ninh, que durante años estuvo controlada completamente por el Vietcong, y entre esa ciudad y la capital survietnamita estaba Cu Chi y el Triángulo de Hierro. En palabras de un general norteamericano, «una daga apuntando a Saigón».

La importancia estratégica de esta parte de Vietnam del Sur es evidente en sí misma: se extiende a ambos lados de las rutas terrestres y fluviales hacia Saigón, y durante la guerra fueron esas las rutas de abastecimiento del Vietcong desde Camboya, donde acababa la Ruta Ho Chi Minh proveniente de Vietnam del Norte. En segundo lugar, el distrito de Cu Chi abarcaba la única zona de extensión considerable en Vietnam del Sur por la que tropas y vehículos podían moverse con facilidad, incluso cuando las lluvias monzónicas azotaban la región durante los meses de verano. Su importancia no pasó inadvertida a ninguna de las partes y naciones contendientes que sumieron en la guerra a Vietnam durante treinta años, por lo que la zona estaba salpicada de bases militares y cuarteles generales de todas ellas. El Ejército survietnamita, que dividió el Sur en cuatro zonas, la denominó Zona Táctica del III Cuerpo; para el Vietcong, toda la zona que rodeaba Saigón era su IV Región Militar.

★ ★ ★

Originariamente, los túneles de Cu Chi fueron excavados como escondrijos por el Vietminh, la guerrilla nacionalista que se enfrentó al poder colonial francés en los años cuarenta y cincuenta. Como en el caso de su sucesor, el Vietcong, los comunistas dominaron el movimiento independentista Ho Chi Minh fue su líder indiscutible y hasta su muerte en 1969 el «Tío Ho» personificó la tenacidad de su pueblo en la consecución de la independencia y la unidad Su rostro delgado y perspicaz, con el mechón de barba blanca, mira ahora desde casi todas las paredes vietnamitas: es el fundador del Estado.

Fue en Cu Chi... donde se desplegó el poderío militar estadounidense en toda su perfección.

En noviembre de 1963. unas pocas semanas antes del asesinato de Kennedy, el presidente Diem fue muerto en el curso de un golpe de Estado dado con el consentimiento de Washington. A ello se siguió una campaña de agitación ciudadana promovida por los budistas, molestos desde hacía mucho tiempo por la dominación católica, y la consecuencia final fue una confusa serie de juntas militares en Saigón. Durante 1964, la actividad del Vietcong se incrementó gracias a la ayuda material de Vietnam del Norte; los militantes que habían marchado al Norte después de 1954 habían ido infiltrándose en el Sur. entrenados y motivados para la acción política y la guerra de guerrillas; y con ellos llegaron los primeros soldados norvietnamitas para luchar a su lado bajo el mando del cuartel general comunista del Sur, la Oficina Central para Vietnam del Sur (COSVN).

ARRIBA: *Durante una batida en "territorio indio". Los túneles significaban que la muerte podía golpear en cualquier parte, en cualquier momento.*

Poco antes de la llegada masiva de soldados norteamericanos en 1965, el Vietcong había tenido arrojo suficiente para celebrar un desfile de la victoria por el centro de la ciudad de Cu Chi, mientras el destacamento local del ARVN (Ejército survietnamita), el 49º. Regimiento, permanecía en su fortín de la plantación de Fil Nol. Al mismo tiempo el general Giap desplazaba sus divisiones desde el Norte para cortar Vietnam del Sur por la mitad Dada la creciente ineficacia del ARVN, en 1965 la toma de Vietnam del Sur por los comunistas era una posibilidad digna de tenerse en cuenta La zona bajo control del Ejército survietnamita, en palabras del general de brigada Harley Mooney de la 25ª División de Infantería de EE.UU., era «de uno o dos metros a cada lado de donde estuvieran».

La intervención militar estadounidense a gran escala en la guerra de Vietnam en agosto de 1965 fue resultado directo del

ARRIBA: *Destruyendo un depósito secreto de arroz de la guerrilla. Era, no obstante, una batalla perdida: por cada almacén descubierto, quedaban varios sin localizar.*

fracaso del Ejército survietnamita en contener la serie de éxitos militares del Vietcong. En aquel año, las deserciones en el Ejército survietnamita sobrepasaron a los efectivos reclutados en 2.000 hombres por mes y los asesores estadounidenses comprobaron que desde 1954 sólo había sido herido un oficial del ARVN de alta graduación; en su momento más bajo, los survietnamitas llegaron a perder el equivalente a un batallón de soldados y una capital de distrito a la semana

En Vietnam del Sur, el Vietcong había establecido enormes enclaves sólo dominados por ellos, algunos de los cuales, como los situados en la frontera camboyana, continuaron siendo santuarios inviolados durante una gran parte de la guerra; pero el objetivo del NLF (Fuerzas de Liberación Nacional) no era simplemente hacerse hegemónico en zonas rurales, sino hacer realidad la promesa de Ho Chi Minh de reunificación e independencia. Las bases avanzadas más importantes del Vietcong eran las que estaban más cerca de Saigón, en los distritos de Cu Chi y Ben Cat, dos temibles fortalezas del Vietcong en las que el Ejército survietnamita no se atrevía a entrar. Cuando el general Westmoreland valoró la situación y decidió poner en práctica la táctica de «búsqueda y destrucción», fue en Cu Chi, el Triángulo de Hierro, los bosques de Tay Ninh y sus enormes redes de túneles y refugios, donde se desplegó el poderío militar estadounidense en toda su perfección.

Las primeras unidades norteamericanas de un tamaño considerable que llegaron a Vietnam fueron de Infantería de Marina, con la misión inicial de defender enclaves costeros y pistas de aterrizaje. Poco después llegaron grandes unidades del Ejército para detener el desmoronamiento provocado por el fracaso del Ejército survietnamita. A mediados de 1965, el general Giap intentó cortar Vietnam del Sur en dos mitades siguiendo una línea desde Pleiku, situado en la zona montañoza central, hasta la costa, pero la amenaza fue evitada en octubre tras la sangrienta batalla en el valle de Ia Drang entre tres regimientos norvietnamitas y la 1ª. División de Caballería Aérea, transportada en helicóptero a la zona de combate Los comunistas, enfrentados a una potencia de fuego tan abrumadora, además del apoyo aéreo, se vieron forzados a desarrollar un tipo de guerra diferente: hostigar al enemigo en los momentos y lugares elegidos por ellos mismos o, en caso contrario, evitar el contacto ocultándose. Sólo después que los estadounidenses abandonaran Vietnam, volvieron los comunistas a realizar una guerra convencional de movimientos... y entonces con éxito.

El único campo en que se veía a los norteamericanos lograr éxitos era en matar a guerrilleros del Vietcong utilizando su tecnología militar incomparable.

Hacia finales de 1965, la guerra terrestre en Vietnam del Sur era el principal centro de atención de la estrategia estadounidense. El bombardeo de Vietnam del Norte estaba obteniendo muy escasos resultados, al igual que la presión diplomática sobre Hanoi. En el único campo en que se veía a los estadounidenses lograr éxitos era en matar guerrilleros del Vietcong utilizando su tecnología militar incomparable y el tamaño de sus unidades. El resultado fue una guerra de desgaste en la que el triunfo se media contando los muertos del enemigo

El general Westmoreland, que había dirigido el Comando de Asistencia Militar Americana desde 1964, vio en los números la solución a la deteriorada situación en Vietnam del Sur, de modo que a lo largo de 1965 se incrementó la intervención norteamericana, desembarcando a ese lado del Pacífico divisiones enteras de 20.000 hombres cada una. El primer objetivo de Westmoreland era proteger Saigón y el segundo «pacificar» la región Decidió, por tanto, rodear Saigón de enormes campamentos base que llegarían a tener, con el tiempo, un carácter casi permanente. En Di An, al sur del Triángulo de Hierro, plantó su cuartel general la 1ª. División de Infantería, la «Gran Rojo Uno»; la 25ª. División, con base en Hawaii («Rayo del Trópico»), se estableció junto a la ciudad de Cu Chi; y así otras muchas.

Antes de establecer estos campamentos era preciso hacer operaciones de barrido para asegurar las zonas, pero las grandes operaciones militares tenían que esperar a la estación seca. La operación Crimp, en enero de 1966, fue la primera batida que hicieron los estadounidenses y las tropas aliadas en las fortalezas del Vietcong de los bosques de Ho Bo y otras partes del distrito de Cu Chi. Su objetivo era «limpiar y hacer segura» la zona adyacente al lugar donde se planeaba establecer un nuevo campamento base, y antes de que comenzara la operación como tal, la zona fue batida por la artillería y por los bombarderos B-52.

OPERACIÓN CRIMP

Los C-130 de transporte de la Fuerza Aérea encendieron los motores y avanzaron pesada y lentamente por la pista de despegue de Phuoc Vinh. Era el viernes 7 de enero de 1966 y el 1.er Batallón del 28°. de Infantería, parte de la 3ª. Brigada de la 1ª. División de Infantería USA, la «Gran Rojo Uno», estaba siendo aeroportado a Phu Lo, dentro de los preparativos para el comienzo de la operación de mayor envergadura realizada por los estadounidenses hasta la fecha en Vietnam, la operación Crimp.

Hacía dos semanas que había empezado la tregua de Navidad en los bombardeos contra Vietnam del Norte decretada por el presidente Johnson, pero en el Sur la operación Crimp del general Westmoreland pretendía dar a los comunistas una lección que no olvidaran jamás; iba a solucionar el problema de Cu Chi gracias al poderío militar: helicópteros, carros, vehículos acorazados de transporte de personal y no menos de 8.000 soldados. Un informe del Ejército norteamericano recientemente hecho público revela que la operación Crimp iba a ser «un ataque en masa... para golpear en el corazón mismo de la maquinaria del Vietcong en Vietnam del Sur, situado en los famosos bosques de Ho Bo al oeste del legendario Triángulo de Hierro».

En Phu My Hung, situada en la ribera del río Saigón y dentro de la zona selvática de Ho Bo, el teniente, luego capitán, del 7°. Batallón del Vietcong de Cu Chi, Nguyen Than Linh, estaba sentado en el interior de los túneles leyendo y releyendo los largos informes manuscritos que trataban sobre la operación preparada por los norteamericanos, y que ya había trasladado a su comandante regional. Linh tenía el mando de un batallón del Vietcong formado por unos 300 hombres. «Sabíamos que venían», decía Linh, «porque estaban siguiendo los principios militares básicos: efectuaban bombardeos aéreos, la artillería batía la zona, hacían fotografías de reconocimiento .. Todo ello era suficientemente inusual como para poner de manifiesto que se trataba de una operación de envergadura».

El batallón de Linh era una pequeña unidad encuadrada en el cuerpo local de defensa comunista, formado por unos 1.000 hombres, y tenía como misión la defensa del importantísimo complejo de túneles de Phu My Hung, uno de los más grandes del distrito de Cu Chi. Los soldados de Linh eran poco avezados en el combate, adolescentes en su mayoría, aunque, paradójicamente. Linh se había mostrado contrario a tener demasiados hombres bajo su mando para defender los túneles. «Cuantos más hombres tuviera, más bajas podían hacernos», explicaba. «Luchar desde los túneles era una ventaja si no se tenía de-

ABAJO: *El Vietcong se prepara para atacar a una patrulla de infantería estadounidense. La proximidad de las entradas de un túnel ocultas hacía posible que los guerrilleros se desvanecieran rápidamente como el humo.*

masiados hombres. A menudo bastaba con uno o dos tiradores, cinco o seis fusiles era suficiente, porque en ese tipo de guerra se debía atacar a una tropa numerosa con unos pocos hombres nada más »

Linh exponía algunas de las difíciles preguntas que le hacían sus soldados más jóvenes: ¿Una bala de una carabina vieja podía matar a uno de esos norteamericanos enormes? ¿Mataría a un negro igual que a un blanco? «Les aseguré que sus balas matarían si daban en el lugar adecuado y les advertí de que las balas norteamericanas mataban con la misma facilidad. Cuatro días después llegaron los norteamericanos y contemplamos abrumados cómo los helicópteros descargaban una serie interminable de hombres.»

Cuando los hombres del 1.er Batallón del 28º. de Infantería se posaban en la zona de aterrizaje, vieron que sus compañeros del 1.er Batallón del 16º. de Infantería estaban ya en dificultades, recibiendo fuego desde el ángulo norte de la zona de aterrizaje. El teniente coronel Robert Haldane, comandante del batallón, notó que sus hombres comenzaban a inquietarse, especialmente al ver a sus camaradas del batallón de cabeza recibiendo balas y granadas enemigas. El capitán Terry Christy, al mando de la Compañía B, sabía que tenía que sacar a sus hombres de la zona de aterrizaje y llevarlos rápidamente a la línea de árboles, de modo que gritó las órdenes a los jefes de sección y a los suboficiales y en pocos minutos había trasladado a sus hombres. Pero el enemigo había desaparecido repentina y misteriosamente. Unos pocos metros más allá de la línea de árboles, al borde de una plantación de caucho, los hombres de Christy tropezaron con una gran trinchera: era la primera señal de una fortificación subterránea mucho más elaborada. Haldane no tuvo tiempo de examinar el complejo, pero seguía sorprendido ¿Cómo podía el Vietcong, que había estado disparando contra el 1.er Batallón, haber huido sin ser visto por entre los árboles del caucho, relativamente separados entre sí?

> El comandante comenzaba a comprender lo que había ocurrido: había pasado por encima del enemigo.

El batallón avanzaba con tres compañías e iba dejando al descubierto un depósito tras otro de arroz, sal y otros víveres en cantidad suficiente para alimentar un regimiento. En el extremo norte del área, en el borde de la selva, descubrieron un campo de minas, lo que indicaba que el enemigo había proyectado que la zona fuera un complejo militar permanente. Durante los siguientes dos días de la operación Crimp, en los que continuaron las grandes batidas, comenzaron a llegar informes de hoyos de protección, trincheras, minas, cuevas, que aparecían a lo largo del frente de 1.500 metros en que avanzaba el 1.er Batallón. Los hombres iban acercándose lentamente al río Saigón, encontrando abundantes señales de actividad del Vietcong, pero algo seguía sin encajar. Sencillamente, no se trababa combate, no había enfrentamientos constantes, ni gritos, nadie se rendía... y, sin embargo, iba cayendo un soldado detrás de otro, abatido por el fuego de los francotiradores. Haldane contemplaba con inquietud como iba menguando la moral de sus hombres y rogaba porque pronto coparan al enemigo junto al río para cobrarse venganza por sus bajas crecientes Pero, cuando el lunes 10 de enero su batallón alcanzó al fin la amplia extensión de arrozales que unían la tierra firme con el ancho y perezoso río Saigón, sus soldados no habían tenido nada más que dos atisbos fugaces del enemigo corriendo por la jungla.

Haldane pasó medio día junto al río hasta que, ya avanzada la tarde, la red de comunicaciones le reveló que la 173ª. Aerotransportada, y los australianos en el norte, había conseguido entrar en contacto con el Vietcong... en túneles. Con las primeras luces del martes, el batallón de Haldane comenzó a retroceder sobre sus pasos, al tiempo que el comandante comenzaba a comprender lo que había ocurrido. había pasado por encima del enemigo. Comenzó una minuciosa búsqueda de entradas de túneles, pero a primera vista no encontraban nada claro. Los hombres, sudorosos, cansados y nerviosos ante la imposibilidad de combatir de la manera que les habían enseñado a hacerlo en la Infantería, esperaron nuevas instrucciones. El sargento del pelotón Stewart Green, un suboficial delgado y nervudo, de 52 quilos, se agachó para sentarse a descansar e inmediatamente se incorporó de un salto maldiciendo: el país estaba lleno de escorpiones, enormes hormigas carnívoras y culebras, y uno de esos bichos acababa de morderle en la espalda, o al menos eso creía. Pero al retirar las hojas secas con la culata del fusil, dispuesto a aplastar a su torturador, descubrió que el mordisco lo había ocasionado un clavo. Una búsqueda más cuidadosa dejó a la vista una trampilla de madera, perforada por agujeros y con el borde biselado para impedir que cayera al hueco que se abría debajo: habían encontrado el primer túnel.

Haldane corrió hacia el túnel sintiéndose casi agradecido, pero al llegar a la entrada se dio cuenta de que en ningún manual de entrenamiento se decía lo que había que hacer. Ni los estadounidenses ni los australianos tenían experiencia en tratar con lo que para ellos era un fenómeno nuevo.

Stewart Green se ofreció voluntario a explorar el túnel que había descubierto con su espalda Saltó dentro y, animados por Haldane, otros se unieron al sargento para escudriñar las negras profundidades. Tras penetrar un corto trecho, encontraron material de hospital, que sacaron y entregaron al S-2 de la unidad (oficial del servicio de información), capitán Marvin Kennedy. El capitán estaba analizando los paquetes con detalle cuando de pronto oyó gritos y, volviéndose, vio sorprendido que los exploradores salían del túnel casi sin aliento; el último en salir fue Stewart Green, sudoroso y cubierto de polvo Fue él quien informó al capitán Kennedy de que habían hallado un pasaje lateral que salía del túnel principal y que habían tropezado inesperadamente con unos treinta soldados del Vietcong. a los que pudo ver a la tenue luz de una vela que llevaba uno de ellos; los comunistas la habían apagado rápidamente, al oír a los GI acercándose a ellos a ciegas. El capitán Kennedy, encantado de tener a treinta enemigos atrapados bajo sus pies, llamó al intérprete vietnamita y le ordenó volver al túnel con el desafortunado Stewart Green para exigir al enemigo su rendición. Los dos hombres entraron de muy mala gana; su misión duró unos minutos, al cabo de los cuales regresaron desconcertados y con las manos vacías. Green explicó al capitán Kennedy que el intérprete se había negado a hablar al enemigo, por lo que aquél interrogó al intérprete, quien con voz triste informó al oficial estadounidense de que él tenía que «contener el aliento» en el túnel porque «no había aire» y habría «muerto si hubiera comenzado a hablar». Esa última afirmación podía haber resultado extremadamente precisa desde un punto de vista militar más que médico. En aquel caso los guerrilleros del Vietcong los eludieron.

Notando la abrumadora desgana de explorar el túnel que dominaba a sus hombres y al intérprete survietnamita, el teniente coronel Haldane decidió sacar al enemigo con humo y ordenó que llevaran a la entrada del túnel un fuelle ligero con motor de gasolina; arrojaron al agujero varias granadas de humo que insuflaron dentro del túnel. A los pocos minutos, los soldados quedaron atónitos al ver que salía humo rojo por numerosos puntos del terreno circundante. Sin embargo, el humo no había afectado al enemigo, de manera que el comandante del batallón ordenó que metieran CS, un gas no letal usado contra manifestaciones, pero una vez más sin resultados. Al final, los hombres colocaron cargas a ambos lados de los túneles principal y secundario y regresaron gateando rápidamente. La tierra hizo explosión y con una sonrisa de satisfacción Haldane puso en movimiento su unidad para alcanzar al 2º Batallón.

Había sido exactamente dos días antes y a unos pocos quilómetros de distancia, en Phu My Hung, la primera vez que el teniente Nguyen Thanh Linh había entrado en contacto con los estadounidenses que batían la zona. Había estudiado la táctica a seguir muy cuidadosamente.

«Había dividido a mis hombres en pequeñas unidades tipo células, ordenándoles que no se reagruparan bajo ninguna circunstancia, y los distribuí por cada caserío donde teníamos puestos de tirador bien camuflados para detener a los norteamericanos; cada célula se componía de tres o cuatro soldados. El 8 de enero la operación Crimp había cumplido ya un día y yo me encontraba en el caserío de Goc Chang, de la aldea de An Nhon Tay (en los bosques de Ho Bo). Habían estado llegando tropas en helicópteros, pero no habían comenzado a atacar inmediatamente, sino que primero consolidaron posiciones y levantaron un puesto de mando y, después, comenzaron a recorrer los caminos de las aldeas.»

> Cuando se preparaban... los norteamericanos oyeron de repente varias explosiones de granada y disparos de carabina, provenientes del interior del propio perímetro.

Es un hecho manifiesto que la orientación general del entrenamiento impartido en el Ejército de Estados Unidos durante los años sesenta era básicamente incompatible con aquello a lo que los soldados tuvieron que hacer frente en Vietnam. Los GI habían sido entrenados para una confrontación de desarrollo cuidadosamente planeado en las llanuras de la Europa central contra los poderes del Pacto de Varsovia, o para el tipo de combates en «oleadas» que habían librado hacía una década en Corea. Sin embargo, el Ejército estadounidense entraba en Vietnam con una tradición militar suficiente. Desde la experiencia de las milicias durante la Revolución americana hasta la guerra hispano-americana; desde los legendarios Merodeadores de Merrill, aquellos combatientes de la jungla sumamente astutos y resistentes que sirvieron en el escenario Burma-India durante la II Guerra Mundial, hasta los miembros del OSS (Departamento de Servicios Estratégicos), que combatieron junto a las fuerzas guerrilleras nativas en misiones específicas, los norteamericanos tenían una larga y honrosa tradición en la lucha guerrillera. Por qué y cómo ocurrió que esto se olvidara en Vietnam, sigue siendo un misterio, pero lo cierto es que para los

TIM PAGE

ARRIBA: *Buscando entradas de túnel. La utilización de señalizadores de humo coloreado facilitaba mucho la tarea.*

soldados tanto el terreno como el enemigo eran, inexplicablemente, una peligrosa novedad geográfica y militar.

El martes 11 de enero por la mañana, la plantación de caucho del perímetro de la zona de aterrizaje Jack comenzaba a parecer un decorado de película de la II Guerra Mundial. Se había establecido un impenetrable perímetro defensivo, la operación Crimp había pasado a denominarse Buckskin, pero las bajas estadounidenses continuaban aumentando de forma alarmante a causa de los aparentemente ocasionales ataques del Vietcong. Los comunistas seguían apareciendo y desapareciendo como por arte de magia. En la parte norte de la zona de aterrizaje los hombres de Haldane estaban bien atrincherados. Para aquel entonces los soldados norteamericanos, llenos de barro y perfectamente conocedores de la existencia de los túneles, exploraban inmediatamente cualquier agujero de aspecto sospechoso. Habían encontrado uno de unos treinta centímetros de diámetro, que se hundía en el terreno formando un ángulo de 45 grados, y lo tenían como una curiosidad; en realidad, era un agujero de ventilación de un túnel. Al oscurecer, cuando se preparaban para un incómodo descanso, los norteamericanos oyeron de repente varias explosiones de granada y disparos de carabina, pro-

venientes del interior del propio perímetro. El coronel Haldane echó a correr hacia el sector de la Compañía B, donde se habían oído las explosiones, y allí se encontró con el omnipresente sargento Stewart Green y algunos soldados más de la Compañía B, que estaban alrededor de la trampilla de un túnel. Uno de los GI le dijo a Haldane: «Estábamos ahí sentados, casi encima de ella, cuando esa maldita cosa se abre de golpe, sale un 'Charlie', arroja dos granadas, se agacha, coge una carabina, nos tira una ráfaga y antes que podamos coger las armas se mete bajo tierra y la puñetera trampilla se cierra sobre su cabeza.»

Haldane le pidió a Stewart Green que explorara el túnel y éste entró para regresar a las dos horas y media, calculando que había recorrido dos quilómetros bajo tierra antes de regresar. Había descubierto en las paredes lo que él denominó «vestíbulos» y poco más. Fue únicamente el instinto lo que le sugirió a Green equiparse con varios rollos de cable, un teléfono de campaña, granadas de gas, caretas antigás, linternas, pistolas y brújulas Y entonces Green y su pelotón se internaron, pudiendo comunicarse con el batallón y defenderse. Después de haber caminado un quilómetro y tres cuartos (calculados con exactitud por el largo del cable desenrollado), Green vio una luz frente a él A través de los escuetos mensajes enviados a Haldane al exterior, Green describió el primer tiroteo subterráneo de que hay constancia entre norteamericanos y el Vietcong. Los GI se colocaron las caretas y arrojaron granadas de gas. Incluso desde la superficie, los compañeros de Green podían oír el ruido del combate. El pelotón consiguió retroceder hasta la entrada y salir; el Vietcong, como de costumbre, se desvaneció.

El 11 de enero de 1966, los túneles se cobraron una de sus primeras víctimas, el cabo Bob Botwell del 3.er Escuadrón de los Ingenieros Reales Australianos. Los «aussies» (soldados australianos) eran todos voluntarios y estaban muy ansiosos por entrar en acción El Tercer Escuadrón estaba bajo el mando de un oficial muy popular, alto y corpulento: el capitán Alex MacGregor

Los infantes australianos comenzaban a sufrir serias bajas: en una sola acción, cuatro «aussies» muertos.

El primer día de la operación Crimp, el escuadrón encontró acción sin dificultad aquí y allá, granadas caseras acondicionadas como minas contra personal, con cable detonador tendido entre los árboles desde la altura del tobillo a la altura de la cabeza. El segundo día se toparon con dos obuses de mortero que eran activados por una granada conectada a un cable colocado a la altura del tobillo.

Al tercer día los infantes australianos comenzaron a sufrir serias bajas. en una sola acción, cuatro «aussies» muertos Cuando fue evidente que, aunque la zona activa había sido circundada, no se había visto ni matado a ningún guerrillero del Vietcong, pidieron ayuda a MacGregor y su escuadrón.

En los cuatro días siguientes, y en colaboración con los norteamericanos, los australianos descubrieron poco a poco al menos un quilómetro de túneles de comunicación, refugios y cámaras subterráneas. Los hombres de MacGregor llevaban cuatro meses en Vietnam y aquella era su quinta acción, de modo que los túneles no les preocupaban ni les inquietaban en exceso. Bajaron a explorarlos, aunque cometieron algunos errores.

Utilizaban un fuelle de aire comercial especialmente adaptado. al que llamaban el «chiquito poderoso», para insuflar humo en los túneles, prestando después mucha atención para ver por dónde salía el humo, y de ese modo irse haciendo una idea general de la extensión de los túneles. Pero el humo se acumulaba en el interior, y cuando descendieron los primeros «hurones» australianos (como se los llamaba), perdieron rápidamente el conocimiento por la falta de oxígeno. Así fue como murió el cabo Bowtell, en una guerra de túneles que estaba a punto de comenzar de verdad.

«Salí el segundo, rogando a Dios que las piernas no se me quedaran atrás. Cuando estuvimos fuera... mi compañero me dijo que había visto a un hombre allí abajo.»

Entretanto, tenía que continuar la búsqueda y destrucción de aquellos increíbles túneles. Usando sus conocimientos en comunicaciones, Denis Ayoub adaptó un eficaz sistema telefónico subterráneo; y él mismo encontró cajas de munición almacenadas en pequeñas cámaras, plumas Parker 57 convertidas en pequeñas trampas explosivas, y hasta un taller subterráneo de confección de banderas, con máquinas de coser incluidas. Fue MacGregor quien comprendió el valor que tenían los restos de material estadounidense para el Vietcong, después que Denis hallara un pequeño taller subterráneo de granadas de mano: la cubierta interior estaba hecha con una lata de zumo de tomate desechada y la exterior con una lata de cerveza usada; la metralla era grava de carreteras y el mecanismo de ignición provenía de granadas francesas o norteamericanas viejas. «A causa de lo que encontramos en los túneles», recordaba MacGregor, «decidimos aquella política de quemar, aplastar y enterrar. Nunca jamás dejar una lata que pueda ser encontrada, nunca dejar nada que el enemigo pueda utilizar.»

Aunque comenzaban a desarrollar las primeras técnicas de exploración y destrucción de pequeños sistemas de túneles, los australianos no tenían un verdadero plan para enfrentarse a la espeluznante empresa de encontrarse con guerrilleros vietcong dentro de un túnel. Denis Ayoub recordaba la primera vez que le ocurrió, cuando iba tras otro zapador que encabezaba la exploración de un estrecho túnel de comunicación: «En un momento íbamos gateando por el túnel y al momento siguiente mi compañero, sin una palabra, comienza a recular más que rápidamente. En los túneles que encontramos durante la operación Crimp no era posible darse la vuelta, sino que había que ir reculando por el maldito túnel, de modo que si él comenzaba a recular, yo tenía que hacerlo también. Ninguno decía nada, y cuando llegamos al fondo del pozo, no sé cómo consiguió adelantarme y fue el primero en salir. Así que salí el segundo, rogando a Dios que las piernas no se me quedaran atrás. Cuando estuvimos fuera y se calmó un poco, mi compañero me dijo que había visto a un hombre allí abajo.»

También los norteamericanos estaban aprendiendo. Tres días antes de que acabara la operación, llevaron allí un enorme lanzallamas mecanizado para apoyar un ataque al norte de los bosques de Ho Bo. El lanzallamas estaba al cargo del sargento primero Bernard Justen, entonces sargento de operaciones con la

Sección Química de la 1ª. División de Infantería. Montado en un vehículo acorazado de transporte de personal (APC), aquel lanzallamas arrojaba napalm líquido por la boca, por un sistema de aire comprimido. Justen lo utilizaba para prender fuego a los árboles y matorrales cercanos a las trincheras. y cuando esta cara técnica dejaba al descubierto una entrada de túnel —unos tenían trampilla y otros no— entonces se exploraba.

Justen fue posteriormente instructor en guerra de túneles y había hecho dibujos de todo lo que había encontrado, incluidas las trampas de agua. Tales dispositivos, según se descubrió después, no tenían nada que ver con el drenaje, sino que su función en el sistema se parecía más a las de los codos en «U» de las tuberías, evitando que el gas lacrimógeno o el CS penetraran por todo el complejo de túneles. Salvar dichas trampas de agua resultó muy duro para los primeros exploradores de túneles. Por lo general, se sumergían y nadaban hacia el otro lado, dando siempre por supuesto que les llegaría el aire de los pulmones.

El general de brigada Ellis W. Williamson, comandante de la 173ª. Aerotransportada, escribió informes de campaña tremendamente optimistas durante la operación Crimp Si bien es cierto que la visión hacia atrás nos permite una panorámica que él no tenía, la historia muestra que su optimismo era infundado o, al menos, precipitado. «La mayor parte del día 13 de enero se pasó destruyendo y contaminando el sistema de túneles y refugios», escribió una vez finalizada la operación Crimp «El polvo contaminante CS-1, de efectos prolongados, ha sido usado por primera vez y ha de resultar absolutamente eficaz. Se ha colocado en los túneles disponiendo un largo cordón detonador en los lugares deseados En dicho cordón se colocaba CS-1 cristalizado justo antes de la explosión. Se espera que este sistema tenga unos efectos disuasorios prolongados.» Fue una esperanza mal fundada, porque las trampas de agua y las trampillas perfectamente cerradas que comunicaban los distintos niveles, fueron suficiente para asegurar que la contaminación fracasara en términos generales.

Cuando las operaciones Crimp y Buckskin llegaron a su fin, los «Soldados Celestes» volvieron a montar en sus caballos alados y regresaron a la base; los camiones y los APC abandonaron entre chirridos la selva, dejando tras ellos aldeas vacías y quemadas.

La operación Crimp fracasó en su propósito de limpiar la zona de enemigos de forma prolongada, no logró destruir su infraestructura y subrayó la evidente debilidad de la táctica de «búsqueda y destrucción» que se había convertido en el modelo de actuación del Ejército estadounidense. El mayor logro de la operación fue el descubrimiento de una parte del enorme complejo de túneles que se extendía por el subsuelo del distrito de Cu Chi, un descubrimiento que obligó a pensar detenidamente en cómo afrontar el problema en adelante.

ABAJO: *Por lo que saben los infantes de Marina, bajo la pila de mazorcas de maíz podría haber la entrada de un túnel.*

CAMERA PRES

ARRIBA: *Un vietcong posa orgulloso bajo la bandera del FLN.*
DERECHA: *Hasta las jóvenes estaban deseosas de desempeñar un papel en la lucha.*

Capítulo 2

EN LA OSCURIDAD

LOS GUERRILLEROS DEL VIETCONG

El teniente coronel George Eyster, que resultó herido de muerte en Vietnam, llamaba al Vietcong «esos increíbles hombres de los túneles», y, efectivamente, eran guerrilleros resistentes y espartanos, que llevaban una existencia muy diferente de la de sus enemigos. Vestían como los campesinos, a menudo con pijamas de seda negros, y no llevaban distintivos de grado. Un pañuelo a cuadros los identificaba como guerrilleros. Su calzado eran las sandalias Ho Chi Minh, hechas de neumáticos de camión y con una tira de cámara de aire entre los dedos. Dormían en hamacas enrollables, frecuentemente hechas con nilón de los paracaídas norteamericanos, con el que también envolvían su ración diaria, consistente en una pelota de arroz. Llevaban una botella de agua, o cantimplora, generalmente de fabricación china, y una improvisada lámpara de aceite, hecha con un frasco de medicamento o perfume, y una mecha, para los frecuentes recorridos que hacían por el subsuelo.

Los cuadros, u oficiales políticos, del Vietcong eran principalmente sureños que se habían preparado en Vietnam del Norte durante ocho años tras la rendición francesa en 1954 y que ahora regresaban por la ruta Ho Chi Minh para sumarse a la lucha. Pero, a finales de los sesenta, miles de soldados norvietnamitas hicieron también ese cansino y azaroso viaje para unirse a los batallones del Vietcong; algunos de ellos traían un uniforme más convencional, con cartucheras y otro equipo, incluso sombreros de ala ancha para el sol. El conjunto de fuerzas comunistas en el Sur era conocido como el Ejército de Liberación Popular (FLN), a las órdenes del COSVN, el cuartel general del Partido en el Sur.

El FLN desarrolló una enérgica campaña entre el pueblo, haciendo especiales esfuerzos por minar la lealtad de los soldados del Ejército survietnamita y oficiales gubernamentales, sirviéndose a menudo de sus familiares para persuadirlos. La técnica fue efectiva: pese al reclutamiento general de jóvenes, un 21% por término medio de los soldados survietnamitas forzosos desertaba anualmente y regresaba a su lugar de origen. El Vietcong conocía con al menos ocho horas de antelación cualquier acción que se lanzase contra él y a veces era advertido muchos días antes.

Y la propia Madre Tierra se convirtió en su protector, por medio de los túneles excavados bajo sus aldeas y campos ancestrales. «Tus entrañas, Madre, son insondables», escribió el poeta Duong Huong Ly. Los túneles protegían a los guerrilleros de la búsqueda enemiga y de los bombarderos y la artillería; en ellos estaban las entrañas mismas de su guerra: fábricas de armas, reservas de arroz, hospitales, cuarteles generales... En las cámaras oscuras y húmedas excavadas en la arcilla de Cu Chi se encerraba la manifestación esencial de la resistencia vietnamita frente a los que veían como invasores de su tierra.

ABAJO: *El teniente coronel George Eyster yace mortalmente herido por el disparo de un francotirador*

LOS TÚNELES

El capitán Nguyen Thanh Linh del Ejército Popular de la República Socialista de Vietnam pasó cinco años en los túneles de Cu Chi. Actualmente, a los cuarenta y nueve años, tiene una figura menuda y delgada, y el rostro tenso; sus tristes ojos nunca se acuerdan de acompañar a la sonrisa de sus labios: algo se ha perdido del hombre. Se cansa con facilidad, como si el calor abrumador del mediodía en Ho Chi Minh le resultara extraño. En el cuartel general de la 7ª. Región Militar, a veces descabeza un sueñecito durante las largas sesiones del comité, pero nadie se lo tiene en cuenta, porque se ha ganado el respeto y la admiración incondicional de sus compañeros y de los oficiales jóvenes que lo rodean. Pero en Phu My Hung, a treinta quilómetros de allí, en Cu Chi y a las orillas del lento y pardusco río Saigón, el capitán Linh revive mientras explica la historia y fundamento, las tácticas y mecanismos del enorme complejo de túneles que durante una década fue su hogar. De los 300 hombres que tenía a sus órdenes durante la operación Crimp, en enero de 1966, sólo cuatro sobrevivirían a la guerra: dos oficiales y dos suboficiales. Su 7°. batallón del Vietcong fue aniquilado y reconstruido tantas veces que llegó a perder la cuenta. «En el curso de la guerra perdimos en Cu Chi 12.000 hombres, entre guerrilleros y civiles», señala

> «Los túneles hicieron de Cu Chi una zona prohibida durante la noche y cerrada de hecho al tránsito durante el día, si no se disponía de amplio apoyo militar.»

Ahora, Linh se sienta cómodamente sobre la tierra roja y polvorienta que indica uno de los principales emplazamientos de túneles, mientras explica su significado sociológico e histórico. «Son algo muy vietnamita», dice, «por lo que es necesario comprender cuál es la relación entre el campesino vietnamita y *su* tierra. En otro caso, todo esto —barre con la mano el complejo de túneles— carece de significado. Pero temo que no lo vais a comprender.» La boca sonríe levemente y los ojos permanecen apagados. «Sois occidentales.» El comentario no pretende ser insultante; lo dice con una dulce desesperanza, algo muy similar a la mezcla de tristeza y enojo que expresa un irlandés al intentar explicar su historia a un inglés.

No fue sólo una necesidad militar, ni tampoco la idoneidad del terreno, lo que llevó a la construcción de los túneles de Cu Chi: ésos fueron factores coyunturales, así como la hábil táctica de los nuevos cuadros comunistas, que volvieron al Sur en los años sesenta, para planear una vida subterránea, una existencia con un significado simbólico y práctico a la vez. La estrategia lo exigía, el suelo lo permitía y, sobre todo, la historia lo alentaba decididamente. Si, como creía el general Vo Nguyen Giap, el enemigo iba a ocupar la faz de la tierra, entonces su pueblo ocuparía sus entrañas.

Para los ingenieros comunistas, los oficiales políticos y los campesinos, el suelo de Cu Chi ofrecía una enorme ventaja natural para la excavación de túneles, puesto que, debido primordialmente a su cercanía al río Saigón, es en su mayor parte laterita, un suelo de arcilla ferruginosa que permite el paso del aire en cierta medida. Según el teniente coronel del Cuerpo de Ingenieros Jerry Sinn, que examinó detalladamente los túneles de Cu Chi durante el otoño de 1969, la arcilla no era especialmente afectada por la gran oscilación que experimentaba en contenido de agua que recibía, lo que la convertía en una estructura notablemente estable para la excavación, además se veía reforzada, como si fuera cemento armado, por las raíces de la frondosa vegetación, un sistema de construcción natural que los norteamericanos denominaban «overbirth».

No había nada nuevo en el uso de túneles contra el atacante por parte del defensor. Ya los guerrilleros chinos habían utilizado con buena fortuna los túneles en la provincia de Hopei durante la guerra contra Japón en los años treinta, llegando a unir todos los núcleos de población por medio de redes subterráneas con funciones de comunicación y defensa. En cuanto a Occidente, las trincheras y túneles traían a la memoria la I Guerra Mundial y su pesadilla de barro, gas y muerte para los miles de hombres atrapados en agujeros por el gas y el fuego artillero. Y también durante la guerra de Corea, a principios de los cincuenta, fue muy utilizada una amplia red de túneles, construida por las fuerzas coreanas y chinas a lo largo de la cintura de Corea, cerca del paralelo 38. Sin embargo, nunca antes se había

ABAJO: *Los túneles eran excavados a mano, utilizando azadas como palas y cestos para extraer la tierra. Más de 300 quilómetros fueron excavados con ese laborioso sistema.*

TOM MANGOLD & JOHN PENYCATE

CAPÍTULO 2 EN LA OSCURIDAD

REX FEATURES

ARRIBA: *El horizonte en llamas demuestra gráficamente que "Charlie" gobernaba la noche.*

concebido un plan tan osado, como resultado del cual la autoridad gubernamental no llegaba a una enorme zona de más de ciento cincuenta quilómetros cuadrados, en las afueras mismo de la capital de la nación. Los túneles hicieron de Cu Chi una zona prohibida durante la noche y cerrada de hecho al tránsito durante el día, si no se disponía de amplio apoyo militar. Era como si la autoridad de Washington no llegara a Filadelfia, o el poder de Londres a Croydon

Una de las exhibiciones favoritas del capitán Linh consiste en llevar a sus invitados entre los matorrales por la zona del complejo de Phu My Hung, colocarlos en un círculo de seis metros de diámetro y retarlos a que encuentren la trampilla que hay en la zona Ninguno lo consigue. Entonces, Linh da una patada en el suelo y de pronto se abre una trampilla y aparece un camarada sonriente El asunto queda claro: sólo un laborioso, lento y peligroso examen a punta de cuchillo o bayoneta podría descubrir una buena trampilla.

Los bordes de la trampilla estaban normalmente biselados hacia dentro en un ángulo tal que pudiera resistir un peso considerable. No quedaba resquicio alguno: si la trampilla estaba dentro del túnel, el Vietcong colocaba tierra encima y ocultaba en ella pequeños alambres «de dedo» que permitían al soldado abrirla; si estaba en el exterior, se favorecía el crecimiento de pequeñas plantas o se «plantaba» cuidadosamente hojas muertas para que se confundieran con el entorno.

La atención al detalle era rigurosa, ya que era innegable el hecho de que los túneles de Cu Chi constituían el factor primordial en la campaña librada contra los norteamericanos, y si el descuido o la imprecisión afectaba a la construcción del sistema de túneles, los comunistas serían derrotados. Algunas pruebas de la estabilidad y eficacia del sistema de túneles de Cu Chi cayeron en manos de los norteamericanos cuando, el 31 de enero de 1968, los survietnamitas capturaron al guerrillero del Vietcong Ngo Van Giang. Un informe de dieciséis páginas recoge el amplio interrogatorio a que fue sometido Giang sobre la red de túneles de Cu Chi. Giang dijo a sus captores que en los lugares en que un túnel se transformaba en un refugio abierto, se habían construido techumbres especiales usando palos de bambú de 50 cm. de grosor, encima de los cuales iba otra capa de 50 cm. de «panochas»; después iba otra capa de tierra suelta de 50 cm. de espesor y encima habían plantado flores o usado árboles caídos como camuflaje. Increíblemente, según testimonio de Giang, una bomba de 200 kg. que cayera dentro de un radio de diez metros, no provocaría daño alguno. Las panochas y las hojas eran una protección excelente contra la fuerza explosiva de la bomba; también los palos de bambú se utilizaban por su resistencia. «En abril de 1966 —dijo Giang a sus captores— un avión arrojó una bomba de 200 kg en el caserío de Chua, y la bomba hizo impacto encima de un túnel de ésos. La tierra y las panochas se derrumbaron, pero los guerrilleros que estaban dentro resultaron ilesos.»

El poeta y escritor saigonés Vien Phuong pasó la mayor parte de la guerra en los túneles. Es un hombre de estatura media, pelo gris, brazos escuálidos y ojos cansados protegidos tras unas gruesas gafas. En 1962 estuvo colaborando con el Vietcong en la región. «Entonces estaba en mejores condiciones físicas», comenta sonriente Actualmente, a sus cincuenta y cinco años, es extremadamente delgado. «Excavar túneles era nuestra tarea diaria: además del túnel en que vivía, tuve que hacer dos o tres de reserva, porque si el enemigo llegaba a uno o un bombardeo destruía el otro, necesitaba un tercero adonde ir. Así que teníamos que excavar diariamente. El suelo de Cu Chi es una mezcla de arena y tierra, que durante la estación lluviosa es blanda como el azúcar y durante la seca es dura como una roca. En la estación seca, si conseguía excavar treinta centímetros al

día en seis horas, era un gran logro; durante la lluviosa resultaba más fácil. Tenía una azada que era como un plato pequeño y tenía que estar arrodillado o sentado en el suelo. Debía encontrar suelo duro junto a la raíz de un bambú o donde hubiera un nido de termitas, porque ese suelo soportaba el peso de un carro de combate. Trabajábamos en equipos de tres: uno excavaba, otro apartaba la tierra y el tercero la sacaba al exterior.»

¿Y cómo se deshacían de los miles y miles de toneladas de tierra extraída de los túneles. cómo se ocultaba para que los norteamericanos no hallaran la prueba reveladora? Los comunistas sabían muy bien que los norteamericanos tenían aviones de observación y técnicas muy avanzadas de vigilancia aérea, de modo que podrían «ver» fácilmente grandes montones de tierra recién removida. Por otra parte, el manual de túneles no se ocupaba mucho del destino de la tierra, sino que únicamente decía que había que deshacerse de la tierra usando el sentido común: «Atención: La tierra extraída de los túneles debe transformarse en cimientos para las casas, surcos para plantar patatas o terraplenes para trincheras de comunicaciones o combate; puede también arrojarse a los ríos. pero nunca debe ser amontonada En resumen, debe ponerse el máximo cuidado para impedir que el enemigo descubra el túnel.» Y así lo hicieron.

Los excavadores llegaron a convertir en una ciencia la utilización de aquella tierra. Cuando comenzaron las incursiones de los bombarderos B-52 norteamericanos, el Vietcong se limitó a rellenar los cráteres con la tierra: cuando las patrullas terrestres estadounidenses o las tropas survietnamitas entorpecían la retirada de la tierra, utilizaban búfalos adiestrados para llevar la tierra suelta de los túneles. A MacDonald Valentine, que pasó nueve meses con los Rangers de Vietnam del Sur y estuvo destinado en Cu Chi, le dijo su explorador vietnamita, Phuc Long, que si la presión del enemigo no les dejaba otra opción, pasaban la tierra ante las narices de las patrullas estadounidenses escondida en las vasijas que normalmente contenían salsa de pescado. Esas vasijas tenían el tamaño de una jarra de café y en ellas, bajo una capa de salsa de pescado, las mujeres ocultaban una vejiga llena de tierra Era casi lo mismo que intentar vaciar un lago con una cucharilla de café.

«Cuando sea preciso hacer una reparación de urgencia, no recojáis nunca ramas y hojas en zonas situadas entre el enemigo y vosotros, y... no juntéis un gran número de ellas en un solo lugar.»

Aunque los túneles constituían un refugio natural contra los bombardeos estadounidenses, cuando la violencia de éstos se incrementó se hizo necesaria una protección especial adicional De este modo, los constructores de túneles excavaron refugios cónicos en forma de A, geométricamente pensados para resistir tanto las granadas de la artillería como la explosión de las bombas de la aviación. Y lo que era aún más importante, su forma cónica actuaba como amplificador y aumentaba el ruido lejano de los ataques de los B-52 que se avecinaban. Ésa era el único aviso real que tenían los ocupantes de un túnel de la inminencia de un ataque.

Por último, la seguridad de un sistema de túneles dependía de un uso hábil y preciso del camuflaje Un documento sin fecha capturado al Vietcong aconsejaba a los oficiales políticos de Cu Chi sobre ese asunto, de la forma siguiente: «Si el tiempo de utilización (del túnel) es mucho, han de sembrarse plantas adecuadas. Cambiad las hojas secas antes de que se pongan negras y eliminad todas las huellas sospechosas antes de que rompa el día Dad contraste al camuflaje, usando plantas altas y bajas. No dejéis al descubierto un montón de tierra elevado y con aspecto de haber sido removido. Las plantas y ramas deben ser cogidas muy lejos de las fortificaciones y los emplazamientos de tropas. Cuando sea precisa una reparación de urgencia, no recojáis nunca ramas y hojas en zonas situadas entre el enemigo y vosotros, y especialmente no juntéis un gran número de ellas en un solo lugar.»

Los norteamericanos arrasaban la superficie con la artillería y los ataques aéreos, utilizando explosivos de gran potencia, defoliantes químicos y gas CS... La tierra crujía...

Un agente del servicio de información militar estadounidense, cuyo nombre en clave era TU 10, estuvo operando en algún lugar de la zona de Tay Ninh desde enero hasta julio de 1967. El 28 de julio informó a sus jefes con cierta amplitud acerca del continuo éxito del Vietcong en el camuflaje de túneles, revelando algunos errores significativos en la técnica de la infantería estadounidenses en lo referente a la guerra de túneles: «La experiencia ha enseñado a los cuadros del Vietcong que cuando nuestras fuerzas descubren cualquier clase de lugar oculto, tienen tendencia a destruirlo y continuar una posterior búsqueda más intensiva... Las entradas de túneles y depósitos localizados en zonas de viviendas a menudo están colocados bajo el hogar o, si es factible, en una pocilga, porque los norteamericanos son reacios a mirar en tales sitios. Un gran poste indicador en la esquina de un edificio o un corral de ganado con techo, pueden servir para ocultar la entrada a un túnel o depósito.» El mismo TU 10 informaba que era una regla general (aunque no siempre respetada) que el follaje usado en el camuflaje debía cambiarse cada tres días. A menudo se hacían intentos de utilizar «pequeños arbustos de muchas hojas» como camuflaje y, donde era posible, retoños de plantas que crecían y permanecían verdes.

Pero Ngo Van Giang, el prisionero vietcong que había proporcionado a los estadounidenses una información tan útil acerca de la construcción de los túneles, indicó algunas formas de descubrir las entradas, a pesar de su excelente camuflaje. Unos ojos debidamente entrenados podían ver huellas de pisadas, ramas rotas en la zona, hierba aplastada a los lados de las sendas, una serie inexplicable de montículos y, en la zona de túneles, una tierra más esponjosa.

Los soldados de las excelentemente preparadas Fuerzas Especiales norteamericanas, los Boinas Verdes, fueron entrenados específicamente para desmontar los más hábiles sistemas de camuflaje. Vivían a la intemperie, a menudo en zonas dominadas por el Vietcong, y llegaron a ser famosos por sus artes marciales. Algunos fueron destinados a unidades de Infantería que efectuaban acciones de «búsqueda y destrucción», en las que los Boinas Verdes mostraron una habilidad excepcional para descubrir entradas de túneles. Pero nunca había suficientes subo-

ficiales de enlace de las Fuerzas Especiales y, siempre que tenían oportunidad, preferían regresar lo antes posible a sus misiones primordiales.

A medida que la guerra de Vietnam aumentaba en intensidad, el distrito de Cu Chi y la zona del Triángulo de Hierro llegaron a ser focos de atención cada vez más importantes para los frustrados estadounidenses. Incapaces de dominar o hacer seguras esas zonas, recurrieron al único factor de la ecuación militar que siempre estaba a su favor: la capacidad de batir un territorio gracias a su abrumadora potencia de fuego. Los norteamericanos arrasaban la superficie con la artillería y los ataques aéreos, utilizando explosivos de gran potencia, defoliantes químicos y gas CS, mientras batallones enteros de soldados comunistas regulares y regionales esperaban pacientemente bajo tierra. La tierra gemía, crujía y, a veces, se derrumbaba. El paisaje pasaba de jungla a desierto polvoriento; desaparecían aldeas enteras y se trasladaba a sus habitantes. Pero la integridad física de los túneles iba a sobrevivir lo suficiente para permitir que una administración comunista civil y militar se ocultara en ellos, gestionando sus asuntos y desafiando cualquier intento de obligarla a salir a la superficie. Era un extraordinario triunfo de lo primitivo en una década que veía al hombre caminar por la Luna.

ABAJO: *Sonriendo pese al peligro, jóvenes del Vietcong desmontan bombas sin estallar, una fuente primordial para fabricar sus propias municiones y trampas explosivas.*

CAMERA PRESS

SUPERVIVENCIA SUBTERRÁNEA

Sólo un año después de casarse en Hanoi con Nguyen Thi Tan, el capitán Linh recibió la orden de dirigirse al Sur para tomar el mando del recién formado 7°. Batallón del Vietcong en Cu Chi. Linh dejaba detrás un hijo, Nguyen Hoa Vinh, y a su esposa embarazada de una niña a la que no vería hasta que tuvo diez años. Cuando el capitán Linh regresó a su hogar el 6 de junio de 1975, sus hijos no permitieron que los tocara durante tres días. «Mi esposa y yo tratamos el reencuentro como un nuevo matrimonio. Durante diez años no había tenido relación con otra mujer, y cuando nos encontramos mi esposa me dijo simplemente: '¡Qué delgado estás!'. Como todo el mundo había salido a darme la bienvenida, mi esposa y yo no pudimos decirnos nada delante de la multitud.»

Linh está claramente orgulloso de sus diez años de servicio —cinco de ellos bajo tierra—, pero es demasiado sensible para haber enterrado completamente todo el horror vivido. Así por ejemplo, cuando los heridos no podían ser trasladados a un hospital seguro en la superficie, tenían que permanecer en los túneles hasta su recuperación. «Frecuentemente nos suplicaban que los matásemos», decía Linh. «Nos pedían a gritos ver la luz y respirar aire, no aire fresco, sino simplemente aire. Los heridos, menguada su disciplina y con heridas físicas y mentales, preferían morir a yacer bajo tierra. Era desgarrador oírlos, pero no teníamos nada que ofrecerles: ni más aire, ni luz, ni muerte.»

> Dentro de aquella oscura metrópoli subterránea había herrerías primitivas en donde se hacían minas contra personal..., enormes depósitos de arroz..., cementerios provisionales.

Los vietnamitas raramente dejan traslucir sus emociones. Sólo en casos muy concretos, los rostros impasibles y de mirada fija de los aldeanos eran desfigurados por el llanto o los gritos al ver sus casas o sus familias destruidas Para un occidental, preguntar «¿Cómo era en realidad la vida en los túneles?», supone enfrentarse al concepto vietnamita —y por tanto diferente del occidental— del placer, el dolor, la resistencia, el sufrimiento, el deber, la disciplina personal. Hay sin duda una base común —el soldado herido suplicando la muerte como la única forma de salir del infierno subterráneo—, pero las diferencias culturales con sus variados matices dificultan la comparación La cultura vietnamita tiene sus raíces en la aldea, donde las posesiones personales se ven como un signo de egoísmo, al negar a los amigos y convecinos el derecho a la igualdad. Ésta no es una actitud política, sino que, al igual que la estrecha relación con la tierra misma, se basa en una adaptación histórica a las condiciones de vida de la aldea, a la falta de movilidad física y social, y en una aceptación del rol individual dentro de esa vida.

Para un occidental, es más fácil intentar comprender la experiencia de los túneles en un contexto histórico, como el espasmo final en una guerra de diez mil días por la independencia total de la dominación extranjera. Únicamente la certeza de que la victoria comunista era inevitable protegía la mente y el cuerpo de los verdaderos horrores de la vida en los túneles. Cuándo

llegaría esa victoria, era un asunto sin trascendencia... quizá dentro de cinco años, quizá de diez o de veinte. Estados Unidos tenía un potencial bélico formidable, de modo que había que tener paciencia; pero no había dudas, no había vacilaciones.

Para los miles de personas que vivieron y murieron en los túneles, la importancia suprema de éstos era mantener la lucha contra el enemigo. Los documentos capturados al Vietcong reiteran constantemente una exhortación a los cuadros para que recordaran al pueblo que el combate tenía prioridad absoluta, y la protección ocupaba un segundo lugar. De modo que no había solamente dormitorios, refugios antiaéreos, letrinas, hospitales, zonas de limpieza y cocinas, sino también locales para reuniones políticas, depósitos militares, salas de conferencias, imprentas y hasta establos para los preciosos búfalos, y, sobre todo, talleres para la producción de armamento de fabricación casera, con el que el Vietcong mantenía la lucha activa hasta que Hanoi enviaba nuevos suministros. Dentro de aquella oscura metrópoli subterránea había herrerías primitivas en donde se hacían minas contra personal; había enormes depósitos de arroz; había cementerios provisionales, había cámaras en donde se conservaba obuses de campaña de 105 mm. completos, desmontados y engrasados, listos para ser montados y puestos en acción. Arriba, entretanto, los tanques retumbaban machacando el terreno, las bombas se estrellaban violentamente sobre el suelo, las granadas caían en devastadoras cortinas de fuego; y después, la infantería se abría paso con cautela entre la vegetación, sin advertir que el enemigo se había literalmente metido en la madriguera, llevándose su equipo y enseres consigo. Cuando llegaban los norteamericanos, ni un susurro, ni el más leve movimiento; la tierra pertenecía a los muertos, o así lo parecía: pero, después que se habían ido, después que caía la noche, comenzaba a oírse el zumbido de la actividad subterránea.

Según Le Van Nong, un antiguo guerrillero del Vietcong, la vida era mucho peor que lo que pretendía el comandante Quot. «Los túneles en los que estábamos apestaban y nosotros apestábamos. Encontrábamos muchas dificultades y, como los túneles eran muy calurosos, estábamos siempre sudando. Teníamos arroz hecho pelotas, que manteníamos oculto durante el día e intentábamos cocinar por la noche para comerlo al día siguiente; pero, si no había tiempo para preparar el arroz, el día siguiente lo pasábamos sin comer hasta que llegaba la noche e intentábamos salir fuera a cocinar. Bajo tierra no era posible cocinar, porque el aire se volvía asfixiante y no se podía respirar; allí abajo apenas había aire y hubo ocasiones en que nos vimos forzados a atacar a los norteamericanos para alejarlos y poder salir a cocinar por la noche, al aire libre. No podéis imaginar el placer que nos daba.»

Según el relato del capitán Linh, pocos occidentales habrían soportado mucho tiempo la vida en los túneles sin un entrenamiento y aclimatación muy especiales. Aunque en su sector sólo fueron capturados un puñado de soldados norteamericanos, Linh tuvo que responsabilizarse de ellos. «Tratábamos bien a los prisioneros de guerra norteamericanos, ésa era la política del Frente de Liberación Nacional; teníamos que cuidarlos y enviarlos a Hanoi.» (Una vez en Hanoi, los prisioneros norteamericanos no recibían un trato generoso, sino que estaban en malas condiciones y sometidos a intensas presiones psicológicas para que hablaran en contra de la intervención estadounidense en Vietnam.) «Una vez que los capturábamos —decía Linh—, estaban poco tiempo en los túneles, esperando la oportunidad de enviarlos al Norte.»

ARRIBA: *Si no se derrocha, no hay escasez. Bajo pancartas exhortantes, los trabajadores de una fábrica de municiones secreta fabrican pistolas con material desechado por el Ejército estadounidense.*

Después de la alimentación para sobrevivir, en los túneles tenía prioridad la fabricación de munición. En los primeros días de la presencia norteamericana, había una grave escasez. «Apenas recibíamos suministros de armas del Norte —decía el capitán Linh—, salvo detonadores de minas y espoletas mecánicas. Necesitábamos explosivos, pero afortunadamente pronto comenzamos a encontrarlos por el suelo a nuestro alrededor.»

Un solo batallón de la recién llegada 25ª. División de Infantería disparó sobre el distrito de Cu Chi no menos de 180.000 granadas en un mes, a una media de 4.500 diarias. En todo Vietnam, los norteamericanos dispararon en un mes cerca de un billón de balas, 10 millones de obuses de mortero y 4,8 millones de cohetes; y aquello no era más que el comienzo de la guerra.

Como observaba el capitán Linh, una gran parte de ese material cayó sobre Cu Chi y, como de costumbre, un número considerable de proyectiles no explotó. Por una vez, era el Vietcong el que comenzaba un curso de «entrenamiento por la acción». «Intentábamos comprender el sistema norteamericano —explicaba el capitán Linh—. Teníamos equipos de observadores durante los bombardeos aéreos, intentando ver las bombas que no explotaban y el lugar en que caían. Después del ataque corríamos al punto en cuestión para recuperar el TNT. A veces sufríamos accidentes: en una ocasión ocho de mis hombres resultaron muertos al estallar la bomba que estaban manipulando, y no quedó de ellos más que un cesto de carne. Pero, si mal no recuerdo, de mil granadas que nos disparaba el enemigo, solamente causaban bajas unas cien y un porcentaje de las que no causaban heridos tampoco explotaba. Los norteamericanos usaban sus armas para luchar contra nosotros, y nosotros luchábamos contra ellos con sus armas.»

Las latas de Coca-Cola, en un irónico acto de inversión cultural, eran transformadas en granadas de mano para usar contra los norteamericanos por unos artesanos que trabajaban a la luz de velas y lámparas de parafina en talleres situados en túneles especiales. En primer lugar, echaban en la lata fragmentos de bombas usadas, después se metía TNT en el centro y por último se colocaba en la parte superior un detonador casero.

La electricidad para los talleres procedía principalmente de pequeños generadores de pie o de mano. «Las unidades de transmisiones tenían un pequeño generador de gasolina —decía el capitán Linh—, pero eran muy escasos. Normalmente había generadores de pedal, algunos generadores manuales de China y pilas. En Cu Chi nunca estuvimos faltos de electricidad; hasta llegamos a rechazar las linternas de pilas de poca potencia y sólo usábamos las más potentes. Los norteamericanos nos 'obsequiaban' con pilas que nos era muy fácil recoger.»

Sólo un pequeño número de soldados estadounidenses llegaron a entrar en los niveles segundo y tercero de los túneles. Jan Shrader, del Centro de Explotación Combinada de Equipos, destinado a la Comandancia de Asistencia Militar de Vietnam, exploró una sección del segundo nivel y recordaba haber descubierto cámaras de más de cinco metros de altura. «Era increíble todo aquel espacio, no puedo imaginar lo que guardaban o hacían allí..., encontrábamos más que nada armas y equipo, pero en muy buen estado de conservación. Por ejemplo, munición para tanques sin retroceso de 57 mm.: cada proyectil estaba metido en un pequeño envase metálico hecho a mano, con una juntura de badana y una tapa. también laboriosamente manufacturadas. Cada cañón estaba envuelto en trapos y protegido por una capa de Cosmoline, cuidadosamente empaquetado y con una chapa de metal atada con un trocito de alambre. Shrader encontró también talleres subterráneos en los que se copiaba armamento muy complejo «Había una serie de talleres donde llegaban a construir armas portátiles, copias chinas del subfusil Thompson y otros modelos franceses. Tomaban una ametralladora de las que habían capturado a los franceses, montaban un pequeño taller subterráneo y comenzaban a hacer copias a mano. Hacían también granadas de mano, munición y montones de minas.»

Mientras estaban allí, una bomba perdida atravesó el techo justo encima de los dos: no explotó, pero las aletas le seccionaron una pierna al hombre.

El sargento Arnie Gutiérrez descubrió el destino de alguno de los almacenes subterráneos de mayor tamaño. «En las cámaras, que tenían quince pies de altura, iban almacenando piezas de artillería y grandes morteros. El armamento era desmontado en el exterior, transportado bajo tierra, montado por la noche en los túneles para efectuar reparaciones o lo que fuera preciso y desmontado nuevamente; luego era sacado a la superficie, montado y puesto en acción No es de extrañar que nunca encontráramos sus cañones en el exterior· en una serie de cámaras subterráneas hallamos dos cañones de campaña del 105. que tenían más de cuarenta años y estaban todavía en perfectas condiciones ¿Os lo podéis imaginar, llevar todas las noches unos enormes obuses al túnel a dormir? Esa era una de las razones de que tuviéramos tantas bajas, que nunca era posible saber dónde iba a colocar 'Charlie' los lanzacohetes y piezas grandes para hacer fuego, esconderlas y volver a hacer fuego después. Para el Vietcong era una tarea dura, pero mucho más duro era para nosotros descubrirlo. La primera vez que encontramos todo aquello en un túnel, no podíamos creerlo.»

En 1966, el Vietcong consiguió robar un carro M-48 a una unidad del Ejército survietnamita, un suceso que causó una comprensible consternación al gobierno; los norteamericanos lo encontraron tres años más tarde... en un túnel. Lo habían enterrado a dos metros de profundidad y habían excavado túneles alrededor de él; el carro fue usado por el Vietcong como un centro de mando: las baterías, las luces y la radio aún estaban en funcionamiento.

Los túneles albergaban a vivos y muertos. Cuando la dificultad de enterrar a los muertos en el exterior fue en aumento, los soldados comunistas se veían a menudo obligados a llevar los cadáveres a los túneles para su entierro provisional en ellos. Generalmente los enterraban en las paredes de los túneles, en posición fetal, y los cubrían con una pequeña capa de arcilla o zarzo. Era injurioso dejar en la superficie a un camarada muerto y sin enterrar; además, ocultar los muertos en los túneles servía para frustrar el recuento de cadáveres que hacían los norteamericanos, aparte de que así al menos yacían cerca de su hogar ancestral. El Vietcong escondía también en los túneles los cuerpos de los norteamericanos muertos, para desmoralizar a sus compañeros, quienes consideraban una prioridad absoluta recuperar los cadáveres para que tuvieran un entierro decente en Estados Unidos.

En diciembre de 1969, el Grupo Alpha, 3.er Escuadrón del 4º. de Caballería, pasó tres días volando refugios en los bosques de Boi Loi, al noroeste de Cu Chi. «Vi lo que parecía un respiradero de un túnel —dijo el sargento Kermit Garrett—. Inspeccionamos la zona, buscando una trampilla, pero como no la encontrábamos, decidimos agrandar el respiradero.» Garret y su compañero, el SP4 Mike Hanh, comenzaron a cavar Mike Hanh encontró madera, la serró y luego, inusitadamente, llegó a una zona de cemento. Después que consiguió abrirse paso a golpes, Hanh encontró el agujero y entró el primero. «No podía creer lo que veía —dijo más tarde—. Había un equipo suficiente para editar un periódico entero » Encontraron una prensa de imprenta de 700 kg en perfecto funcionamiento, filas y filas de tipos de letra, treinta y siete bandejas en total, apiladas contra las paredes de una enorme cámara de dos metros de altura y diez por doce de superficie; una mesa con botellas de tinta y latas de tinte de veinte litros; y montones de papeles y panfletos, dos toneladas en total »

Nguyen Van Binh se unió al Vietminh en 1951 y fue a Vietnam del Norte en 1954. Recibió allí durante cinco meses una preparación básica y regresó a Vietnam del Sur en octubre de 1962, destinado al distrito de Cu Chi. Concluyó un curso de diez días sobre las características de diversos agentes químicos usados en la guerra y finalmente fue nombrado oficial de defensa química de Cu Chi, actuando desde su campamento base en la aldea de An Nhon Tay. No sólo enseñaba la teoría de la defensa química a todas las unidades vietcong del distrito, sino que también se ocupaba de la práctica. Tenía que identificar visualmente cualquier agente químico que arrojaran los aparatos norteamericanos sobre esa zona e informar de ello al jefe de distrito. Tres eran los productos químicos fundamentales que conocía· un polvo lanzado desde los aviones, que «mataba árboles y plantas, pero era inofensivo para animales y seres humanos» (probablemente el ahora famoso defoliante químico «Agente Naranja»); «bolitas de humo» arrojadas desde aviones, que provocaban lágrimas, sequedad de garganta y problemas respiratorios (probablemente las granadas de gas lacrimógeno «Bebé Llorón»); y finalmente un producto en polvo arrojado desde los aviones en sacos o bidones, que provocaba vómitos, sequedad de garganta y náuseas generalizadas. El distrito de Cu Chi y el

Triángulo de Hierro iban a sufrir lo peor de los ataques norteamericanos con agentes químicos a lo largo de la guerra.

La única defensa individual contra esos gases era una careta antigás de producción local, hecha de tela de nilón (a menudo proveniente de los paracaídas), con un filtro consistente en algodón, granos de carbón y lino. Las caretas llevaban gomas para ponerlas y quitarlas con facilidad y por lo general resultaron eficaces. Binh alude también al uso por parte de los norteamericanos de un misterioso producto químico que él llamaba «ypheric». Ese agente quemaba la piel y la única defensa contra aquel producto era ocultarse en los túneles durante varias horas, hasta que se había asentado en el terreno.

El capitán William Pelfrey, que pasaría algún tiempo luchando en los túneles, los vio desde una perspectiva típicamente occidental. «Estaban horriblemente sucios: los vietnamitas orinaban y defecaban en los túneles, y los olores corporales y el sudor eran increíbles. Cuando se llevaba allí abajo treinta o cuarenta minutos, todo marchaba perfectamente, pero al salir y recibir una bocanada de aire, a veces llegaba uno a desmayarse, sí, literalmente desmayarse.»

El sistema de letrinas era necesariamente primitivo. Donde era posible, se enterraban grandes tinajas de piedra que se usaban como receptáculos para los excrementos; cuando se llenaban, se las tapaba sencillamente con tierra y se las abandonaba. Pero con frecuencia no era posible tal lujo, en cuyo caso se excavaba un agujero que se usaba hasta llenarlo.

«Si se nos mojaba el arroz, no teníamos donde secarlo, así que teníamos que comerlo podrido, ¿os dáis cuenta de lo que eso significa?», preguntaba Vien Phuong. Un GI norteamericano que estaba explorando unos túneles, llegó a un lugar que hedía de una manera tan horrible, tan sofocante, que inmediatamente se puso a vomitar. El soldado estaba convencido de haber llegado a otro cementerio subterráneo... en realidad, se hallaba en un depósito de arroz podrido.

«La comida se echaba a perder con mucha rapidez en los túneles —explicaba Vien Phuong—. La mercancía más preciada bajo tierra eran los recipientes de plástico o metal que los norteamericanos dejaban en el campo de batalla como basura. Como eran muy resistentes, los utilizábamos para conservar la comida seca; cubríamos las cajas con tela de nilón sacada de paracaídas viejos. Mis posesiones personales durante casi cinco años eran tales que cabían en un macuto: tenía un gran cinturón del Ejército estadounidense del que colgaba una cantimplora; una sábana de nilón de 2,5 m de largo, sacada de un paracaídas, que clavaba en el techo donde podía para evitar que me cayera la tierra encima, especialmente durante las acciones enemigas; un gorro de nilón resistente al agua para la estación lluviosa, una hamaca, una lámpara hecha con un frasco viejo de mentol, una daga, un fusil y un saco de arroz. Los problemas que nunca nos abandonaban eran la desnutrición y la malaria.»

Hasta las mínimas molestias llegaban a convertirse en problemas de lo más pesado y, finalmente, se hacían insoportables. Los túneles eran un terreno propicio para el desarrollo de pequeños organismos, invisibles a simple vista, considerados una maezcla de animal y vegetal y denominados diversamente «veteranos» o «ácaros». Crecían y sobrevivían, junto con escuadrones de mosquitos, en las paredes y techos de los túneles. Al entrar en contacto con un ser humano, aunque vaya vestido, esos organismos llegan al cuerpo desnudo y se meten bajo la piel, permaneciendo allí durante unos tres meses, lo cual provoca un dolor insoportable

REX FEATURES

ARRIBA. *En el Vietnam de hoy en día, la población está orgullosa de los sistemas de túneles y deseosa de mostrarlos.*

En ocasiones, los túneles se hundían bajo el peso de los carros de combate y algunos de sus moradores morían aplastados o enterrados vivos, en otras ocasiones, las bombas o granadas hacían impacto directo sobre el techo del túnel con resultados devastadores. A veces, había gente completamente desgraciada. El hombre que hoy en día es jefe de policía en Tay Ninh consiguió de su comandante un permiso de un día para visitar a su esposa, que trabajaba en los túneles de enfermera. Eran recién casados y apenas se habían visto el uno al otro, por lo que, al ser una visita marital, se les dejó pasar la noche en una cámara. Mientras estaban allí, una bomba perdida atravesó el techo justo encima de los dos: no explotó, pero las aletas le seccionaron una pierna al hombre.

En un comentario que podría haber sido hecho refiriéndose específicamente a los moradores de los túneles de Cu Chi, Robert MacNamara, siendo secretario de Defensa, dijo comentando la ineficacia de los bombardeos sobre Vietnam del Norte: «Su economía es agraria y simple, su población desconoce las comodidades modernas y las ventajas que la mayoría de nosotros en Occidente damos por supuestas... Su moral no se ha hundido, porque están acostumbrados a la disciplina y no les es ajena la escasez y la muerte.»

En la misma época en que MacNamara hacía ese juicio profético, Cu Chi estaba ya camino de convertirse en la Tierra de Hierro.

US ARMY

Los soldados norteamericanos utilizaron toda una gama de recursos en la guerra contra los túneles, desde cuerdas y linternas (DERECHA) *hasta caretas antigás* (ARRIBA).

Capítulo 3

JUGANDO AL ESCONDITE

LOS ESPECIALISTAS

En la operación Crimp, las técnicas de exploración y destrucción de túneles fueron absolutamente improvisadas, dado que no había un cuerpo de conocimientos teóricos o prácticos a los que referirse. Los soldados improvisaron técnicas de medición de túneles de avance por ellos; algunos se asfixiaron bajo tierra por el uso de granadas de humo, otros murieron víctimas de las minas o trampas explosivas del Vietcong El informe del MAVC (Mando de Asistencia Militar en Vietnam) hacía una lista de los peligros inherentes a la exploración subterránea, en la cual, junto al aire nocivo y las trampas explosivas, incluía, un tanto innecesariamente, la «presencia del Vietcong en los túneles». Pero su principal recomendación era que se creara un soldado especialista, con un nuevo adiestramiento militar específico para la guerra de Vietnam: «Para el pronto y completo control y desalojo de los túneles del Vietcong es esencial un equipo de túneles bien entrenado. Estos equipos deberán estar listos para proporcionar inmediata asistencia cuando se descubra un túnel y sus miembros deben ser voluntarios. La claustrofobia y el pánico pueden llegar a causar el fracaso de una misión del equipo o la muerte de sus miembros.»

ABAJO: *El cartel colgado en la puerta del barracón de los "Ratas de Túnel" del 1.er Batallón de Ingenieros, en Lai Khe.*

La creación de esos equipos ocasionó uno de los fenómenos más extraordinarios en la historia de las Fuerzas Armadas estadounidenses: el nacimiento de un soldado de Infantería que se enorgullecía de llevar el nombre informal pero amenazante de «Rata de Túnel».

Si el sargento Stewart Green fue, de mala gana, el primer explorador de túneles en Vietnam, el capitán Herbert Thornton fue el primero de los nuevos «ratas de túnel». Aunque la 25ª. División de Infantería los llamara originalmente «corredores de túneles» y el Ejército australiano «hurones», al final «ratas de túnel» llegó a ser aceptado como término oficial entre las fuerzas armadas occidentales. Lejos de ser despectivo, el nombre era motivo de orgullo y fomentaba el espíritu de cuerpo entre sus miembros. Thornton era el oficial químico de «Gran Rojo Uno» a su llegada a Vietnam en 1965, y fue destinado a Di An, al sur del Triángulo de Hierro y al este del río Saigón. En 1966, Herbert Thornton era un sureño de cuarenta años, de cara redonda y calvo. Y tiene la fortuna de seguir con vida hoy en día.

A la sección química de Thornton se le asignó una responsabilidad especial en la destrucción de túneles y con esa misión participó en la operación Crimp. La infantería decidió que el gas CS —asociado a los explosivos— era el mejor sistema para impedir al enemigo la utilización de los túneles. Al estallar las granadas, los cristales de CS que contenían se incrustaban en las paredes del túnel y el gas que emanaba irritaría dolorosamente la piel y los pulmones del que lo recorriera; los cristales tenían efectividad durante una semana aproximadamente, aunque la humedad ambiental los hacía desaparecer. Otra táctica para inutilizar los túneles era bombardear en ellos gas acetileno con el fuelle de huerto Sears Roebuck, un compresor de aire de uso doméstico para pulverizar pesticida sobre los árboles; se importó en grandes cantidades en Vietnam y recibió el sobrenombre de «chiquito poderoso». El acetileno era posteriormente prendido y el fuego consumía el oxígeno de los túneles; y, por añadidura, se utilizaban cargas de demolición para volar secciones de túnel.

> Había hormigas carnívoras, ratas (de verdad) y otros bichos... A la mayoría de los norteamericanos les resultaba casi incontrolable el pánico que provocaba la claustrofobia.

La ineficacia de aquella política de destrucción de túneles fue reconocida cuando los miembros del servicio de información comenzaron a evaluar los datos obtenidos por los hallazgos en los túneles: documentos tales como registros de impuestos y listas de personal, así como planos de las bases USA, incluidas la base aérea de Bien Hoa y la de Cu Chi. En consecuencia, se ordenó al capitán Thornton y a sus hombres que exploraran los túneles antes de destruirlos.

Esa tarea exigía no sólo unas técnicas especiales, sino también —era algo reconocido— un temperamento y valor especiales. Los «ratas de túnel» se veían obligados a realizar la más antinatural y angustiosa de las tareas: gatear cientos de metros por túneles de tierra, bajos, estrechos y negros como boca de lobo, arrastrando la amenaza constante de una muerte súbita. Unidades del Vietcong fuertemente armadas se ocultaban en los refugios subterráneos durante la mayor parte de las horas del

ARRIBA: *Los "ratas de túnel" que entraban por el peligroso agujero, a menudo no iban armados más que con una pistola y su ingenio.*

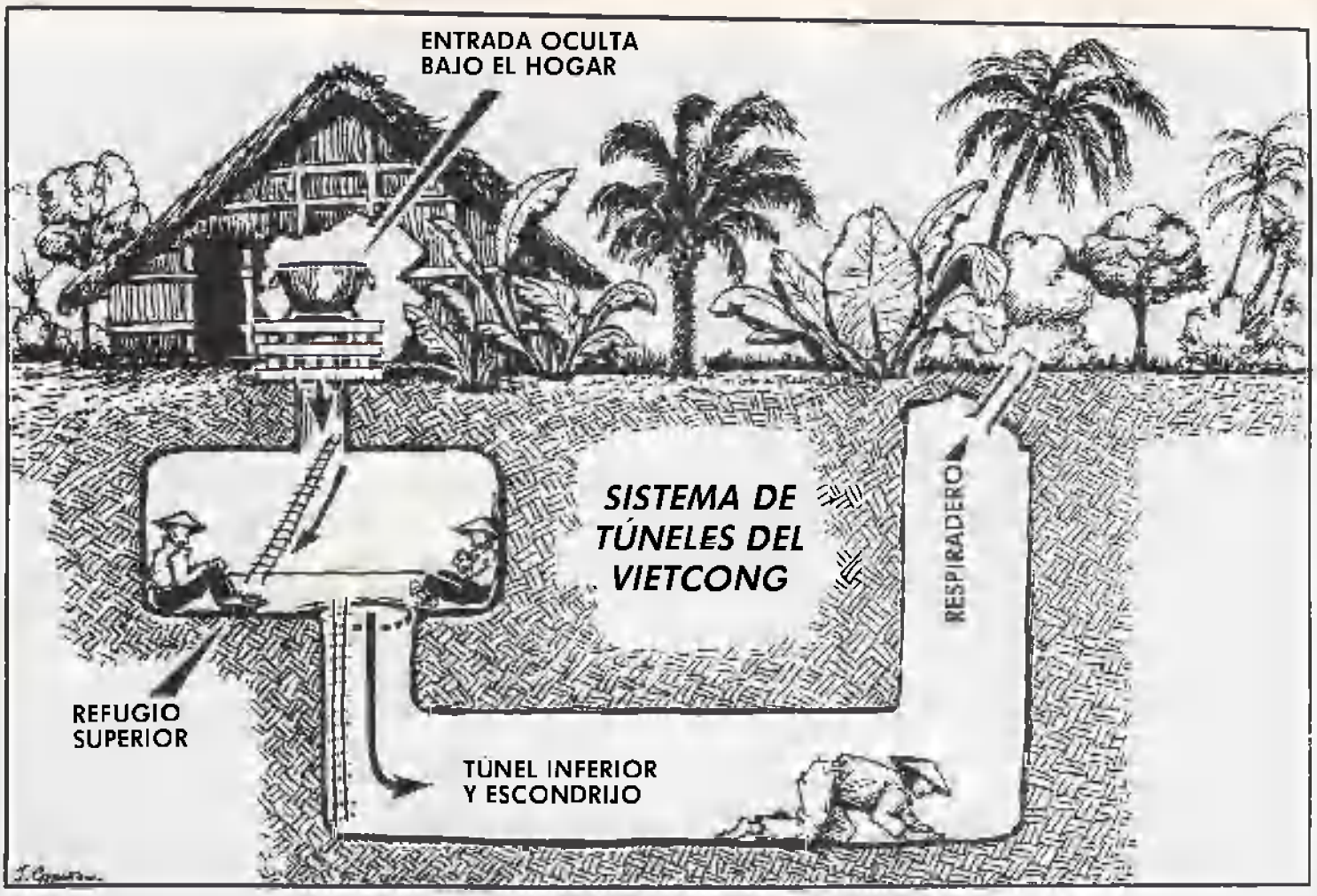
día y, además, todos los túneles estaban sembrados de minas y trampas explosivas. Había también hormigas carnívoras, ratas (de verdad) y otros bichos. En aquellos agujeros negros y húmedos excavados para vietnamitas delgados y ligeros, a la mayoría de los norteamericanos les resultaba casi incontrolable el pánico que provocaba la claustrofobia. El general Bernard Rogers, entonces comandante ayudante de la «Gran Rojo Uno», describía la tarea del «rata»: «Ardiendo de calor, sucio y con dificultades para respirar, estruja el cuerpo a través de aberturas estrechas y bajas, a cuatro patas, sin saber nunca si el túnel se va a desmoronar a sus espaldas ni lo que va a encontrarse delante a la siguiente vuelta...»

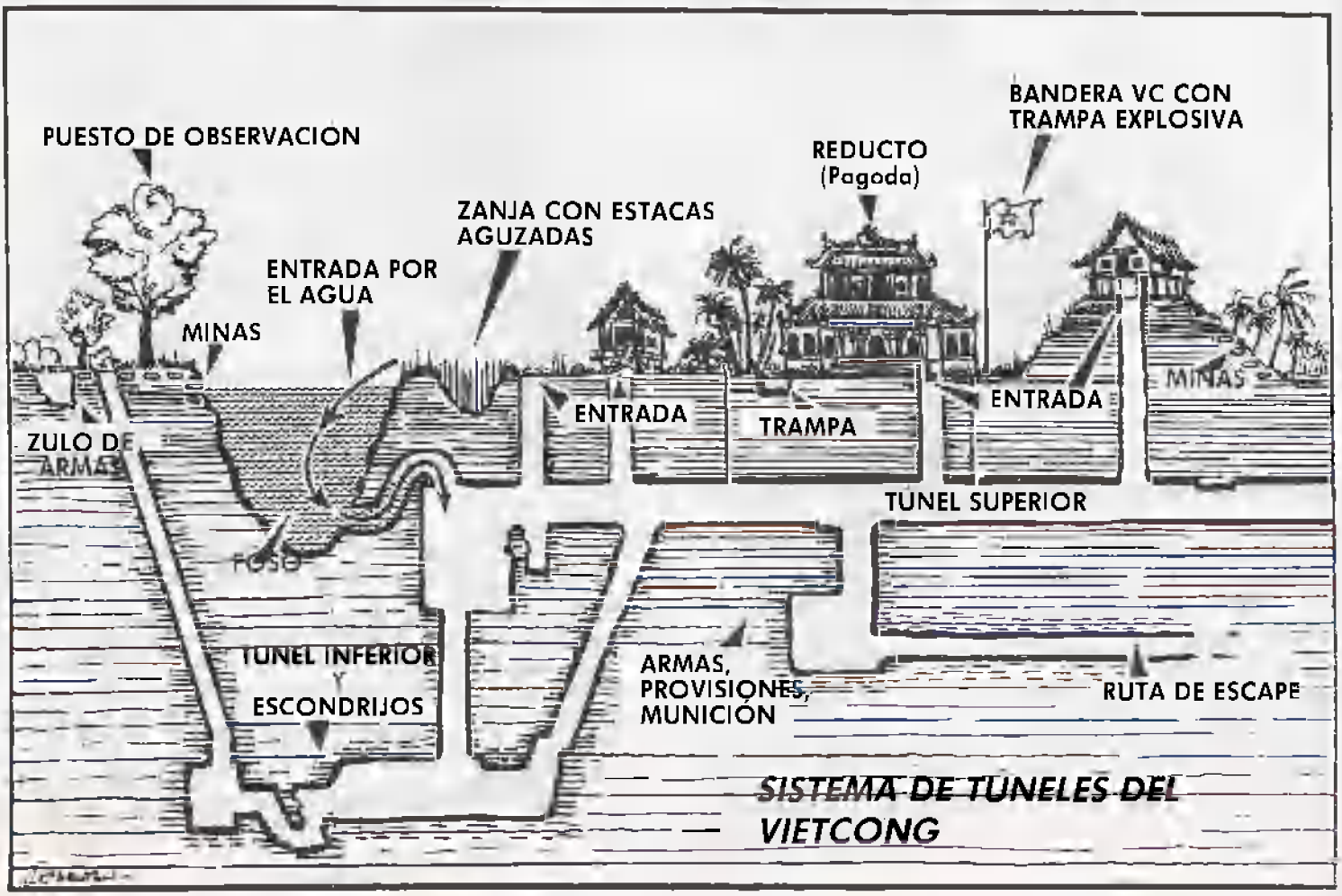
El general Fred Weyand, que comandaba la 25ª. División de Infantería en 1966, dijo de esos hombres: «No hay nada más curioso que un soldado norteamericano, sobre todo si piensa que en alguna parte de allá abajo hay un enemigo. He visto que en cada compañía, cuando iba por una zona de túneles, el 'rata de túnel' se convertía en una especie de héroe extraño. Había tipos a los que les enorgullecía mucho mostrar a sus compañeros que ellos eran únicos en cuestión de valor; es sorprendente lo que un ser humano llega a hacer en esas situaciones.» Y el propio Herbert Thornton decía: «La tarea precisa una clase especial de ser humano: tiene que tener una mente inquisitiva, muchas agallas y mucha maña para saber qué tocar y qué no, para continuar vivo. No hay malos días, todos son buenos si los pasas.»

¿Por qué pensaba Thornton que eran necesarios los especialistas de túneles? «Al principio intentamos crear equipos de túneles en toda la división, pero perdíamos a muchos hombres porque no tenían conocimientos suficientes para entrar en un túnel de la manera apropiada.» No «ventilaron» a ningún miembro de su sección química durante el año que él pasó en Vietnam con aquella misión y, sin embargo, otros soldados de infantería de compañías normales, voluntarios o no, murieron en los túneles a veces de maneras horribles y singulares; una de las técnicas del Vietcong era cortar el cuello o agarrotar al enemigo, cuando asomaba por una trampilla de comunicación.

> La guerra de Vietnam se veía reducida inevitablemente a la confrontación extrema, el combate singular, el uno contra uno.

Thornton sólo aceptaba voluntarios en su escuadrón. Si se obligaba a un hombre a que se metiera en un túnel, decía Thornton, enseguida salía, diciendo que sólo tenía dos o tres metros, aunque fuera mucho más largo. Pero incluso los voluntarios experimentados podían perder el control bajo tierra, caer presa del pánico y comenzar a gritar y a recular hacia la entrada a toda prisa, y debían ser relevados de su servicio en los túneles.


ENTRADA OCULTA
BAJO EL HOGAR
SISTEMA DE
TÚNELES DEL
VIETCONG
RESPIRADERO
REFUGIO
SUPERIOR
TÚNEL INFERIOR
Y ESCONDRIJO


PUESTO DE OBSERVACION
BANDERA VC CON
TRAMPA EXPLOSIVA
REDUCTO
(Pagoda)
ZANJA CON ESTACAS
AGUZADAS
ENTRADA POR
EL AGUA
MINAS
ENTRADA
TRAMPA
ENTRADA
MINAS
ZULO DE
ARMAS
TÚNEL SUPERIOR
FOSO
TÚNEL INFERIOR
Y
ESCONDRIJOS
ARMAS,
PROVISIONES,
MUNICIÓN
RUTA DE ESCAPE
SISTEMA DE TÚNELES DEL
VIETCONG

A los «ratas de túnel» muertos o heridos se los sacaba al exterior arrastrándolos con cables o sogas, o usando el método de los bomberos, según el cual las manos atadas del herido se pasaban alrededor del cuello del rescatador. Ningún «rata de túnel» muerto era abandonado en un túnel, aunque el hecho de sacar los cadáveres expusiera a otros al mismo peligro Muchos de los «rata de túnel», pero no todos, eran hombres de pequeña estatura, apropiados para las entradas estrechas y los espacios angostos; la mayoría era de origen hispano, puertorriqueños o mexicanos.

Su eficaz recogida de información en el interior de la base de Di An, pronto le permitió al Vietcong tener conocimiento de los servicios especiales en los túneles del capitán Thornton, quien, pese a su bajo rango, pasó a ser un hombre marcado. Los comunistas colocaron pasquines que demandaban la muerte de Thornton: habían puesto precio a la cabeza del especialista de túneles Sin embargo, sobrevivió y llegó a ser el gurú de los túneles. En marzo de 1966 se le encomendó la instrucción de los soldados de la División «Rayo del Trópico» recién llegada, en la escuela de túneles creada en su base de Cu Chi. En 1967, tras la operación Cedar Falls, los servicios de «ratas de túnel» de la «Gran Rojo Uno» fueron transferidos al 1.er Batallón de Ingenieros. El destacamento químico tenía en aquellos momentos cometidos de defoliación y los ingenieros tenían experiencia en demoliciones. En los años siguientes, el espíritu de cuerpo de los «ratas de túnel» se incrementó hasta el punto de que se habían hecho un distintivo de tela y una insignia para la manga (no oficial) El distintivo mostraba un roedor gris con una pistola y una linterna y tenía un lema en latín macarrónico: *Non gratum anus rodentum* (No vale el culo de una rata).

Los «ratas» del 1.er Batallón de Ingenieros actuaban en equipos de unos doce hombres al mando de un teniente o un suboficial; uno de sus miembros era un «explorador Kit Carson», un antiguo vietcong que se había pasado al bando del gobierno de Vietnam del Sur y que conocía los túneles por experiencia propia.

Las razones para presentarse voluntario como «rata de túnel» eran muy variadas: en ocasiones redimir vidas problemáticas en EE.UU. o probar la hombría en condiciones verdaderamente difíciles. Una vez que vencían el miedo y admitían que sobrevivían, algunos llegaban a disfrutar de su trabajo. Aceptaban el silencioso encierro, donde la guerra de Vietnam se veía reducida inevitablemente a la confrontación extrema, el combate singular, el uno contra uno.

Eran una casta especial con una tarea que imponía respeto y los apartaba del resto de los soldados. Entre los militares de Vietnam, sólo los pilotos de helicópteros y los LRRP (equipos de reconocimiento lejano) rozaban un peligro mortal tan cierto o gozaban de tal reputación. Los «ratas» eran profesionales que no dudaban en matar, solitarios que obtenían satisfacción de aceptar una misión que ningún otro soldado intentaría. Algunos eran hombres hondamente agresivos movidos por razones oscuras y desconcertantes, los cuales encontraban en los túneles a su verdadero «yo»; otros eran hombres equilibrados, que asumieron la tarea pero quedaron marcados por la experiencia hasta el punto de desear borrarla de su memoria

IZQUIERDA: *Fueran sencillos o intrincados, los túneles eran obras maestras de planificación y preparación Obsérvese la entrada situada bajo el hogar* (ARRIBA) *y la colocación de trampas y minas, a menudo cerca de las entradas* (ABAJO).

NO VALE EL CULO DE UNA RATA

El «rata de túnel» iba a alzarse orgulloso y solitario entre los soldados del ejército mejor equipado del mundo. No era para él el equipo del soldado de Infantería corriente, formado por el casco de metal, uniforme de combate completo, chaleco antibalas, botas para jungla ligeras, correajes, botella de agua, fusil automático M-1 o M16 y cartuchera de munición suplementaria. Por el contrario, el «rata de túnel» descubrió pronto que cuanto menos llevara en aquella oscuridad sofocante, más oportunidades tenía de sobrevivir.

Tras la operación Crimp, cuando comenzaron a actuar los «ratas de túnel» voluntarios, la experiencia les reveló pronto que el cuchillo, la pistola y la linterna iban a ser sus instrumentos básicos para la lucha y supervivencia en el interior de los túneles. Efectivamente, entre los menudos soldados que formaban los «ratas de túnel» se produjo el reverso del desarrollo de armas altamente tecnificadas: tuvieron que volver a aprender todo el arte del combate cuerpo a cuerpo, uno a uno, como lo llamaban, sin apoyo de fuego y sin superioridad de armamento. Los «ratas» llegarían a ser obsesivos con los más mínimos detalles de su equipo, prefiriendo una pistola a otra, el filo de un cuchillo a otro; volverían a descubrir el placer de un combate a la antigua, donde la fuerza personal, las agallas y la astucia contaban mucho más que el apoyo de la artillería y la aviación

> «Manejable de verdad esa 'cuatro calibres'; el ruido te hacía estallar los tímpanos, pero si había algo delante de ti, le dabas.»

Cada «rata» llevaba una linterna, y lo hacía de una forma especial para evitar ser un maravilloso blanco iluminado. Si se caía la linterna y se rompía la bombilla, podían ser presa fácil del pánico, de manera que aprendieron a cambiar una bombilla en la más completa oscuridad sólo por el tacto, y aprendieron a hacerlo rápidamente, agachados, de rodillas o tumbados.

La única arma sobre la que los «ratas de túnel» estuvieron siempre de acuerdo fue la pistola Colt 45, reglamentaria en el Ejército: ninguno la quería y muy pocos la usaban. Era demasiado grande, demasiado incómoda y demasiado ruidosa, y, dado que la elección de la pistola era uno de los privilegios de un «rata de túnel», cada uno buscaba aquella con la que pudiera sentirse más a gusto. Sobre los silenciadores, no se ponían de acuerdo, algunos no disparaban si no era con silenciador, para evitar el ruido ensordecedor del disparo; otros no usaban silenciador porque la longitud añadida al cañón dificultaba los movimientos rápidos y quitaba maniobrabilidad dentro de los límites del túnel; además, había veces en que deseaban advertir su presencia para que el enemigo se asustara y saliera del túnel, porque no había muchos «ratas» deseosos de librar un combate en los túneles, sin duda uno de los enfrentamientos más terroríficos que pueda imaginarse.

El PFC (soldado de primera) Harold Roper compró sencillamente una Smith & Wesson del 38 a un piloto de helicópteros por 25 dólares y ésa era la que usaba, además de una escopeta donde iba bien. La mayor dispersión de los perdigones de la escopeta la hacían un arma potencialmente más apropiada para

TERRY SPENCER

ARRIBA: *Soldados norteamericanos explorando cuidadosamente una entrada de túnel escondida en la orilla de un río. Un movimiento en falso o un paso imprudente podían hacer disparar una trampa explosiva mortal.*

los túneles, aunque no necesariamente tan letal como la pistola. El sargento Flo Rivera disponía de su propia Luger alemana y consiguió la entrega oficial de una carabina antidisturbios de «cuatro calibres»: «Manejable de verdad esa 'cuatro calibres'; el ruido te hacía estallar los tímpanos, pero si había algo delante de ti, le dabas.»

A pesar de la satisfacción que sentían los «ratas» con las artes marciales antiguas recién aprendidas, los jefes de sus unidades estaban siempre suspirando por nuevas soluciones tecnológicas a problemas que precisaban la aplicación del sentido común más que «chips» de silicona. Como resultado, los científicos estadounidenses se sintieron muy satisfechos de producir nuevos sistemas de armas (muchos de los cuales resultaron ser inútiles).

En 1962, se fundó en Maryland el Laboratorio de Guerra Limitada (conocido como LWL) para desarrollar equipos contra sublevaciones, dentro de un programa de urgencia con el objeto de cubrir las necesidades operativas del Ejército en una guerra limitada. En 1967, nueve de cada diez proyectos del centro estaban orientados a las necesidades bélicas de la guerra de Vietnam. Algunos inventos resultaron útiles: un repelente de sanguijuelas eficaz; radares que traspasaban la espesura; una comida de 1.000 calorías en un paquete de 250 gramos. Pero, en general, sus esfuerzos en relación con la lucha en los túneles, aunque bien intencionados, constituyeron penosos fracasos.

El 7 de agosto de 1966, el LWL creó y remitió a las divisiones 1ª. y 25ª., para su experimentación, un «Equipo de Exploración de Túneles», que comprendía tres elementos. El primero, en sustitución de la omnipresente y anticuada linterna, era una revolucionaria linterna para la cabeza, que iba montada especialmente sobre un nuevo gorro de faena y que, para dejar las manos libres, estaba provista de un interruptor de boca, con el que se encendía y apagaba a base de mordiscos. El segundo era un sistema de comunicaciones con un «micrófono de transmisión por hueso» muy sensible, para llevar sobre el occipital o atado a la garganta; la recepción se hacía a través de un auricular y los cables necesarios iban fijados a un carrete, pasando por debajo del cinturón de la pistola. El tercero era un revólver del 38 con un cañón de cuatro pulgadas completado con silenciador y un punto de mira iluminado. El equipo se completaba con tapones de algodón para colocarse en las orejas al disparar.

> «Cuando encontrábamos a un hombre en los túneles, teníamos que estar absolutamente seguros de que lo matábamos, porque herir a uno del Vietcong no servía de nada.»

Impresionados por tan solícita preocupación hacia la clase de guerra que practicaban, los «ratas de túnel» comenzaron a probar el equipo en combate cauta y recelosamente. Las cosas fueron mal desde un principio. El interruptor de boca de la linterna de cabeza no funcionaba adecuadamente y la lámpara, firmemente sujeta al gorro de faena, se caía sobre los ojos del «rata» en cuanto éste daba dos pasos, porque iba rozando con el techo del túnel; y aún más le resbalaba al infortunado «rata» cuando comenzaba a sudar, lo que inevitablemente sucedía nada más entrar en el túnel. El auricular del sistema de comunicación pronto presentó el inconveniente de no ajustarse perfectamente al interior de la oreja y caerse, mientras que los cables se trababan en el suelo y las revueltas del túnel.

El revólver del 38 especialmente adaptado era un desastre total: con el silenciador y el punto de mira iluminado montados, era demasiado grande e incómodo; la luz de apuntar era ineficaz o inútil, porque era difusa y quedaba amortiguada por la de la lámpara de minero, mayor y más potente (a menos que ésta se hubiese inclinado un poco hacia adelante); el silenciador resultó ser ineficaz y hasta la pistolera era demasiado grande y voluminosa para el túnel. El «Equipo de Exploración de Túneles» fue devuelto al LWL con el debido agradecimiento, para no volverlo a ver.

El poder mortífero de las pistolas se había convertido en algo de gran importancia para los «ratas de túnel», tras darse cuenta de que en los túneles nada parecía inducir al enemigo a rendirse El comandante Ellis recuerda que su escuadrón recibió megáfonos para decir al Vietcong que saliera de los túneles. «Nos

imaginábamos que era mucho menos arriesgado que entrar, pero en ningún caso conseguimos hacer salir a ninguno, de manera que, al final, mi preocupación era que cuando encontrábamos a un hombre en los túneles, teníamos que estar absolutamente seguros de que lo matábamos, porque herir a uno del Vietcong no servía de nada.»

Mientras estaba en la 25ª., el sargento Robert Baer, un experto «rata de túnel», descubrió también que el vietcong de túnel se negaba a rendirse incluso cuando estaba atrapado sin ninguna salida posible, e ideó un sistema de hacerlos salir al exterior arrojando granadas de humo o bengalas que consumían el oxígeno disponible en los túneles, con lo que se lograba a veces una rendición muy de mala gana. Pero con mayor frecuencia los guerrilleros del Vietcong preferían suicidarse a ser capturados.

El mejor amigo del «rata de túnel» fue el cuchillo o la bayoneta más que la pistola Un arma tan vieja como la guerra misma volvía a ponerse de moda en la oscuridad, donde el tacto, las sensaciones y los nervios templados determinaban si uno viviría o moriría. El cuchillo era usado para tantear o como silencioso instrumento de muerte; había que descubrir las trampas explosivas en una negrura de boca de lobo pinchando delicadamente el suelo, los laterales o el techo del túnel, en lo que se convertía en un examen instintivo de pequeños cables reveladores o de raíces de árboles de aspecto sospechoso. En aquella oscuridad —con el único ruido de los mosquitos— que incrementaba la sensibilidad auditiva hasta hacerla casi perfecta, el «rata de túnel» se movía normalmente con grotesca lentitud, ante la amenaza a cada pulgada de una súbita detonación, ese último y terrible fogonazo previo a la muerte.

> «Miro a mi alrededor y no veo más que unos M16 apuntándome a la cabeza y un montón de caras poco amistosas detrás de ellos.»

Enfrentarse a un reto con tan severas reglas y tan terribles códigos encerraba más de un elemento de malvada satisfacción e incluso emoción. La soledad de aquellos agujeros negros e interminables era a menudo muy bien recibida. Muchos «ratas» se negaban a llevar equipo de comunicación y muchos de los que lo llevaban no lo usaban. ¿Qué se iba a decir y qué valía

ABAJO. *La entrada a la base de la 25.ª División "Rayo del Trópico", donde se realizaba un curso sobre técnicas de guerra de túneles.*

CAMERA PRES

ARRIBA: *Si el soldado no hubiera sido tan cauto, un alambre disparador habría liberado ese horrible tronco de aguzadas estacas que le habría alcanzado a la altura del estómago.*

la pena oír de la superficie, cuando cada leve crujido allí abajo precisaba una interpretación y reacción instantáneas?

El teniente Jack Flowers era un caso típico de desprecio de los intentos de mantener la relación túnel-superficie. «No funcionaba en ningún caso —decía—. Cuando era necesario, usábamos la comunicación verbal, cuando un hombre entraba en contacto con el enemigo, abría fuego. más de tres tiros y sabíamos que tenía problemas; si disparaba seis, sabíamos que el problema era grave, porque no tendría tiempo de cargar de nuevo.»

Sin embargo, la falta de comunicación creaba un riesgo adicional. Sin gorro, cubierto de tierra y sudor, normalmente descamisado, el «rata de túnel» que aparecía de pronto por un agujero «no incluido aún en el mapa» podía encontrarse inmediatamente convertido en blanco de los de su bando. El sargento Gilbert Lindsay fue un ejemplo clásico. «Siempre le decía a mi pelotón que me esperase arriba: 'Mirad. cuando salga tendré el pelo sucio y pareceré un Charlie', y ellos me decían: 'No te preocupes, Larry, te estaremos esperando'. Bueno, pues una vez que estoy allí abajo recorriendo el asunto, les llega la hora de comer y ¿qué hacen? Se alejan del agujero y se sientan a comer sus raciones C. Así que vienen unos tipos nuevos de otra unidad y en ese momento yo voy a salir y grito: 'Ya subo'. No pasa nada, muy bien; y subo, saco la cabeza fuera, miro a mi alrededor y no veo más que M16 apuntándome a la cabeza y un montón de caras poco amistosas detrás de ellos. De pronto te empieza a latir con fuerza el corazón y tienes que sonreír y gritar: '¡Eh! ¡Soy de los vuestros, soy americano!'. Pero ellos no sonríen todavía y te preguntan quién ganó el campeonato mundial en 1962, quién era el presidente de Estados Unidos y todas esas chorradas. Después se echan a reír y tú ya no te sigues riendo.»

> «Podía oler al Vietcong, de verdad, podía oler a 'Charlie'. No era simplemente el sudor o el olor a orina. Había veces en que podía oír su respiración.»

A la larga, la pieza mejor del equipo de un «rata de túnel» era un cuerpo templado casi a la perfección, en que cada una de sus partes estaba garantizada. El «rata» triunfador tenía que ofrecerse voluntario para ir bajo tierra y permanecer allí, afrontando riesgos que no tenían parangón con los que podía encontrar en la superficie. Incluso siendo pequeño para las medidas norteamericanas, en los túneles de comunicación tenía que tomar curvas que sólo permitían el paso a un vietnamita delgado. Tenía que dominar una tendencia instintiva a tener los pulmones muy ventilados y tenía que recordar que sólo podría salir victorioso si llegaba a un acuerdo con su miedo. Para él, las yemas de los dedos y las orejas eran lo que para un ciego el bastón, al poco tiempo, podía «oler» al enemigo frente a él, no sólo por el olor, sino sintiéndolo. El comandante Jack Pryor prohibía a sus «ratas de túnel» fumar, mascar chicle o comer caramelos, no sólo porque todo ello los hacía detectables, sino también porque menguaba su capacidad de «olfatear» al enemigo.

Pero fue Arnold Gutiérrez quien mejor expresó lo que le ocurría al «rata» profesional en aquellos tensos y solitarios túneles: «Podía oler al Vietcong, de verdad, podía oler a 'Charlie'. No era simplemente el sudor o el olor a orina. Había veces en que podía oír su respiración, completamente silenciosa; podía oír a una persona respirar y sabía que estaba ahí y no seguía adelante. Decía para mí: en ese oscuro rincón del túnel es donde está el animal, es un roedor. Yo me estoy haciendo como un roedor, pero todavía no lo soy. Sí, podía oler a 'Charlie' y él me conocía. Por el tipo de colonia que usaba, por mi loción de afeitar..., ésa fue la razón de que todos dejáramos de usarla. Pero había más, había el olor que te decía que había alguien en los túneles. Llegamos a tener tan afinados los sentidos al cabo de un tiempo, que si el otro subía o bajaba el párpado ya sabíamos que estaba allí, en la esquina, descubierto ya, pero esperando sin moverse. A ésos era a los que no matabas; retrocedías y les decías a los de arriba que el túnel estaba 'frío'.»

OPERACIONES PSICOLÓGICAS

En 1966 Vietnam llevaba ya casi un cuarto de siglo en guerra contra diversos enemigos. A los japoneses los habían seguido los franceses y luego había llegado Estados Unidos con un poder y una violencia inimaginables. En un año, desde que los infantes de Marina llegaron a la playa de Da Nang, se habían transportado a Vietnam 850.000 toneladas de pertrechos por mes, para los norteamericanos, sus aliados del Ejército survietnamita y las tropas de Australia, Nueva Zelanda, Filipinas, Tailandia y Corea

Dentro y alrededor de sus doscientos quilómetros de túneles, los vietnamitas estaban mucho peor dotados de recursos o material militar. El sistema de defensa por medio de túneles de Cu Chi era evolutivo y debía su eficacia a una mezcla de tenacidad, flexibilidad y astucia.

Una defensa convencional basada en los túneles era algo indiscutible, dado que el Vietcong no tenía hombres ni armamento suficiente, y tampoco era la política de los comunistas en Vietnam del Sur enfrentarse a los norteamericanos en una guerra de batallas cuidadosamente planeadas y posiciones fijas. La localización de los túneles tenía ocupados a montones de soldados estadounidenses, lo que suponía una gran inversión para muy magros resultados

A pesar de la escasez originaria de material explosivo (pronto remediada en cuanto la 25ª. de Infantería comenzó a bombardear Cu Chi), la empresa de trampas explosivas de fabricación casera comenzó a florecer. Quienes tenían acceso a material explosivo, detonadores y un tosco taller subterráneo, producían, en primer lugar y sobre todo, las minas DH-5 y DH-10, que imitaban la mina Claymore norteamericana, y eran usadas principalmente contra los carros ligeros y semiorugas e, inevitablemente, contra los soldados incautos.

Las minas y trampas explosivas en los túneles eran baratas de hacer, psicológicamente eficaces y causaban un daño físico considerable. Una de ellas era una simple granada de artillería enterrada en el suelo y que explotaba por la presión que ejercía el peso de un hombre. «Uno de los jefes de batallón del regimiento pisó una bomba explosiva formada por una granada de 115 mm. —escribía el oficial médico—. No encontraron de él ni para llenar una bolsa 'willy-peter' (un saco impermeable poco mayor que una cesta de la compra). En efecto..., había quedado desintegrado.»

Para el nivel tecnológico del Vietcong, ésas eran trampas muy complejas. En el otro extremo de la escala evolutiva del armamento estaban aquellas que debían más a la Guerra de las Dos Rosas que a la altamente tecnificada del Vietnam. Estaba la ballesta, usada originalmente por las tribus aborígenes de las zonas montañosas para cazar y que el Vietcong adaptó para la defensa de los túneles: un pozo escondido contenía un arco con los extremos hincados en los laterales del pozo; se colocaba una flecha en el arco en tensión y el simple mecanismo liberador era activado por un alambre disparador que cruzaba la senda. Históricamente coetáneo era un aparato semejante a una maza medieval: una pesada pelota de barro llena de estacas de bambú afiladas que se ataba a un árbol por medio de un zarcillo de aspecto inofensivo y, cuando era liberada por el alambre disparador, la pelota cruzaba violentamente el sendero de un lado a otro.

US ARMY

ARRIBA: *Los "ratas de túnel" inspeccionan los suministros almacenados en un hospital subterráneo completamente equipado, que fue descubierto en abril de 1967 en Lai Thieu.*

La trampa explosiva más corriente de los comunistas era la granada de mano con un alambre, utilizada en las entradas de túneles y en los propios túneles. En los primeros días de la guerra, las granadas eran hechas a mano, con mangos de madera o latas de Coke adaptadas y pólvora sacada de las granadas norteamericanas que no estallaban. Una de las tácticas favoritas era colocar la granada sin el sotrozo, y dentro de una lata adecuada, en los senderos de la jungla y en las sendas cercanas a los túneles: un tirón en el alambre detonador extraía de la lata la granada, que se cebaba automáticamente y explotaba En los túneles se utilizaba un sistema similar a la entrada o aprovechando la oscuridad interior y, a menudo, el alambre detonador estaba hecho de raíces de árboles de la jungla. La explosión de una granada dentro de un túnel, por pequeña que fuera, causaba un daño indecible a cualquiera que estuviera cerca y podía provocar un derrumbamiento asfixiante.

A veces el Vietcong recurría a una guerra psicológica local muy original, si bien algo macabra. En una ocasión, en el curso de un ataque norteamericano a un complejo de túneles, el capitán Linh contempló impasible cómo un GI, al descender de un tanque, pisaba una mina DH-5 que le voló una pierna. Después que el hombre fue evacuado y la patrulla se fue, Linh recuperó la pierna y, tras escribir la palabra «peligroso» en inglés en una caja vacía de raciones C, colgó la pierna y el letrero en un árbol que había sido defoliado por un bombardeo. Para aumentar el efecto, añadió un cráneo y unos huesos cruzados. Como era durante la estación seca, la pierna reseca permaneció colgada durante semanas, actuando, según afirmaba Linh, como una útil medida disuasoria.

Hay indicios, firmes pero no concluyentes, de que el Vietcong ataba ratas infectadas de peste bubónica en los túneles, como una primitiva forma de guerra biológica contra los soldados norteamericanos que bajaban a explorar los complejos En 1967, a principios de marzo, una patrulla de la Compañía A, 3.er Escuadrón del 4°. de Caballería, de la 25ª División de Infantería, entró en un túnel en la provincia de Hau Nghia, a un quilómetro y medio aproximadamente de la ciudad de Cu Chi. Dentro del túnel encontraron tres ratas muertas, atadas por el cuello; además, encontraron una jeringuilla y una ampolla que contenía un líquido amarillo, junto a unas jaulas para cazar ratas. El jefe de la patrulla se puso inmediatamente en contacto con los especialistas de información adscritos al 521°. Destacamento Médico, quienes. tras analizar aquel extraño hallazgo, descubrieron que una de las ratas era portadora de la peste bubónica

> Lo que el ojo de un soldado no viera durante una patrulla, no lo iba a sentir el corazón de un oficial.

Una explicación benévola del hallazgo sería que los guerrilleros, que con frecuencia tenían que alimentarse de ratas, necesitaban saber si estaban o no apestadas. Si, por el contrario, hubiese sido de general conocimiento entre los soldados norteamericanos que el Vietcong usaba ratas infectadas en los túneles, su exploración habría resultado un proceso más lento y laborioso de lo que ya era. Aun cuando los soldados norteamericanos y aliados fueron vacunados automáticamente contra la peste bubónica, se vigilaba muy cuidadosamente cualquier posible brote, puesto que la terrible enfermedad era frecuente en gran parte de Vietnam.

Dentro de los túneles había paredes falsas, cubiertas por una ligera capa de arcilla, tras las cuales esperaba el Vietcong con lanzas de bambú Un destino similar esperaba al confiado GI que caía en una trampa que los norteamericanos bautizaron lacónicamente como «Lo siento»: la víctima caía en un pozo, junto al cual, y separado por una pared hecha con una ligera capa de arcilla, había otro pozo en el que esperaba el enemigo; en el momento en que caía el soldado, el guerrillero del Vietcong alanceaba mortalmente a su desventurada víctima.

Las trampas explosivas y las emboscadas causaban una mortandad desproporcionadamente alta entre los infantes y era motivo de gran inquietud para los estrategas militares en Vietnam. A lo largo de la guerra, las trampas explosivas fueron responsables del 11% de los muertos y el 17% de los heridos en el lado estadounidense, y si la tasa de mortalidad no fue más alta, se debió a su magnífico sistema de evacuación por helicóptero.

Las trampas explosivas, dentro y fuera de los túneles, provocaban entre los soldados normales un temor suficientemente importante para afectar a su eficacia. Un infante con un equipo muy tecnificado, que normalmente luchaba durante el día y regresaba a la base en helicóptero al anochecer, no estaba dispuesto a salirse de su camino para descubrir complejos subterráneos. Todo el mundo conocía las trampas explosivas... y lo que el ojo de un soldado no viera durante una patrulla, no lo iba a sentir el corazón de un oficial.

Si las defensas externas del túnel no lograban detener al enemigo, la siguiente línea defensiva era el denominado «agujero de araña». Se trataba de unos pozos magníficamente camuflados, de profundidad hasta la altura del hombro, situados cerca de cada una de las tres entradas del túnel y unidos con el túnel principal por cortos túneles de comunicación. En ellos se escondía un francotirador del Vietcong perfectamente protegido, a veces dos, para disparar contra los intrusos. No había ningún sistema de detección, por avanzado que fuera, que pudiera descubrir con facilidad o automáticamente a esos omnipresentes francotiradores de los agujeros de araña, y determinar su posición y destruirlos. Se les podía batir con morteros (y frecuentemente se hacía), con la artillería, arrojar napalm o sitiar con carros, pero cuanto más tiempo duraba el combate, mejor cumplían su función primordial, que era atraer a un gran número de enemigos y mantenerlos ocupados, apartándolos de la verdadera presa, el complejo de túneles sobre el que mantenían su solitaria vigilancia.

Los túneles no eran inexpugnables, pero su fortaleza, basada en sólidos principios de ingeniería, y sus hábiles y fructíferos sistemas defensivos, les dieron una logevidad militar mucho mayor que la que merecían en realidad. Durante cinco años permitieron a los comunistas ejercer un control efectivo sobre el distrito de Cu Chi. Los norteamericanos y sus colegas no disfrutaban de más que un limitado arriendo de la superficie; los propietarios ocupaban las profundidades permanentes de la tierra.

La operación Cedar Falls obtuvo como resultado 576 «reunidos Chieu Hoi», o desertores del Vietcong. El centro de recepción «Chieu Hoi» de la provincia de Binh Duong (que abarcaba Ben Cat y el Triángulo de Hierro) recibió más hombres de esos durante la operación Cedar Falls que en todo el año precedente, y casi la mitad eran antiguos guerrilleros. Su defección era producto de las PSYOPS —operaciones psicológicas— estadounidenses que eran un arma de poder creciente contra el Vietcong en los túneles, y fueron un factor permanente en sus vidas. Las PSYOPS en Vietnam fueron un éxito, minando la moral de los guerrilleros y soldados comunistas.

> «Nunca... hemos hecho un uso tan amplio de las tácticas de guerra psicológica como en Vietnam.»

Incluso el capitán Nguyen Thanh Linh, que soportó con firmeza los cinco años de horrores y privaciones pasados en los túneles de Cu Chi, destacaba la seria amenaza que eran los altavoces utilizados desde los helicópteros. Recordaba Linh: «La forma más común de guerra psicológica consistía en amenazarnos con B-52, con carros y armas modernas; pero contra nosotros los vietnamitas, que hemos luchado contra invasores durante siglos, tales amenazas eran ineficaces Sin embargo, teníamos nuestros puntos débiles: echábamos de menos a nuestras esposas y nuestros familiares. Llevábamos veinte años combatiendo a franceses y norteamericanos; yo hacía cinco años que estaba separado de mi esposa y no había visto nunca a mi segundo hijo; echábamos de menos las comodidades de la vida. A veces llevábamos cinco o seis meses pasando hambre: una lata de sopa de arroz para cuatro hombres, teníamos que buscar plantas comestibles en los cráteres de las bombas... Entonces una noche, al salir de los túneles, los altavoces norteamericanos emitían en nuestra lengua voces de niños gritando: '¡Mamá no puede dormir, te ama y llora por ti!'. O la voz de una actriz decía: 'Que-

rido esposo, ¿por qué llevas tanto tiempo fuera? Tu madre llora desconsoladamente por ti.' A veces, incluso sabían nuestros nombres y otras veces nos decían que nuestras esposas se habían ido con otros. Así toda la noche. ¿Podéis imaginar lo que supone para un soldado metido en un túnel y alejado de su familia durante años? Realmente tenía un efecto psicológico sobre el ánimo de los combatientes.»

«Chieu Hoi» significa «brazos abiertos»: la idea se puso en práctica bajo la presidencia de Ngo Dinh Diem, el 17 de abril de 1963, al tiempo que el programa de aldeas estratégicas. Al igual que muchos de los planes realizados en Vietnam del Sur, el programa no fue concebido por los vietnamitas, sino sugerido al gobierno de Saigón por los asesores norteamericanos e ingleses A los que se inducía a desertar se los denominaba «Hoi Chanh» —en inglés «ralliers» (reunidos) o «returnees» (retornados) Como después se vio, apenas desertaron comunistas importantes durante la guerra, pero miles de guerrilleros rasos decidieron —en palabras de un informe de la «Gran Rojo Uno»— «que preferían cambiar de bando a luchar». ¿Qué técnicas psicológicas se utilizaron para lograr ese aparente cambio de simpatías?

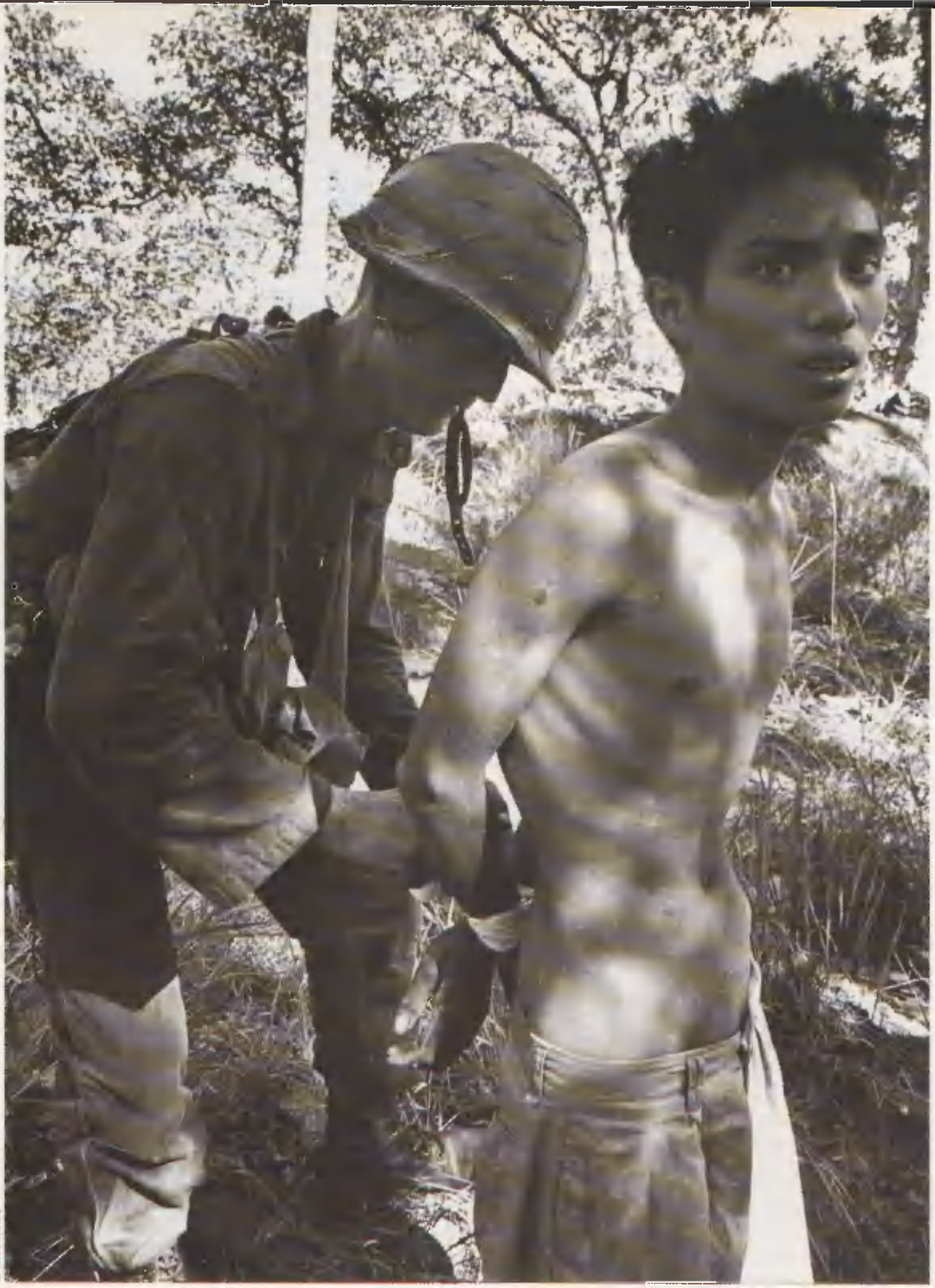
«Nunca en la historia de los Estados Unidos hemos hecho un uso tan amplio de las tácticas de guerra psicológica como en Vietnam», se jactaba en julio de 1968 el capitán Andris Endrijonas, oficial de PSYOPS de la 25ª. División de Infantería con base en Cu Chi. «El pasado mes hemos arrojado 22 millones de octavillas sobre la zona de operaciones de la división y se registraron 98 horas de emisión por altavoces.» Fue el arte de las emisiones por altavoces aéreos lo que se perfeccionó en el curso de la guerra Se montaban altavoces de hasta 1.000 vatios de potencia en helicópteros de observación o de combate, para poner cintas vietnamitas especialmentee grabadas en las zonas donde se pensaba que se escondía el Vietcong. Se descubrió que las condiciones de emisión eran mejores durante la noche; las emisiones nocturnas atormentaban también a cualquier vietcong (o a quien fuera) que intentara dormir. El capitán Lee Robinson de Fort Pierce, Florida, sirvió como G-5 —oficial de PSYOPS y de asuntos civiles— en la 1ª. División de Infantería, y en una entrevista realizada en la base de Lai Khe durante la guerra describía su tarea: «Uno de los mejores temas que hemos encontrado es 'Emisión de llamamiento familiar'. Es un tema basado en la nostalgia que hará que nuestra audiencia piense en la familia y el hogar que ha dejado atrás. Utilizamos también machaconamente el tema llamado 'El Alma Errante': es una grabación de sonidos misteriosos que intentan representar los espíritus de los enemigos muertos que no han hallado la paz. Al parecer, el enemigo es muy supersticioso respecto de ser enterrado en una tumba anónima, puesto que el espíritu es incapaz de descansar junto al cuerpo por no haber sido enterrado adecuadamente.»

Había otros usos de los altavoces aún más astutos que el de la operación «Alma Errante». Cuando un miembro del Vietcong desertaba y se convertía en un «Hoi Chanh», su deserción era explotada propagandísticamente tan pronto como era posible, haciéndosele grabar un mensaje dirigido a sus antiguos camaradas, para convencerlos de que abandonaran los escondrijos de los túneles. Este procedimiento fue perfeccionado tras la invención del sistema «Primera Palabra» por oficiales de la «Gran Rojo Uno», el cual eliminaba la necesidad de que el «Hoi Chanh» grabara un mensaje; en vez de ello, se le decía que convenciera con halagos a sus antiguos camaradas para unirse a él

ARRIBA: *Ninguna base estadounidense podía considerarse a salvo del enemigo. En la foto aparece un vietcong capturado cuando se descubrió una entrada de túnel justo en el exterior del perímetro de Da Nang.*

inmediatamente después de ser recibido por las tropas vietnamitas o norteamericanas, incluso en medio de un combate. Si el «Hoi Chanh» podía indicar un área donde pensaba que habría efectivos del Vietcong o soldados norvietnamitas, se le entregaba un radiorreceptor de campaña y se le decía que hablara con sus antiguos amigos, llamándolos por su nombre y pidiéndoles que se rindieran. La transmisión hecha en tierra era recogida por un receptor del helicóptero provisto de altavoces que se cernía sobre la zona y emitía en directo al enemigo situado a sus pies.

Las secciones de infantería norteamericanas dependían cada vez más de sus exploradores «Kit Carson»-«Hoi Chanh». Esos exploradores vietnamitas podían apreciar instintivamente las situaciones peligrosas en las que los GI jóvenes, novatos y distintos cada año, habrían tropezado descubriéndolas de una manera amarga. Conocían la zona, hablaban el idioma y estaban familiarizados íntimamente con los métodos del Vietcong; po-



CAMERA PRESS

días comunicarse con prisioneros, aldeanos y soldados survietnamitas; bien entrenados como soldados, y adecuadamente alimentados y cuidados, aumentaban la fuerza de la sección de fusileros, mermada por soldados que enfermaban, caían heridos o disfrutaban del permiso denominado «Descanso y Recreo»

Los «ratas de túnel» fueron especiales beneficiarios del programa «Chieu Hoi», ya que los equipos de «ratas» incluían siempre exploradores «Kit Carson», quienes con frecuencia habían actuado en los túneles en sus días de pertenencia al Vietcong. Esos exploradores sabían la disposición probable de cualquier sistema de túneles y la localización preferente de las trampas explosivas, y se encargaban de la tarea de hacer salir con promesas a un vietcong o norvietnamita arrinconado. Estaban plenamente dedicados a aquellas misiones y en servicio permanente y, como consecuencia, cualquiera de ellos adquiría pronto más experiencia en guerra de túneles, dentro del bando norteamericano, que los miembros de los equipos a los que ayudaban, donde el personal cambiaba continuamente por el sistema de rotación anual. Sin embargo, nunca se confió en ellos plenamente.

En la aldea de Trung Lap, situada en el distrito de Cu Chi, vive Pham Van Nhanh, ex comandante del Vietcong. En la actualidad anda rozando los cincuenta, tiene seis hijos, greñas negras e hirsutas, dientes de oro y una característica extraña e inconfundible, dos pulgares en la mano izquierda. Durante la guerra se ocultaba con un pelotón de guerrilleros en un túnel cercano a Trung Lap, que fue delatado a la división especial survietnamita por un desertor «Chieu Hoi» llamado Bay, un ex miembro de su propia unidad (de hecho, muchos de los miembros de la policía especial eran «Hoi Chanh»). Bay era un especialista en localizar y desmantelar las minas del Vietcong y las trampas explosivas, algunas de las cuales él mismo había hecho y colocado anteriormente; y pudo llevar al pelotón policial directamente a la trampilla de Pham Van Nhanh y desactivar las minas que la rodeaban.

¿Por qué había desertado el guerrillero Bay y había traicionado a sus camaradas? «Se rindió porque no podía soportar más tiempo los violentos bombardeos aéreos, las batidas de la artillería y los agentes químicos», dijo Pham Van Nhanh «No podía resistir más la dureza y el peligro y después de desertar intentaba realizar tareas difíciles como colocación de minas para redimir su pasado.» ¿Qué le ocurrió a Bay? Desapareció tras la victoria comunista en 1975: probablemente huyera del país. Pham Van Nhanh admitió de mala gana que los «reunidos Chieu Hoi» fueron un formidable problema para el Vietcong y la baza más importante de los norteamericanos Sabían dónde llevar a los soldados y dónde estaban las minas y las trampas, y suscitaron crueles conflictos de lealtad entre sus familiares y otros paisanos que auxiliaban a los guerrilleros. Y los «Hoi Chanh» fueron piezas centrales para la campaña de información llamada «programa Fénix», que tenía como objetivo identificar a los oficiales políticos comunistas

Después de la caída de Saigón en 1975, los comunistas consiguieron capturar intactos todos los documentos del programa «Chieu Hoi» y obligaron a todos los que fueron identificados como desertores a regresar a sus unidades originarias a enfrentarse a sus antiguos camaradas. Es fácil imaginar su suerte.

IZQUIERDA: *Un vietcong apresado. Su lastimosa delgadez es una impresionante prueba de las durezas y sacrificios que tenían que soportar en el interior de los túneles.*

CIENCIA PARA LA GUERRA

Aun antes de que la guerra de Vietnam hubiera comenzado a plantearse como una guerra de devastación total —una estrategia que prueba la falta de estrategia—, los estadounidenses habían comenzado ya a confiar sobremanera en su abrumadora superioridad en tecnología armamentística. Después de todo, lo que había puesto un brusco final a la II Guerra Mundial en Japón había sido la más contundente de las armas de alta tecnología, y eso dejó en la conciencia colectiva militar de Estados Unidos una honda confianza en las ventajas que podía obtenerse del uso de las armas avanzadas.

Sin embargo, en la guerra de guerrillas en Vietnam, esta dependencia les ocasionó graves dificultades, porque cuando el enemigo, no pudiendo sostener una guerra así, es tan antideportivo que recurre a tácticas primitivas, entonces puede ocurrir que la muleta de las armas muy avanzadas preste muy poco apoyo. Y eso fue lo que sucedió con la guerra de los túneles.

Al principio, los norteamericanos estaban algo confusos ante la idea de hallarse en guerra con un puñado de tipos que vivían en agujeros excavados en la tierra. Un manual de instrucción del MACV (Mando de Asistencia Militar en Vietnam), «Caza en agujeros», adoptaba un tono jocoso y de superioridad al tratar de esa clase de lucha: «Localizar, precisar el punto y destruir», era el resumen de la táctica que sugería el autor para enfrentarse a los túneles del Vietcong. Aquello suponía la actitud primaria y simplista de considerar que la inferioridad tecnológica, la pobreza y la estupidez se daban la mano dentro de los negros túneles.

> Vietnam se convirtió en el laboratorio y campo de pruebas de muchas armas nuevas. Algunas funcionaban bien; otras eran irrisoriamente inútiles.

Como ya hemos puesto de relieve, el «rata de túnel» fue una del puñado de notables excepciones a la amplia mayoría de quienes eligieron, u otros eligieron por ellos, una rotación razonablemente cómoda en Vietnam. Con su cuchillo, su pistola y su linterna, el «rata» tenía el aspecto de un guerrero y se comportaba como tal. Su apasionado interés por la aptitud física, la viveza mental y el manejo de sus humildes instrumentos de combate, le convertían más en un soldado profesional —un samurai— que en el típico GI sobreequipado y sobrealimentado de los años sesenta.

No hay muchos indicios que revelen que los jefes de unidad comprendieran plenamente el significado a largo plazo de los túneles de Cu Chi o, más concretamente, cómo enfrentarse a ellos, por lo cual nunca perdió importancia la fácil confianza en las soluciones tecnológicas, que no suponían una inversión humana arriesgada. Vietnam se convirtió en el laboratorio y campo de pruebas de muchas armas nuevas. Algunas funcionaron bien; otras fueron irrisoriamente inútiles.

A los científicos, que pensaban que podían aislar el Sur del Norte (y durante un tiempo lo consiguieron), detectar y destruir los túneles de Cu Chi no les parecía más que una operación menor, de modo que se embarcaron en proyectos que habrían hecho palidecer de envidia a Heath Robinson y Rube Goldberg.

US ARMY

ARRIBA: *Un perro adiestrado para el rastreo busca entradas de túnel ocultas. Sin embargo, el uso de esos perros supuso a menudo más un problema que una ayuda, puesto que hacían estallar trampas explosivas y minas, con graves riesgos para sus dueños.*

En primer lugar, puesto que era difícil descubrir a un hombre bajo tierra, lo que había que hacer, razonaban los científicos, era esperar a que saliera a la superficie y entonces localizarlo y destruirlo. Y presentaron el «Olfateador», oficialmente el Detector Olfatrónico de Personas. Ese artilugio helitransportado servía para «la detección de seres humanos por la recepción y percepción de exudaciones y efluvios humanos naturales, en forma de vapor o partículas». En otras palabras, olía el gas amoniaco y metano que exhalaban los seres humanos o sus heces y orina. El Pentágono le concedió a la Compañía General Electric el contrato de lo que fue designado inicialmente como Detector desde Aeronave de Personas Ocultas XM2. El «Olfateador» se sujetaba a un helicóptero que sobrevolaba las zonas donde era probable que los ocupantes de los túneles salieran a la superficie. No fue un éxito completo: se estropeaba con mucha frecuencia y era incapaz de distinguir a los buenos de los malos; además, como los grupos del Vietcong en el exterior tendían a dispersarse rápidamente en cuanto oían un helicóptero, resultaba difícil localizar al enemigo y atacarlo.

Otro ingenio avanzado en la guerra contra los túneles fue el ADSID, Aparato Sísmico Intruso Lanzado desde el Aire. Los comunistas lo llamaban el «Árbol Tropical». Era un aparato pequeño, de un metro de altura y quince centímetros de anchura, que parecía una bomba. Al ser arrojado desde un avión, se enterraba en el suelo y desplegaba una antena de un metro aproximadamente, camuflada para que se confundiera con la vegetación de la jungla; el aparato transmitía información sísmica —pisadas, retumbo de camiones, etc...— y tenía una batería de un mes de duración. Las transmisiones cifradas eran retransmitidas por el aparato aéreo situado en la zona a la base de recepción de señales. El comandante local, al tener conocimiento de la existencia de actividad en una zona sospechosa, podía ordenar un ataque artillero o aéreo contra los comunistas que habían ido ruidosamente de un lado a otro por la superficie.

El capitán Linh decía que tanto el «Árbol Tropical» como un detector de personas anterior *habían* ocasionado problemas a los hombres de los túneles. «Los norteamericanos aprovechaban nuestra debilidad —explicaba—. Con frecuencia nos reuníamos en el exterior para cantar, algo que era característico de los revolucionarios. No recibíamos un sueldo, sólo teníamos una moral muy alta. Pensábamos que por la noche estábamos a salvo, pero no era así.» Al principio, los norteamericanos usaron una versión primitiva de Mark Uno, afirmaba el capitán Linh, un radiotransmisor en forma de caja que se lanzaba en para-

caídas rojos y azules: pero su batería era de corta duración y constituía un blanco fácil de divisar y destruir El «Árbol Tropical», sin embargo, fue un problema en los primeros momentos, por la larga duración de su batería y su camuflaje. Estando en una misión de recolección de arroz, un miembro del pelotón subterráneo de Linh, después de haber recogido el arroz, se apartó del grupo para acercarse a un pozo con el objeto de lavarse y darse un garbeo al aire libre. A los pocos minutos, se encontró bajo un intenso y muy preciso fuego artillero. El hombre escapó, pero la zona quedó arrasada. «No podía comprender por qué había ocurrido y abandoné el lugar durante algunas semanas después de aquello», dijo Linh.

Durante la operación Cedar Falls, los «arados romanos» descubrían treinta o cuarenta entradas de túnel en cada quilómetro cuadrado del Triángulo de Hierro.

Cuando el Vietcong regresó al lugar, Linh dirigía personalmente a sus hombres, deslizándose lentamente por la jungla y abriendo nuevas sendas La misión fue un éxito. Oscurecía y parecían estar perfectamente a salvo una vez más, de manera que decidieron descansar una hora o así. Los hombres pusieron agua a hervir para un té y estaban conversando en alta voz y riendo mientras lo tomaban. Casi inmediatamente, apareció un avión de observación, seguido, a los pocos minutos, por un ataque aerotransportado. Linh y sus hombres corrieron a la entrada de túnel más próxima; él entró el último y unos momentos después cayó una bomba sobre el túnel, encima de su cabeza: perdió la conciencia y no perdió la vida porque la bomba no logró penetrar Cuando lo reanimaron, se llevó a sus hombres por los túneles a un quilómetro del lugar, desde donde vieron que el ataque aéreo duraba varias horas; después, regresó a inspeccionar los daños y descubrió su primer grupo de «Árboles Tropicales», que el bombardeo había dejado al descubierto y estaban, en general, inutilizados por ello

Linh llevó los aparatos a Phu My Hung, donde fueron examinados para descubrir su funcionamiento El Vietcong llegó a la conclusión de que, si podían acercarse sigilosamente a los aparatos y atar entre sí las antenas exteriores, eso inutilizaría el transmisor. Así fue como consiguieron neutralizarlos, pero únicamente si los vigías de bombardeos, que controlaban también la caída de material sin explotar, eran lo bastante diestros para localizar el punto en que caían los ADSID

En aquella partida, los norteamericanos pusieron sobre la mesa un triunfo táctico, descrito por el teniente «rata de túnel» David Sullivan de la manera siguiente: «Funcionaba bastante bien Simulábamos 'perder' radiotransmisores PRC-25 de los helicópteros, cuando despegaban en una evacuación o algo por el estilo, y los vigías del Vietcong inevitablemente los veían caer. En realidad, los tirábamos intencionadamente, después de incorporarles unas antenas ocultas. A menudo los guerrilleros se llevaban los radiotransmisores 'pinchados' a los túneles, lo cual llevó al descubrimiento de varios de ellos.»

Pero eso era el punto culminante de la perfección técnica en comparación con otros artilugios —chismes, según los denominaban los norteamericanos— procedentes de los atestados bancos de prueba de los laboratorios de Estados Unidos. El proyecto «Chinche», patrocinado por el Laboratorio de Guerra Limitada (LWL) de Maryland, fracasó en el preciso momento en que se le iba a dar luz verde. El proyecto suponía la utilización táctica de chinches (o «artrópodos busca-hombres», como los llamaba el LWL) para advertir a los soldados de la proximidad de guerrilleros del Vietcong. William Beecher, del *New York Times*, que visitó el LWL, describió el proyecto como sigue: «Dado que las chinches «emiten aullidos de excitación cuando sienten la presencia de comida, incluida específicamente la carne humana, el laboratorio ha creado un portador de chinches dotado con un sistema de amplificación del sonido... Cuando una patrulla se acerque a una emboscada enemiga, sus miembros serán puestos sobreaviso por los gritos de alegría de los animales al percibir comida cerca». El proyecto se hundió al descubrirse que las chinches no podían controlar su excitación y les ponía tan contentas el ser transportadas por los GI, que estaban demasiado ocupadas «muriéndose de placer» para advertir a sus dueños de la presencia de comunistas emboscados.

Por el año 1967 había tantos túneles en la zona de Cu Chi que cualquier operación de búsqueda estaba condenada a encontrar nuevas entradas. El teniente Jerry Sinn, que mandaba uno de los pelotones de «ratas de túnel» de la «Gran Rojo Uno», calculaba que durante la operación Cedar Falls los «arados romanos» (palas excavadoras de sesenta toneladas) descubrían treinta o cuarenta entradas de túnel en cada quilómetro cuadrado del Triángulo de Hierro. Pero ello no les hizo cejar a los científicos de Maryland en su búsqueda de alguna novedad, y presentaron el Detector de Escondrijos Subterráneos, el Magnetómetro Diferencial Portátil. Durante las pruebas efectuadas en Estados Unidos parecía funcionar bien. Era más bien un detector de metales y supuestamente reconocía las características del terreno en que se hubieran excavado túneles, mediante una señal sonora del sensor. En teoría, no había que hacer más que llevar el aparato, prepararlo, clavar el sensor en el terreno, esperar a la señal y. . premio. Al menos eso se pretendía.

Es irónico que en el único campo en que era verdaderamente necesaria la alta tecnología... en la guerra de túneles, nunca se aplicara seriamente.

Los «ratas de túnel», a medida que iban comprendiendo mejor los túneles, necesitaban menos equipo. No obstante, el Magnetómetro Diferencial Portátil (PDM) llegó a Cu Chi para su evaluación, con un peso de 80 kg. Lo traía el NETT, el Grupo de Entrenamiento de Equipo Nuevo del LWL, que estaba formado por dos suboficiales de Maryland y un representante del fabricante. El entrenamiento comenzó en los túneles viejos del Vietcong en la base de Cu Chi y a las doce horas los alumnos dijeron que comprendían su funcionamiento. El paso siguiente era el entrenamiento práctico y ahí surgieron algunos problemas: el peso e incomodidad física del PDM hacían extremadamente difícil meterlo bajo tierra.

Inmutables, los científicos de Estados Unidos presentaron después el Detector Sísmico de Túneles: el ACG-35/68M (U). El método en esta ocasión era diferente, usándose el principio de la detección sonora, para hacer electrónicamente lo que los «ratas de túnel» hacían con sus ojos y tacto. El STD, sin em-

bargo, hacía parecer al PDM como una varita mágica. se necesitaba dos operadores para acarrearlo, uno para manipular las sondas que se enterraban en el terreno y otro para actuar como mula de carga para el pesado aparato electrónico que lo componía. Una vez más, la preparación inicial se hizo en la Escuela de Trampas Explosivas, Minas y Túneles de la 25ª., dentro de la base de Cu Chi. Una vez más, se llevó el ingenio fuera de la base para hacer una evaluación operativa.

Los evaluadores, venidos de Washington, descubrieron que en terreno seco se tardaba una hora completa en inspeccionar una zona de 50 m. cuadrados El acoplamiento entre el chisme y el terreno fracasó repetidamente y, por último, resultó tan lento que la unidad de infantería que acompañaba a los evaluadores giró prudentemente sobre los talones, sin esperar sentados a servir de blanco a francotiradores de túnel. Abandonado a su suerte, el equipo de dos hombres tuvo «dificultades» en atravesar la jungla a paso vivo, dado el tamaño y peso del inútil aparato, que fue desechado

La detección de túneles iba a seguir siendo un problema sobrevalorado, mientras que, en consecuencia, la destrucción de túneles pasaba a segundo plano. Es irónico que en el único campo en que era verdaderamente necesaria la alta tecnología, al objeto de garantizar una victoria militar táctica en la guerra de túneles, nunca se aplicara seriamente. No se investigó mucho sobre la estructura de los túneles ni se comprendió el papel vital de las trampillas entre los diferentes niveles, que actuaban con la misma eficacia que la escotilla de la torreta en un submarino. Las unidades eran reacias a pasar la noche a campo abierto, salvo en maniobras militares de gran envergadura como Cedar Falls, al objeto de completar la obra de destrucción de túneles. Y, por último, el mando superior apreciaba erróneamente el verdadero papel que jugaban los túneles de Cu Chi. Todos esos factores permitieron a los comunistas conservarlos virtualmente intactos durante largo tiempo.

> Durante las treinta y ocho horas siguientes fueron bombeados 3.500 litros de agua por minuto sólo en ese complejo de túneles.

A causa de la relativa proximidad del río Saigón a muchos de los sistemas de túneles, la inundación se consideró un método de destrucción de túneles sencillo y apropiado, pero, en la práctica, resultó ser un fracaso lento y caro. El 3 de diciembre de 1967, el 1.er Batallón de la 25ª. de Infantería recibió la orden de destruir un gran complejo que había sido descubierto once días atrás. Habiéndose localizado unas fuentes relativamente cerca de la entrada principal del túnel, se escogió el método de la inundación para destruirlo. En primer lugar, una pala excavadora tuvo que despejar un camino a través de la jungla desde la boca del túnel a la fuente y, como no llegaba la manguera, hubo que alargar el canal que se usaba como fuente. Una vez hecho eso, fue necesario abrir una zanja, nuevamente con la excavadora, desde la entrada del túnel hasta el extremo de la (todavía corta) manguera. En el extremo de la fuente, la zanja suplementaria hubo de hacerse a base de voladuras, usando «torpedos Bangalore» (cargas explosivas con forma de torpedo de un metro y medio de largo); doscientos cincuenta metros de zanja se abrieron con este sistema.

Después, hubo que traer en helicóptero desde Cu Chi dos grandes bombas de agua y 1.000 metros más de manguera y, como la instalación de la bomba presentó problemas, tuvo que venir en helicóptero la 1ª. sección de la Compañía A, del 65º. Batallón de Ingenieros, para prestar ayuda. Por aquel entonces, aquello comenzaba a parecer las obras de cimentación de la presa de Boulder (construida en el río Colorado en los años 30, entre los estados de Arizona y Nevada). Se usó la excavadora para tender la manguera suplementaria a lo largo de la zanja previamente excavada. Por fin, comenzó el bombeo y durante las treinta y ocho horas siguientes fueron bombeados 3.500 litros de agua por minuto sólo en ese complejo de túneles. Sin embargo, el bombeo no consiguió destruirlo en absoluto..., el agua se fue sencillamente. Como última alternativa, metieron cargas ahoyadoras flotantes y las explosionaron, pero incluso así no destruyeron más que una pequeña parte de los túneles.

> «Metían cajas de aquello allí abajo y las hacían estallar... pero no servía de nada. A lo sumo se resquebrajaba la pared...»

El gesto, militarmente enérgico pero técnicamente inepto, de lanzar granadas a los-túneles en la creencia de que eso los hundiría, era también primordialmente un ejercicio de ingenuidad. Pero era un sistema frecuentemente usado por quienes no eran «ratas de túnel» y no deseaban llevar a cabo una exploración subterránea, o por soldados que tenían prisa por avanzar. Las granadas hacían mucho ruido y levantaban mucho polvo, y eran instrumentos mortíferos eficaces de cerca, pero intentar destruir túneles con ellas era como vaciar un río con una cucharilla. Las cargas ahoyadoras, las C4 y las cargas explosivas «Shape» se usaban corrientemente. Después de esas explosiones era frecuente que se diera por supuesto la inutilización del túnel, pero la investigación que seguía a la explosión era insuficiente para establecer el verdadero alcance de los daños.

El sargento Bill Wilson, el «rata de túnel» del 1º. de Infantería, solía examinar los túneles después que los hubieran «destruido» con explosivos «Metían cajas de aquello allí abajo y las hacían estallar... pero no servía de nada. A lo sumo se resquebrajaba la pared, se hacía un agujero aquí y allí, pero no afectaba a su estructura fundamental.» El «rata de túnel» Bernard Justen tomó fotografías del «daño» hecho por cargas ahoyadoras de 20 kg En ellas se ven paredes que no se han derrumbado, porque la arcilla laterita estaba muy endurecida, era como cemento.

Gilbert Lindsay, el «rata» de la 25ª , de origen japonés-americano, decía que el uso de granadas sólo servía para «apartar la tierra suelta». De una manera un poco más científica, su pelotón utilizaba una mezcla de explosivos, excavando agujeros y metiendo gran cantidad de ellos, serrando por completo las vigas maestras de madera con motosierras y explosionando «hacia dentro» cuidadosamente las secciones de túnel estratégicas (por la noche se retiraban porque era arriesgado permanecer en el lugar). Pero después, desde la relativa seguridad de la cercana base de fuego de apoyo, podían oír desalentadoramente cómo el Vietcong reconstruía los túneles. «Eran unos hombrecillos muy ingeniosos y nunca se daban por vencidos.»

A la postre, lo que resultó más eficaz contra los túneles fue

la ingenuidad, humana, no científica. La mejor manera de enfrentarse a ellos la descubrió, casi con toda certeza, un joven teniente coronel de la Infantería de Marina que localizó algunos túneles en su sector, cerca de Chu Lai y en las proximidades de la DMZ (Zona Desmilitarizada). El teniente coronel Oliver era comandante de un batallón en el Grupo Operativo Oregón, un grupo de las dimensiones de una división, bajo el mando entonces del general Richard Knowles, quien contó la historia de Oliver con un tono triste y con un agudo sentido retrospectivo.

El coronel Oliver había estado persiguiendo sin fortuna una compañía del Vietcong por las cercanías de Quang Thai. La compañía estaba recorriendo la zona y causando estragos y el batallón de Oliver llevaba semanas acosando infructuosamente a los escurridizos comunistas. Una mañana temprano, durante una amplia batida, sus hombres hallaron una serie de refugios y túneles y Oliver sacó la conclusión, correcta, de que aquella tenía que ser la base de la compañía del Vietcong. En el batallón no había «ratas de túnel» ni hombre alguno con la debida experiencia en guerras de túneles. La mayoría de los comandantes de batallón habría pedido un ataque artillero o de la aviación, habría arrojado varias granadas a los túneles e informado de la destrucción de una compañía enemiga. Pero el coronel Oliver no era un soldado de esa clase, de modo que emprendió un programa de urgencia para enseñar a sus hombres a identificar refugios ocultos, pozos de ventilación y entradas de túnel. Instruyó a sus oficiales para que enseñaran a los hombres a explorar los túneles, usando bayonetas donde fuera conveniente, o barras de metal, al tiempo que levantaba un plano minucioso de la localización de la zona.

Toda la compañía del Vietcong quedó al descubierto, y ochenta y nueve hombres, de un total de noventa y dos, fueron muertos, heridos o capturados.

Sólo después de la preparación se dirigió al general al mando para pedir permiso para llevar a cabo la operación y Knowles estuvo de acuerdo. El plan era la simplicidad misma. La zona entera sería rodeada y controlada mientras durara la operación y se establecería un perímetro de seguridad, que habría que mantener a toda costa. Luego el batallón entero recorrería el terreno, palmo a palmo. De esta manera ardua, lenta y peligrosa, hallaron todos los túneles. La operación resultó un éxito único y rotundo. El general Knowles sostiene que nunca había ocurrido algo así en Vietnam del Sur: toda la compañía del Vietcong quedó al descubierto y, en una serie de pequeños tiroteos y posteriores rendiciones, ochenta y nueve hombres, de un total de noventa y dos, fueron muertos, heridos o capturados. «Sabemos que las cifras son ciertas —decía Knowles—, porque capturamos al comandante de la compañía y le hicimos confeccionar su propia lista, que contrastamos con los muertos y los prisioneros, nombre a nombre. Fue tremendo. La técnica me entusiasmó e informamos de ella al general Abrams, que acababa de ser designado miembro del MACV (Mando de Asistencia Militar en Vietnam), quien también la acogió con entusiasmo.»

Eso sucedía en agosto de 1967. La operación generó un papeleo considerable y se pidió al coronel Oliver que ayudara en la fundación de una Escuela de Túneles, donde se enseñaron esas tácticas sencillas y eficaces. Sin embargo, en la zona norte, en la Zona Táctica del I Cuerpo, no había un problema de túneles grave y la noticia de su táctica no logró, evidentemente, filtrarse hacia el sur hasta los cada vez más frustrados mandos de las Divisiones 1ª. y 25ª. de Infantería, continuamente en lucha para pacificar la región hostil de la Zona Táctica del III Cuerpo y defender Saigón, al tiempo que intentaban consolidar la seguridad de su propia base. La obra del coronel Oliver no fue reconocida y en el distrito de Cu Chi el Vietcong permaneció tercamente en el subsuelo.

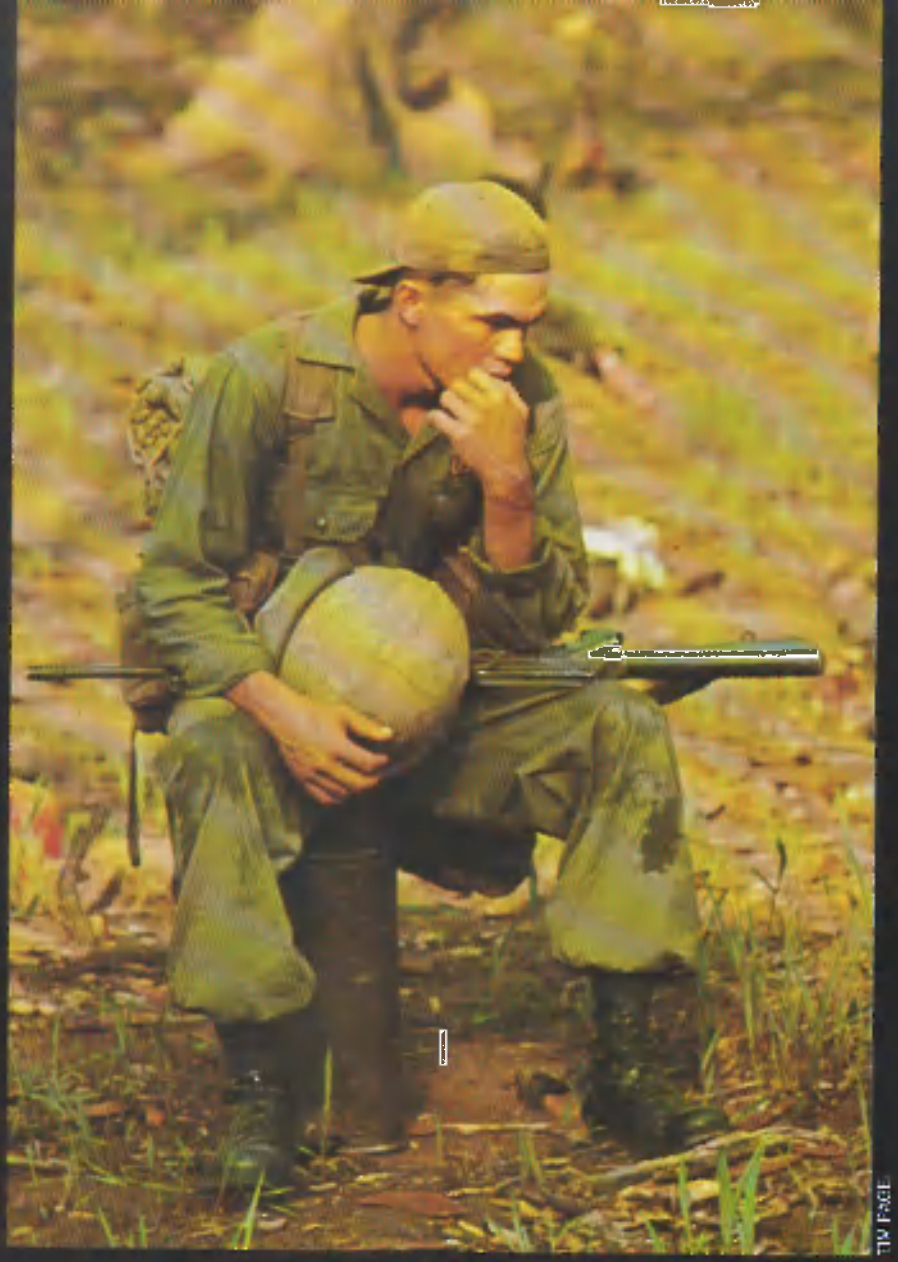
El general de división Charles M. Duke comandó todas las fuerzas de ingenieros del Ejército estadounidense en Vietnam, hasta que en mayo de 1968 acabó su período de servicio. En un informe confidencial para el jefe de ingenieros, escribió: «La táctica o doctrina de la guerra contra túneles está todavía en pañales. Hay una serie de aparatos en fase de desarrollo o de prueba cuyo objeto es auxiliar en la detección, exploración y destrucción de los complejos de túneles, pero hasta ahora ninguno ha resultado ser completamente satisfactorio. Deberán continuar los esfuerzos en esa dirección..., queda mucho por hacer.» El Ejército de EE.UU. llevaba ya en Vietnam tres años completos.

ABAJO: *Un infante de Marina norteamericano, integrante de un pelotón de demolición, se dispone a volar un túnel del Vietcong.*

TERRY SPENCER

TRH PICTURES

ARRIBA: *Preparando la estrategia del día contra los complejos de túneles.* DERECHA: *Un soldado cansado se toma un respiro durante una batida por territorio enemigo.*



TIM PAGE

Capítulo 4

RATAS DE TUNEL

RATA SEIS Y BATMAN

La especial importancia de los túneles fue reconocida por los norteamericanos cuando su presencia militar en Vietnam alcanzaba el punto más alto (más de medio millón de hombres a mediados de 1968). Aunque no se habían aprendido todas las lecciones de la guerra de túneles, la operación Cedar Falls había tenido al menos un resultado destacable. la decisión de no permitir que exploraran los túneles hombres sin preparación específica, porque había habido en ellos demasiadas muertes por causas ajenas al combate. Tras esa operación, el comandante de la única división que disponía de un equipo organizado de «ratas de túnel» —la «Gran Rojo Uno»— transfirió esa función de la sección química a los ingenieros, que eran expertos en demolición con explosivos. En junio de 1967, se creó formalmente el grupo «Ratas de Túnel» como una rama de la sección de información y reconocimiento del 1.er Batallón de Ingenieros. El equipo estaba comandado por un teniente, conocido como «Rata Seis», pues «seis» era la clave de la división para un comandante. El comandante del 1.er Batallón de Ingenieros tenía el nombre en clave de «Diehard Seis» y al equipo se lo conocía como «Ratas de Túnel Diehard».

«Rata Seis» estaba asistido por uno o dos sargentos. El sargento Robert Batten estuvo destinado a los «ratas» desde un principio y después hizo dos períodos de servicio voluntarios, con lo que permaneció tres años en Vietnam. Conocido por todos como «Batman», fue el más temido y respetado de los «ratas de túnel». Era un hombre procedente de New Jersey, de pelo rojizo y de poco más de veinte años. Era a él, y no a los oficiales, a quien correspondía el mérito de la reputación de élite de que llegó a gozar la sección de «ratas». Durante el tiempo que estuvo de servicio, el grupo podía jactarse de un «recuento de cadáveres» que superaba la cifra de cien enemigos muertos. Como en el caso anterior del capitán Herbert Thornton, figuró en la lista del Vietcong de los «diez más buscados», tras los generales más notorios, y en dicha lista era el único suboficial. Los prisioneros interrogados por el Vietcong conocían bien su nombre.

> Los «ratas» llevaban un característico sombrero flexible de combatiente de la jungla para distinguirse de sus camaradas de casco de acero.

Batten tenía prejuicios contra los negros y no permitía que ninguno de ellos fuera nombrado «rata de túnel», de modo que ninguno se presentaba voluntario; sin embargo, había muchos hispanos, a los que un oficial llamaba «tipos napoleónicos». Muchos de los hombres tenían meses de experiencia en Vietnam antes de presentarse voluntarios para la sección de «ratas», y servían únicamente un año en total. Los oficiales rotaban aún con mayor frecuencia, siendo cuatro meses el promedio de servicio para un «Rata Seis». El equipo estaba formado por seis o siete hombres —excepto durante un corto período en 1969 en que hubo dos equipos de «ratas de túnel»—, que recibían un suplemento de cincuenta dólares al mes como plus de peligrosidad. Cada equipo tenía sanitario y operador de radio propios, y contaban con dos exploradores «Kit Carson» con mucho tiempo de servicio, llamados Tiep y Hien. Se trataba de dos adolescentes que habían conocido los túneles mientras estuvieron con el Vietcong y a los que se concedía una confianza limitada, aunque nunca se les permitía «ir en punta», o sea, ser el primero en el túnel. Los «ratas» llevaban un característico sombrero flexible de combatiente de la jungla para distinguirse de sus camaradas de casco de acero. Estaban en la base de Lai Khe, listos en un cuarto de hora para ser transportados en helicóptero a explorar cualquier túnel descubierto en la zona por un batallón de la división, los hombres estaban preparados para hacer «rapel», es decir, descender del helicóptero por medio de cuerdas, y normalmente regresaban a la base de Lai Khe por la noche.

> «Externamente es como cualquier otro suboficial, muy afable, lleva a los hombres derechos, respeta la graduación y todo lo demás... pero internamente es un miserable.»

Su acción más afortunada tuvo lugar desde el 9 al 11 de agosto de 1968. La 11ª. de Caballería Acorazada, bajo el mando del coronel George Patton III (hijo del general de la II Guerra Mundial del mismo nombre), y la 5ª. División del Ejército survietnamita habían aislado las aldeas vecinas de Bung Cia, Chanh Long y Bou Dai —de todas las cuales se sabía que estaban bajo control del Vietcong— y se requirió la presencia del equipo de «ratas de túnel». El equipo llegó comandado únicamente por su sargento Robert Batten, «Batman». Los túneles estaban «calientes» (activos). El primer día los survietnamitas habían hecho salir en Bung Dia a cinco guerrilleros y los habían capturado, al día siguiente, fueron descubiertos siete guerrilleros en Chanh Long: tres resultaron muertos en el tiroteo subterráneo y el resto fue capturado; otros quince se rindieron después que los «ratas» descubrieran sus escondrijos, en compartimientos debajo de casas y cuartos de estar y, en un caso, bajo una pila de abono de una pocilga. En la misma operación, un día más tarde, «Batman» y sus hombres exploraron un túnel que partía de la aldea de Bou Dai y, cuando regresaron, un enorme número de guerrilleros del Vietcong, 150 en total, habían sido obligados a salir desfilando uno tras otro hacia la cautividad. El contacto subterráneo había sido muy duro y tres de los «ratas» habían sido heridos. Todos ellos fueron condecorados con la Estrella de Bronce y «Batman» con su tercer «Corazón Púrpura» (por heridas recibidas en combate).

El teniente Jack Flowers fue «Rata Seis» de febrero a agosto de 1969. Era un universitario de Indiana que había abandonado los estudios y había sido reclutado. Era bajo, fuerte y huesudo, con un agresivo corte de pelo al rape, y la mandíbula inferior prominente. Contrario a la guerra por temperamento, llegó a estar obsesionado mientras era estudiante porque otros morían en su nombre, especialmente su padre, que era reservista. Tenía una amiga danesa que era comunista, con la que pasó un año en Dinamarca; a su regreso, le llamaron a filas. Una vez en el Ejército, fue enviado a una Escuela de Formación de Oficiales y, tras algunos destinos de poca duración en Estados Unidos, fue a Vietnam como segundo teniente del Cuerpo de Ingenieros, siendo destinado como jefe de sección en el 1.er Batallón

KEYSTONE

ARRIBA: *Un "rata de túnel" muestra las señales del agotamiento —tanto físico como mental— que causaba la exploración de los intrincados complejos de túneles de la región del Triángulo de Hierro*

de Ingenieros de Lai Khe. Esta base, a pocos quilómetros del noreste de Ben Cat, era conocida como la ciudad de los cohetes, por la propensión del Vietcong local a lanzar cohetes sobre ella: en un momento determinado de 1967, el promedio fue superior a cien diarios.

Las primeras misiones de Flowers fueron supervisar la tala de árboles y la limpieza de zonas de aterrizaje y tareas por el estilo. Cuando llevaba allí unas pocas semanas, se sintió amargamente herido al ser llamado «REMF» por un piloto de helicóptero que había estado esperando y que le reprochó: «He tenido que recoger a unos tipos que se han pasado el día combatiendo.» ¿Qué era un REMF? Se lo explicó otro oficial: un hijoputa de segunda línea. Y Flowers sabía que le era aplicable el calificativo. Es el destino normalmente deseado de la gran mayoría de los norteamericanos que servían en Vietnam (formar parte de la enorme trastienda de unidades de apoyo y logísticas que mantenían en combate a un número relativamente pequeño de soldados con peor fortuna). Flowers planeaba convertirse en un REMF completo, sirviendo como oficial de información en el cuartel general de la División en Di An, cuando inesperadamente fue invitado a presentarse voluntario para «Rata Seis»; en sus propias palabras, «el trabajo peor y más peligroso del batallón» para un oficial. De pronto, vio la guerra con nuevos ojos. Recordó que dos semanas atrás había visto cómo sacaban a un soldado muerto de un túnel en un estado horrible y sintió una oleada de combatividad. Le estaban pidiendo unirse a la guerra y ya nadie podría volver a llamarle REMF, sorprendido de sí mismo, aceptó la propuesta.

Esa noche cenó con el S-2 del batallón, oficial del servicio de información, que tenía el grado de capitán. Flowers recordaba las palabras exactas de la reunión: «No vas a tener más que un problema, Jack, y es 'Batman'.» «¿'Batman'? Pensaba que era el hombre clave de los 'ratas'.» «Lo es. Ese es el problema: lo sabe. Si no estuviera en el Ejército, probablemente estaría enjaulado. Externamente es como cualquier otro suboficial, muy afable, lleva a los hombres derechos, respeta la graduación y todo lo demás... pero internamente es un miserable. Nadie en su sano juicio puede disfrutar como 'rata de túnel', salvo él. Tu mayor problema va a ser aprender todo lo que sabe y, a pesar de ello, llevar el mando. Entre los 'ratas' hay una regla: bajo tierra no hay graduaciones. No intentes hacerte el héroe. Ellos saben lo que ha de hacerse y 'Batman' está muy orgulloso del hecho de que aún no ha muerto ningún 'rata'.» «¿Cuántos han sido heridos?» El capitán rió: «Creo que también de eso está orgulloso: todos han sido heridos al menos una vez.»

Al día siguiente Flowers fue presentado al formidable «Batman», el hombre que voluntariamente había permanecido en Vietnam tres veces más que lo necesario. También Flowers recordaba esa conversación. ¿Por qué llevaba tanto tiempo el sargento en el país? «Porque me encanta sacar a esos 'amarillos' de ahí dentro; se creen que en esos agujeros están seguros, pero no lo están ni un pijo cuando 'Batman' va detrás de ellos.» ¿No era bastante dos años de guerra para cualquiera? «No, si es lo

ARRIBA. *Aldeanos vietnamitas transportando granadas a un complejo subterráneo.*

único que uno tiene.» Miró con malicia al teniente: «Nos llevaremos de perlas si no se entromete en mi camino; en otro caso, puede que le saque con los pies por delante. Ahí abajo ocurren cosas muy extrañas; se sabe de algunos que han recibido un tiro accidental en la espalda.»

«Fragmentar» se decía cuando los soldados mataban a sus oficiales o suboficiales, normalmente echando una granada de fragmentación dentro de un barracón. A veces, los soldados, cuando consideraban que un jefe era peligrosamente incompetente, se libraban de él, especialmente después de 1969, cuando la decisión del recientemente electo presidente Nixon de retirar tropas norteamericanas minó la moral de los soldados. Por lo tanto, la amenaza de «Batman» a Flowers no era una broma, pero para éste fue más un reto que una amenaza. Flowers tuvo que aceptar que no sabía nada sobre túneles y en un principio confiaba plenamente en la experiencia incomparable de «Batman». Pero, a diferencia de algunos de sus predecesores, aquel «Rata Seis» deseaba mandar personalmente su sección bajo tierra y nunca pedía a un soldado forzoso que hiciera algo que no hacía él. En otras palabras, intentaba comandar a los «ratas de túnel» en la práctica tanto como en la teoría, asumir el papel que hasta entonces había desempeñado el sargento Batten Flowers decidió que «Batman» seguiría siendo el jefe indiscutible de la sección únicamente durante los siguientes treinta días; después de ese plazo, él habría aprendido bastante para asumir el mando.

> Nunca debía dispararse más de tres tiros... en la oscuridad; disparar seis hacía saber al enemigo que el revólver estaba descargado.

La relación de Flowers con «Batman» se convirtió en el núcleo de su actuación como «Rata Seis». «Batman» era un héroe condecorado y un «rata de túnel» por naturaleza, cruel, agresivo, artero con sus astutos oponentes, sintiéndose a gusto en el teatro subterráneo de la guerra, donde el más leve error podía resultar fatal y la batalla quedaba reducida al combate individual. Era de carácter duro y despreciaba la formación universitaria de Flowers y sus pretensiones como oficial joven forzoso. Para Flowers, «Batman» disfrutaba de una manera insana con una tarea desagradable, aunque necesaria, pero era al mismo tiempo un guerrero curtido a quien no podía sino respetar y admirar. Flowers necesitaba la aprobación de «Batman»; era el temor al juicio adverso de su sargento lo que le impulsaba a triunfar en la impopular misión para la que se había presentado voluntario.

Después conoció a los «ratas». Llevaban uniformes planchados y limpios y botas bien lustradas; sobre el bolsillo de la pechera llevaban el emblema de «rata de túnel» con su disparatado lema en latín: «No vale el culo de una rata.» Flowers recibió uno de los emblemas, en consideración a haber estado en un túnel una vez desde que llegó a Vietnam. Aunque para la mayoría de los soldados la guerra de Vietnam era un asunto pasajero y desagradable en que se trataba de contar los días que faltaban del año obligado allí, Flowers notó inmediatamente que los «ratas» eran diferentes. Voluntarios para un destino arriesgado, los «ratas» eran unos profesionales bien estimulados, con códigos y reglas propios que Flowers tenía que respetar.

El joven oficial siguió luego un entrenamiento permanente. Una de las técnicas que había que aprender, en una alcantarilla construida al efecto, era el combate cuerpo a cuerpo a cuatro patas Había normas para actuar en los túneles. Nunca debía dispararse más de tres tiros de revólver en la oscuridad; disparar seis hacía saber al enemigo que el revólver estaba descargado. Al salir del túnel, había que silbar «Dixie» sin parar, porque las tropas norteamericanas del exterior estaban preparadas para suponer que las figuras embarradas que emergían de un túnel eran

hostiles y podían disparar sobre ellas Semana tras semana, Flowers iba acumulando misiones y experiencia en túneles.

En el mes de marzo de 1969, el enemigo regresó al Triángulo de Hierro y, el día ventiséis, el coronel George Patton volvió a llamar a los «ratas de túnel» Después de una batalla, se había visto a soldados del Ejército de Vietnam del Norte desapareciendo por un complejo de túneles junto al río Saigón. Uno de los jefes de carro de Patton los siguió por el túnel e inmediatamente cayó víctima de una trampa explosiva. Cuando llegó Flowers con su equipo, «Batman» entró en el túnel con uno de sus hombres. Poco después, Flowers oyó disparos y explosiones de granada provenientes del interior y unos minutos más tarde apareció «Batman» al fondo del pozo de entrada anunciando que el otro «rata» había sido herido. Sacaron al hombre a rastras, sangrando por heridas de metralla en brazos y piernas Después apareció la cabeza de «Batman». «Esos cabrones nos han cogido sin escapatoria —informó—. Están sentados encima de una trampilla.» Flowers le pidió consejo al sargento y éste dijo que debían volver a perseguir a los norvietnamitas. «Batman» vio con ligera sorpresa que Flowers insistía en bajar personalmente, pues, en opinión del teniente, «Batman» ya había ganado suficientes medallas y uno de sus hombres había sido herido.

«Batman» se acercó a la nueva trampilla de la misma manera. La levantó y comenzó a disparar; de pronto, llegó de abajo una ráfaga de un arma automática.

Flowers entró en el túnel y siguió a «Batman» hasta la primera trampilla, que estaba situada en el techo del túnel y cerrada herméticamente. Todavía quedaban restos de humo de la granada que había herido al primer «rata». «Batman» empujó la trampilla hacia arriba con cautela y rápidamente efectuó tres disparos a la oscuridad Luego tomó la linterna y pasó la cabeza por el agujero. «Déme su pistola», le ordenó a Flowers, quien se la pasó y comenzó a recargar la del sargento. El soldado norvietnamita oculto en el túnel había retrocedido; aquello podía resultar una larga persecución. «Batman» continuó y pronto se topó con otra trampilla que llevaba hacia abajo; Flowers le seguía a unos metros, la distancia a la que la explosión de una granada no era mortal. «Batman» se acercó a la nueva trampilla de la misma manera. La levantó y comenzó a disparar; de pronto, llegó de abajo una ráfaga de un arma automática: voló tierra en todas direcciones y «Batman» cayó hacia atrás. Flowers supuso que le habían herido y gateó hacia él. «Batman» estaba ileso, pero la tierra le había alcanzado el rostro y le había entrado en los ojos. Cuando el teniente estuvo a su lado, le señaló la pequeña abertura de treinta por treinta centímetros. «Dispare ahí dentro», dijo Flowers hizo tres disparos y recargó mientras «Batman» se frotaba los ojos hablando consigo mismo, dándose ánimos para continuar la persecución: «Esos cabrones están ahí, intentando matarme otra vez.» Quiso adelantar a Flowers. «Ya has tenido tus dos trampillas», dijo el teniente. (La regla era que el hombre en punta tenía que cambiar cada dos trampillas, debido a la enorme tensión y agotamiento físico que suponían.) «Batman», un poco aturdido, miró el rostro del teniente situado a medio palmo del suyo y aceptó. Flowers se distanció de «Batman» y descendió por la trampilla.

Hizo otros tres disparos más al alcanzar el nivel inferior y otros tres de la pistola de «Batman» al acercarse a una curva del túnel, avanzando de rodillas, con la linterna en una mano y la pistola en la otra. El sargento bajó detrás de él. El túnel seguía recto unos diez metros y acababa en una pared. Del techo del final del túnel cayó un poco de tierra, delatando la existencia de una trampilla rectangular por la que se accedía a un nivel superior. Flowers mantuvo la linterna apuntando a la trampilla.

A treinta centímetros del rostro... de Flowers, la trampilla fue girada silenciosamente y vuelta a encajar en el marco. Flowers se quedó helado: el «amarillo» estaba allí mismo.

Era evidente que el soldado norvietnamita estaba echado sobre la trampilla. «Batman» se colocó a la altura de Flowers e hizo ademán de empujar la trampilla hacia arriba, pero el teniente se lo impidió: era el «Rata Seis» y el hombre en punta, de modo que insistía en afrontar la situación personalmente El sargento gateó hacia atrás unos metros. Flowers se puso en tensión lleno de recelo; las gotas de sudor se le metían en los ojos. Avanzó hasta la pared y se sentó bajo la trampilla, situada a unos treinta centímetros de su cabeza Colocó la linterna entre las piernas, con la luz hacia arriba, después puso una mano bajo la trampilla y ejerció una pequeña presión «Batman» amartilló la pistola; Flowers apretó firmemente la suya y, cogiendo una bocanada de aire malsano, empujó La trampilla cedió y el teniente, dándole una vuelta, la cruzó sobre el marco biselado; entonces hizo una pausa, pensando retirarla y comenzar a disparar por el hueco.

A treinta centímetros del rostro mugriento y reluciente de Flowers, la trampilla fue girada silenciosamente y vuelta a encajar en su marco. Flowers se quedó helado: el «amarillo» estaba allí mismo. Súbitamente, la trampilla volvió a moverse y algo cayó en el regazo del teniente, justo delante de sus ojos. Lo vio caer, momentáneamente paralizado, hasta que el peligro mortal que corría se impuso haciéndole gritar: «¡Una granada!»

La granada norteamericana M-26 tiene una cubierta de acero

ABAJO: *El teniente Jack Flowers (centro) recibe la Estrella de Bronce (la distinción que ocupa el cuarto lugar en importancia en el Ejército de EE.UU.). A la derecha, el sargento Rob Batten.*

JACK FLOWERS

ARRIBA: *Dos prisioneros vietcong con los ojos vendados esperan pacientemente su destino. Tras ellos está un miembro de los llamados exploradores "Kit Carson", vietnamitas que ayudaban a las tropas estadounidenses a localizar túneles.*

sobre un carrete de acero prensado, preparado para estallar en más de setecientos pedazos, al tiempo que la cubierta se fragmenta en trozos de metralla. En un radio de cinco metros es mortal Para que estalle es preciso quitarle el sotrozo, lo que deja libre una palanca que prende una mecha ácida; ésta arde de cinco a siete segundos antes que el detonador haga estallar el casi medio quilo de explosivo de gran potencia.

Durante muchos años después, Jack Flowers vio en sus pesadillas la granada cayendo lentamente. como en una secuencia cinematográfica en cámara lenta, cayendo a tirones, hipnotizadoramente. .

Flowers no sabía cuánto se había alejado cuando la explosión destruyó el túnel; sintió un tremendo zumbido en los oídos y las piernas comenzaron a sangrar, pero continuó arrastrándose. También «Batman» estaba retrocediendo cuando el teniente lo alcanzó. Con su linterna, el sargento iluminó el traje de faena del teniente, desgarrado y lleno de sangre. De pronto, Flowers comenzó a preocuparse porque había dejado caer la pistola, pero «Batman» le aconsejó que lo olvidara y siguiera moviéndose. Otra explosión sacudió el túnel. El enemigo intentaba asegurarse de que mataba a los «ratas de túnel», llegando incluso a perseguirlos. Flowers gateó a ciegas por los diferentes niveles y, cuando vio la luz del día y las manos de los que estaban fuera le agarraron, se desmayó. Al volver en sí, vio que los médicos estaban extrayendo la metralla de las heridas en las piernas y el coronel George Patton III estaba a su lado.

La salida del túnel estaba controlada por uno de los tanques de Patton, de modo que los norvietnamitas estaban atrapados; pero Flowers se mostró contrario a una nueva persecución. El «Hoi Chanh», Tiep, trató de convencer a los norvietnamitas de que salieran, pero no lo consiguió, de modo que se colocaron cargas explosivas en todas las entradas del túnel, disponiéndolas para que hicieran explosión al mismo tiempo y se desplomara toda la estructura. «Batman», al igual que Flowers, tenía un tímpano roto por las anteriores explosiones de granada. El túnel se vino abajo en el momento en que el helicóptero de evacuación los llevaba al hospital: el enemigo murió por asfixia. Al día siguiente el coronel Patton ordenó que fueran desenterrados los cuerpos para hacer el recuento de cadáveres.

El quince de mayo de 1969 era la DEROS (Fecha Calculada de Retorno de Ultramar) del sargento Robert Batten, y no se le permitió aplazarla ni cumplir otro período. Él deseaba continuar matando «amarillos», pero el mando de la división tomó

la decisión de enviarlo a casa. había sido herido en cuatro ocasiones y el límite normal era dos veces. Unos pocos días antes que el sargento dejara Vietnam, estuvo bebiendo con Flowers. «Batman» pronunció su veredicto sobre el teniente. Flowers había estado decidido a emular el coraje y la dureza del sargento, pero «Batman» no se engañaba y le hizo una predicción desdeñosa: «Usted no es un matador, 'Seis', y ése es el problema que tiene. Es muy bueno, el mejor 'Seis' que he tenido nunca, pero tarde o temprano la cagará. Hace mucho que 'Charlie' no mata un 'rata' y usted va a dejar que le elimine o, lo que es peor, se eliminará usted solo.»

Flowers se dio cuenta de que todos los miembros de la sección habían bajado a un túnel ese día excepto él..., tenía que hacer la tarea más peligrosa personalmente.

Flowers supo que «Batman» abandonó el Ejército después que se rechazara su demanda última de regresar a Vietnam y que volvió a Nueva Jersey a trabajar en la construcción. El nuevo sargento se llamaba Peter Schultz. Era un buen suboficial y artificiero, pero de complexión robusta y casi dos metros de altura, un físico nada apropiado para un «rata». El nuevo sargento confiaba en los conocimientos de Flowers sobre los túneles, pero sin «Batman», el teniente quedaba desprotegido. Sobre Flowers pesaba una tarea y una responsabilidad mayores: dirigió una misión tras otra, pero comenzó a afectarle la fatiga y, con ella, el miedo.

El fin llegó ya entrado el mes de julio de 1969. Flowers y los «ratas» estaban en una misión en el Triángulo de Hierro, durante la que se descubrió un campamento base del Vietcong en fase de construcción, con cestos de paja y largas pértigas de bambú para extraer la tierra de los túneles. Los «ratas» estaban explorando una serie de agujeros por los que se había ocultado el Vietcong o el NVA (Ejército norvietnamita) cuando el 1.er Escuadrón del 4º. de Caballería había llegado a la zona. Todos los agujeros iban resultando «fríos», hasta que sólo quedó uno por explorar, por lo cual todos los integrantes de la sección de «ratas» sabían que allí tenía que haber al menos un enemigo. Flowers se dio cuenta de que todos los miembros de la sección habían bajado a un túnel ese día excepto él y, aunque el sargento Schultz se ofreció a bajar con un explorador «Kit Carson» para examinar aquel agujero, el teniente sabía que como oficial al mando tenía que hacer la tarea más peligrosa personalmente.

El agujero tenía unos cinco metros de profundidad y en el fondo se curvaba hacia un lado. Flowers sabía que no se comunicaba con los otros agujeros, por lo cual, si su teoría era correcta, tendría que haber un vietcong allí abajo esperándolo. Mandó traer un «asiento suizo», una plataforma hecha con correas, para que lo bajaran en él. Los dos hombres más fuertes irían dando cuerda hasta dejarlo a un metro del fondo y, entonces, a una señal, lo dejarían caer de golpe, para sorprender al vietcong. La caída duraría unos treinta segundos. Flowers enjuició la situación con frialdad: la única pregunta que quedaba por contestar era si sobreviviría en una confrontación que había previsto mucho antes. Los miembros de la sección le miraban con expresión inexorable. Cuando Flowers se acercó al borde del agujero, los dos exploradores «Kit Carson» estaban al borde del llanto y los «ratas» menos experimentados estaban aterrados ante la peligrosa prueba. Schultz le ofreció una segunda pistola que Flowers rechazó, aunque ordenándole que la tuviera preparada para echársela; y si oían disparos que no fueran de su pistola, tenían que subirlo.

Flowers comenzó su descenso en suspensión. Estaba atenazado por el miedo, ese miedo que no conoce grados y que posee a todo joven que encara el hecho de que puede perder la vida en unos pocos y fugaces segundos. Sus pies y sus codos rozaban contra los lados del pozo, desprendiendo terrones de tierra que le harían saber al guerrillero del Vietcong que estaba bajando. Flowers se imaginó al enemigo allí abajo, de rodillas, apoyado en la pared del túnel con su AK-47 puesto en ráfaga. En una abertura de poco más de un metro de diámetro es difícil errar y en cuatro segundos veinte proyectiles le habrían atravesado, de modo que sabía que el primer tiro de su pistola tenía que matar a su oponente. Le apuntaría en plena cara, porque un impacto en el cuerpo no era suficiente para evitar que disparase el AK-47. Flowers se colocó de lado, con el brazo izquierdo sobre el pecho y el hombro derecho encorvado para protegerse la sien, intentando reducir al mínimo las heridas que sin duda recibiría. Estaba a un metro del suelo del túnel e hizo una señal a Schultz para que soltasen la cuerda: había llegado el momento.

Flowers chocó con el suelo disparando: el primer tiro, atravesó la frente del guerrillero del Vietcong, el segundo la mejilla, el tercero la garganta, el cuarto, quinto y sexto se enterraron en su cuerpo. Mientras la sangre se le subía a la cabeza, Flowers seguía apretando el gatillo, que percutía en la recámara vacía del revólver. Schultz oyó el tiroteo e inmediatamente lanzó a su «Rata Seis» la pistola cargada, que chocó ruidosamente contra el fondo del pozo.

El sargento Schultz y los demás estaban asomados al borde del agujero mirando a su jefe. El «Rata Seis» había hecho frente a su enemigo; pero en alguna parte de la mente de Flowers estaba «Batman» riéndose.

Flowers miraba frente a sí enmudecido, desmintiendo lo que había creado su imaginación. Allí abajo no había soldado enemigo, no había un adversario con un fusil, sino únicamente una pared vacía con seis agujeros en la tierra perfectamente agrupados. Seis. Y la ley consagrada de los «ratas de túnel» decía que nunca más de tres. El sargento Schultz y los otros estaban asomados al borde del agujero mirando a su jefe. El «Rata Seis» había hecho frente a su enemigo; pero en alguna parte de la mente de Flowers estaba «Batman» riéndose.

Dos días más tarde el oficial que mandaba el batallón en Lai Khe relevó a Flowers de su puesto al mando de los «ratas» y le ordenó que regresara a casa. «No me haga decirle lo que ya sabe. Usted ha terminado su guerra. Desaparezca durante tres semanas y luego olvide Vietnam y a los 'ratas de túnel'.»

Después que sacaron a Flowers del agujero y supieron que no había nadie allí abajo, ninguno dijo nada, pero todos sabían: las estrictas normas del propio Flowers tenían que aplicársele con la misma dureza que a cualquier otro «rata de túnel».

LA SECCIÓN DE TÚNELES

Para el año 1969, y por lo que a la «Gran Rojo Uno» se refería, la estrategia de los «ratas de túnel» se había ido perfilando hasta adquirir contornos muy precisos. Los primeros momentos de entrenamiento por la acción, con la confusión propia de la experiencia bélica personal, dieron paso a la organización y la profesionalización. La división apoyaba con verdadero entusiasmo a los «ratas de túnel» del batallón de ingenieros, el cual había heredado aquella tarea del destacamento químico que la asumiera originariamente.

En la base de Cu Chi de la 25ª. División de Infantería, los «ratas de túnel» estaban menos organizados. Sus miembros todavía procedían de los pelotones de infantería que se suponía que podían descubrir túneles o del 65°. Batallón de Ingenieros, que tenía una responsabilidad más amplia en la destrucción de los túneles del Vietcong. Sus métodos incluían el uso de «arados romanos» (utilizados de forma generalizada en la operación Cedar Falls) para levantar la tierra que cubría los complejos de túneles, una táctica que carecía de la sutileza de la sección de «ratas de túnel», pequeña, móvil y bien entrenada. La operación Kole Kole de la 25ª. de Infantería, que se desarrolló de mayo a diciembre de 1967, descubrió 577 túneles, pero los copiosos informes sobre las acciones apenas mencionan a los «ratas de túnel». A diferencia de la «Gran Rojo Uno», la 25ª. de Infantería no daba prioridad a la detección y destrucción de túneles. El general Fred Weyand, que comandaba la división a su llegada a Vietnam, no se sentía excesivamente preocupado por su existencia. «Los túneles eran una realidad, aquellas gentes los habían utilizado desde siempre para protegerse y desplazarse, pero nunca los vi como una amenaza importante para la división... ni había manera de destruirlos todos. Imagino que si lo hubiéramos podido hacer, habrían vuelto a excavarlos.»

ABAJO: *Miembros del equipo de "Ratas de Túnel" del 1er Batallón de Ingenieros. El segundo por la izquierda es el sargento Pete Rejo; a su izquierda, el comandante Randy Ellis*

RANDY ELLIS

Esta laxa opinión sobre la importancia militar de los túneles no era en absoluto compartida por los mandos de la 1ª. División de Infantería, quienes, por consiguiente, organizaron secciones de «ratas de túnel», las bautizaron, les permitieron tener emblema y lema propios y alentaron sutilmente el elitismo militar que acompañaba al espíritu de los «ratas de túnel».

Tras el abandono forzoso de Jack Flowers del liderazgo de la sección, el teniente Randolph Ellis se convirtió en el «Rata Seis», y con él llegó un equipo nuevo. Él comandaba el pelotón Alpha y el teniente Jerry Sinn, un recién llegado a Vietnam, de pelo rubio y buen color, tenía a su cargo el pelotón Bravo. La sección completa de «ratas de túnel» estaba formada por trece hombres, todos voluntarios, todos hombres que habían sido sometidos a un importante examen físico y psíquico antes de que fuera aceptada su solicitud para el puesto. Ellis y Sinn iban a desarrollar técnicas diferentes, pero la dirección general de los «Trece Polvorientos» estaba coordinada (en la 25ª. División la regla era que los oficiales no bajaban a los túneles). Aunque se alentaba la individualidad, Ellis y Sinn mantuvieron un control muy estrecho sobre sus unidades y ambos, usando técnicas disciplinarias de libro de texto, se ganaron la admiración y respeto de sus hombres.

> Rejo era un ejecutor de comunistas que actuaba con esa clase de venganza controlada y serena que todo oficial de «ratas de túnel» ansía aprovechar.

De hecho, para el año 1969 había comenzado a emerger una casta de «ratas» perceptible. Cada hombre era absolutamente individual, pero sometía su individualidad aceptando el equipo y trabajando en él. Muchas de las cualidades encontradas en el Servicio Aéreo Especial de Inglaterra o en las Fuerzas Especiales de EE.UU. eran patentes en el tipo de hombres que se presentaba voluntario para convertirse en «rata de túnel». Físicamente eran todos delgados; eran hombres que podían vivir de la tierra, tomando sólo lo necesario para subsistir. Tendían a rechazar la mayoría de los placeres terrenales al alcance de los hombres en la guerra, especialmente en la guerra de Vietnam: rechazaban las drogas, no estaban obsesionados con el sexo y no apostaban. La mayoría hablaba una lengua extranjera, leía mucho, y buscaba la soledad más que la distracción de los clubs de soldados o suboficiales. Eran hombres peligrosos: para el enemigo, para los bocazas de los bares, para los matones de batallón que podían sentirse tentados a abusar de su poca estatura. En acción, se abrían paso hasta donde era más peligroso o difícil; y si en el campo de batalla eran indisciplinados, la causa era la impaciencia con oficiales a quienes consideraban estúpidos o irresponsables. Este tipo de inconformista no es insólito en ninguna fuerza de combate, pero no es simplemente un producto del ambiente de guerra. Esos hombres son así de nacimiento y un oficial de reclutamiento sagaz sabe distinguirlos y aprovecharlos.

Todos los integrantes de los «Trece Polvorientos» rechazaban sin paliativos los inventos de la ciencia militar y se aferraban con fe al equipo básico del «rata»: pistola, cable de comunicaciones, bayoneta o cuchillo y linterna. Nunca aceptaron ni artilugios ni máquinas «milagrosas».

Era inevitable que Randy Ellis escogiera al sargento Pete

Rejo como suboficial y hombre punta principal Rejo era un ejecutor de comunistas que actuaba con esa clase de venganza controlada y serena que todo oficial de «ratas» ansía aprovechar. Durante aproximadamente un año antes de unirse a Ellis, Rejo había estado actuando como una especie de detector de minas humano en el territorio de la «Gran Rojo Uno», en las zonas de guerra C y D. Rejo era un cubano larguirucho de metro ochenta que había pasado su adolescencia en La Habana disparando contra los hombres de Castro y llevando a cabo un rechazo activo contra el comunismo. Mientras muchos de los partidarios de Batista se compraban discretamente un pasaje de ida a Florida, el joven Rejo tomó el 38 de su padre y comenzó a disparar sobre los barbudos revolucionarios. Tuvo suerte de escapar con vida entonces, y más todavía cuando, ya en Vietnam, estuvo detectando minas en la Carretera 13 en 1968. Fue Rejo, en cuya tensa cara cadavérica nunca se movía un músculo, el que en primer lugar descubrió las minas, las trampas explosivas bajo ellos, y por último descubrió que el Vietcong hacía trabajos manuales con los pertrechos bélicos capturados a los norteamericanos.

En tres ocasiones diferentes oyó Peter Rejo el sonido de la muerte segura, en el momento de pisar una mina, que quedaba al descubierto de golpe .. e increíblemente no estallaba. El puñado de tipos que ha oído el chasquido de una trampa explosiva y vive para contarlo raramente encuentra palabras para describir el momento siguiente después del agudo y metálico anuncio del destino. Y en todas las ocasiones en que le ocurrió, Rejo examinó la mina y la encontró en perfecto estado. Sus compañeros le llamaban la sonda humana y, con el tiempo, la broma llegó a hacerse realidad: olía las minas. Incluso cuando su pelotón recorría una y otra vez una zona sospechosa, hasta jurar sin sombra de duda que estaba limpia, si Pete Rejo olía una mina en la zona, la mina existía y él en persona la desenterraba.

> En el punto culminante de cada operación... encontraba a un soldado enemigo, y en los túneles no se hacían prisioneros.

Fuera cuales fueran los motivos que impulsaron a Rejo a detectar minas, esos mismos le indujeron enseguida a convertirse en un «rata de túnel». Iba a pasar tres años en Vietnam, tres veces más de lo necesario, como la mayoría de los «ratas». Lo que le mantenía allí, y en los túneles, era esa excitación obscena que el hombre puede descubrir en el fondo de su alma y que pocos se preocupan por analizar. A diferencia de Ellis, su oficial al mando, que buscaba hacer prisioneros, capturar documentos y destruir túneles, y a diferencia de Sinn, que deseaba acabar con todo aquello, el sargento Pete Rejo deseaba matar comunistas en los túneles. Podía racionalizarlo como quisiera. era parte de la eterna lucha contra el comunismo, era por la bandera; era un golpe por la democracia en Vietnam, en Asia, en el mundo libre; era para mostrar a sus compañeros lo buen norteamericano que era y el eficaz soldado que podía ser... Lo cierto era que necesitaba sentir en su cuerpo las descargas de la tensión. Pues en el punto culminante de cada operación, si estaba de suerte, encontraba un soldado enemigo y en los túneles no se hacían prisioneros. Había entonces, como en la actualidad, paradojas en su comportamiento «Me encantaba. El enemigo golpeaba y luego se metía en los agujeros, y yo sabía que íbamos a cogerle allí..., pues ¿a qué otro lugar iban a ir... sino a lo más hondo? También yo lo habría hecho. Disfrutaba mucho, me gustaba de verdad De hecho, en cuanto me decían que había un vietcong en un túnel, me ponía fuera de mí. Iba para allá a casi doscientos quilómetros por hora: era como ir de caza. Me decían: '¡Eh!, tenemos a un vietcong aquí abajo', y yo ya estaba listo. Quería ser el primero, quería bajar enseguida; no quería andar perdiendo el tiempo, sino ir detrás de él inmediatamente.»

US ARMY

ARRIBA: *Aunque la entrada del túnel hubiese sido descubierta, el Ejército norteamericano aprendió de forma dolorosa a no precipitarse a entrar sin pedir primero ayuda por radio.*

Su mención para la Medalla de Honor del Ejército (V) es un brillante final para un hombre de nervios de acero y habla de la valentía de un «rata de túnel» que, a pesar de todas las dificultades, a pesar de que un túnel albergara a un vietcong que ya había herido a dos de sus compañeros de pelotón, se presentaba inmediatamente voluntario para entrar a buscar documentos y destruirlo.

Rejo habría permanecido para siempre en los túneles si la intervención norteamericana no hubiese llegado a su fin; y aun entonces, pidió insistentemente que lo dejaran continuar allí. Cuando los pelotones de «ratas de túnel» acabaron su tarea y los norteamericanos comenzaron a retirarse, Rejo imploró a sus superiores que le dejaran unirse a la unidad de artilleros aéreos del 1º de Caballería con base en Le Quon Loi. Por lo general volaban a muy baja cota, rasando los árboles y disparando a los hombres de tierra con ametralladoras de gran velocidad que lanzaban 6.000 proyectiles por minuto: aquello era un puesto para Rejo. Pero le contestaron que había pasado ya bastante tiempo en Vietnam y era preciso que regresara a su casa.

US ARMY

ARRIBA: *Cuando el "rata" estaba en el agujero, sólo cabía esperar; los túneles tenían un efecto psicológico debilitador sobre los soldados estadounidenses*

A pesar de las medallas ganadas a tan alto precio y su ciudadanía norteamericana, Rejo no ha encontrado la paz. Se ha casado y divorciado tres veces. Nunca habla de sus días en los túneles con los amigos, no asiste a las ruidosas reuniones de veteranos. Pero se ha comprado una escopeta, una pistola del 22, un 300 y un 243, y unos cuchillos y se dedica a cazar ciervos, alces y coyotes en las montañas de Colorado. Y siempre caza en solitario.

Es discutible si unos pelotones de «ratas de túnel» con plena dedicación habrían sido capaces de descubrir e inutilizar todo el cinturón de túneles que rodeaba la base de Cu Chi. Los norteamericanos hicieron frecuentes incursiones por los agujeros, pero la 25ª. de Infantería nunca logró localizar y destruir todos ellos, lo que le ocasionó muchas dificultades. Aquello supuso que en una fecha tan tardía como febrero de 1969 los comunistas pudieran lanzar su ataque contra la base con un asombroso éxito, utilizando los viejos túneles, además de algunos de nueva construcción. En otras palabras, tres años después de su llegada, la 25ª. de Infantería que tenía su cuartel general en Cu Chi no controlaba todavía el territorio situado más allá de su alambrada; y no sólo eso, sino que la base se había convertido en una tremenda fortaleza obligada a gastar cada día más tiempo, energía y dinero en sustentarse y defenderse a sí misma. Una actuación resuelta del mando en relación con la destrucción de túneles habría permitido a la división el lujo de poder realizar más misiones ofensivas. No obstante, allí donde los pelotones de «ratas» con dedicación parcial evolucionaban, su entrenamiento y tácticas no reflejaban el método científico de los ingenieros, sino la vieja tradición temeraria de la Infantería.

«La Roca», «Chicago», Jackson, Funchez, Wright y Manifold formaban un pelotón de esa clase. «La Roca» era Floro Rivera, el sargento al mando. Ni él ni el resto del pelotón eran voluntarios; provenían de los selectos «Perros Lobos», el 2°. Batallón de la 27ª. de Infantería, parte de la 25ª. División. Los «Perros Lobos» habían sido creados en 1901 en Fort McPherson, Georgia. El apodo canino se le añadió después, en la I Guerra Mundial, en la que los rusos blancos compararon la ferocidad de aquella unidad con la de esos perros.

Si hubiera sido un ingeniero de la «Gran Rojo Uno», Flo Rivera habría llegado a ser un «rata de túnel» legendario. Tal como Thornton, Ellis o Rejo, había nacido para aquella tarea, pero su pelotón de «ratas de túnel» iba a carecer de la fama y el reconocimiento que ganaron sus colegas en Lai Khe. A diferencia de aquéllos, el pelotón no tenía un oficial al frente y su jefe de sección no bajaba a los agujeros, de modo que, cuando se hizo evidente que los «Perros Lobos» necesitaban a alguien que se enfrentase a los túneles de Cu Chi con una base un poco más sólida que la mera improvisación, le dijeron a Rivera que el puesto era suyo.

Rivera nació en Hawaii de padres filipinos. Su madre murió siendo él un niño y su padre, un humilde trabajador de una plantación, quedó encargado de criar a tres hijos. Sus dos hermanos mayores sirvieron en la II Guerra Mundial y después se fueron de casa. Rivera tuvo una educación dura y severa; su padre le enseñó a no ceder jamás si creía que tenía razón y aprendió también a usar los puños, de forma que pronto se convirtió en un boxeador de peso mosca con talento. Cada vez que hacía algo mal, su padre le molía a palos. En una ocasión, cuando todavía tenía nueve años de edad, su padre le dio un gran cuchillo diciéndole que le tocaba a él matar un cerdo. «No te equivoques, ya has visto cómo lo hago yo», le advirtió. «Tienes que matarlo de un solo golpe, el primero; y como lo falles, te deslomo. Si vas a usar el cuchillo, aprende a hacerlo.» El cerdo murió instantáneamente y Flo Rivera llegó a manejar el cuchillo como David Crockett.

Rivera amaba y temía a su padre intensamente. A los veinte años, se incorporó al Ejército para iniciar una carrera militar, pero, acostumbrado a no ceder y reacio como era a recibir órdenes de estúpidos, pronto dio con sus huesos en la prisión militar. Era una persona que creía firmemente en la disciplina, pero nunca suplicaba; hubo algunos suboficiales rencorosos que quisieron hacerle doblegarse, pero fracasaron. Rivera respetaba únicamente la eficacia y la disciplina. «Un soldado de primera me mandaba saltar y saltaba; un cabo me decía que diera una vuelta y me matara... y lo hacía.» Cualquiera podía haber augurado que Rivera llegaría a ser uno de esos legendarios sargentos primeros destinados a mandar a sus hombres con honor, pero durante una temporada su terquedad hizo que su carrera pendiera de un hilo. Durante un período de servicio en Alemania, sus proezas boxísticas llegaron a conocimiento del coronel, quien le pidió que luchara en representación de la unidad. Rivera acababa de prometer a su última novia que abandonaría el boxeo, de modo que rehusó dando las gracias. El coronel le indicó delicadamente que la invitación era una orden, pero Rivera no suplicó, sino que saludó y se fue. El coronel dispuso que se le asignaran las tareas más asquerosas de la base, además de un rosario de guardias de toda la noche. Rivera continuaba sin suplicar y su servicio militar pasaba por un momento muy negro, cuando un astuto sargento mayor le llevó aparte y le aconsejó que buscara un compromiso: «No boxees, pero conviértete en el entrenador del equipo», le dijo. Rivera aceptó y así acabó la guerra con su superior.

Estaba hecho para los túneles: pequeño, delgado, muy fuerte

y sin miedo de ninguna clase. Aunque para él no presentó ningún problema el OJT (Entrenamiento por la Acción), sí lo fue el convertir a su pelotón en «ratas de túnel». Al contrario que Ellis, Rivera no pudo escoger su equipo, de manera que tenía que moldearlos a martillazos, una expresión que el pequeño sargento no usaba metafóricamente. Pronto llegó a un acuerdo con el jefe de su sección, el capitán Gavin, un oficial joven y afable que le dejó a su cargo todo lo referente a los sucios «ratas de túnel», para que manejara a sus hombres de la manera que juzgara conveniente.

Rivera reunió el pelotón dentro de la base de Cu Chi y les informó de que, con gran orgullo y sintiéndose muy honrado, había aceptado sus peticiones de convertirse en «ratas de túnel» como y cuando se presentase la ocasión. Hubo un breve silencio..., ninguno sabía en un principio de qué estaba hablando. Después comenzaron a levantarse manos: El pelotón sabía todo sobre los túneles, pues habían estado bajo el fuego de los vietcong que asomaban por los agujeros, incluso dentro de la base; pero ellos eran «Perros Lobos», no terrier. Rivera les dio una nueva oportunidad de pensarlo, diciéndoles que garantizaba que el bajaría el primero en cada acción, que no se preocupasen, que siempre estaría a su lado. Tras sus palabras, hubo un silencio suspicaz. Rivera, como no podía suplicar ni seguir aprovechándose de su graduación, esperó a que llegara la primera negativa y entonces no hizo más que retar al tipo a un duelo. Era algo ilegal e inmoral, pero le ofreció al tembloroso soldado la elección entre el cuchillo o una pistola con una sola bala. Nadie se enfrentaba a Rivera con un cuchillo, a menos que desease una repatriación inmediata en una bolsa para cadáveres; y un duelo con pistolas a un solo tiro era igualmente poco atractivo.

Rivera utilizó la misma técnica en diversas ocasiones en que notó que la sección iba perdiendo disciplina. No era una cuestión de orgullo o prestigio personal —era un soldado demasiado bueno para eso—, pero mantener a un grupo de soldados dedicado a la guerra de túneles no podía salir adelante a menos que se siguiera el método del palo y la zanahoria: y Rivera sabía todo lo relacionado con palos Ninguno aceptó nunca el reto del sargento y, lo que es más significativo, ninguno informó nunca de que se les hubiera planteado el reto. Si hubiera sido traicionado, habría tenido que enfrentarse a un tribunal militar sin ningún género de dudas

> Jackson intentó clavarle la bayoneta, pero en un segundo Rivera tenía el cuchillo en la mano y le hizo un corte en el cuello al soldado.

Lenta y dificultosamente Rivera fue moldeando a sus «ratas». «Chicago» era más pequeño aún que Rivera, de modo que normalmente iba en punta; el «entrenamiento por la acción» los llevó a aprender las reglas de oro fundamentales: ninguno iba nunca solo y pronto adoptaron el equipo habitual de los «ratas»; además, el entrenamiento para las trampas explosivas era continuo. Jackson representaba un problema, y no porque fuera un soldado malo o de poca voluntad, sino porque era demasiado grande y torpe; podía llevar la ametralladora de la sección al hombro, pero esa era un arma inútil en la lucha de túneles. En la mayoría de las ocasiones, su único cometido era permanecer

TOM MANGOLD/JOHN PENYCATE

ARRIBA: *El sargento Floro "La Roca" Rivera muestra una bandera comunista capturada por él. A pesar de la dureza de sus métodos, Rivera era respetado por sus hombres.*

a la entrada del túnel, protegiéndolo; pero, a los ojos de Rivera, estaba peligrosamente desinteresado y sus lazos con el pelotón eran débiles. Una noche la sección acampó en territorio enemigo, lejos de la base; después de asegurar el perímetro y designar el orden de las guardias, Rivera se fue a dormir. Se despertó durante la noche y, yendo a inspeccionar la guardia, se encontró a Jackson dormido durante su turno. Le quitó al fornido soldado el fusil M-14 y, en ese momento, Jackson despertó e intentó clavarle la bayoneta, pero en un segundo Rivera tenía el cuchillo en la mano y le hizo un corte en el cuello al soldado. Por la mañana, Rivera le ordenó que hiciera su propio informe del incidente al comandante de la compañía, el capitán Gavin. Ambos hombres eran claramente culpables de infracciones graves de las leyes militares. Mientras Jackson se dirigía a la tienda del oficial, Rivera llamó a Gavin por el teléfono de campaña y le contó exactamente lo que había ocurrido. El capitán le dijo al sargento que no se preocupase y después le dijo a Jackson que tenía suerte de estar vivo, y con eso quedó zanjado el incidente.

Sin embargo, la tensión entre Rivera y Jackson persistió. Éste seguía siendo, a los ojos del sargento, una amenaza para la disciplina de la sección. Poco después, estando la sección viviendo en búnqueres situados en el perímetro de la base de Cu Chi, el Vietcong comenzó a hacer amplio uso del cinturón de túneles que rodeaba el cuartel general para atacar a los hombres del campamento. El pelotón de Rivera se encontró bajo el fuego de francotiradores todos y cada uno de los días: casi exactamente a la misma hora, pocos minutos antes del almuerzo, un francotirador, utilizando siempre el mismo K-44 Culata Roja,

TRH PICTURES

ARRIBA: *Un miembro del equipo de demolición de la Armada de EE.UU. se prepara para volar una entrada de túnel. Sin embargo, con demasiada frecuencia los efectos a largo plazo de esta táctica eran mínimos.*

lanzaba unos cuantos tiros aislados sobre la sección, y aunque la sección rociaba la plantación de caucho con rabia e impotencia, era siempre inútil. Rivera comenzó a estudiar un árbol en concreto de entre la vegetación, en el que se había fijado como el posible origen de los ataques del francotirador; pero lo que no llegaba a entender era cómo llegaba aquél al árbol, dado que la zona que lo rodeaba estaba ocupada y totalmente controlada por la sección.

No sería la primera vez que Rivera cometiera una infracción grave, punible por un tribunal militar: llamó a Jackson y le ordenó caminar, lo más rápido posible, hasta rebasar el árbol, y que lo hiciera justo antes de la hora de almorzar. «No te detengas —advirtió Rivera al soldado—. Si te paras, te liquida: así que cuando dispare sigue caminando.» Jackson, que ya nunca discutía con su suboficial, dio el largo paseo tal como estaba planeado. Rivera había preparado dos ametralladoras, una apuntando a la copa del árbol y la otra a la base. Jackson estaba a unos cien metros del árbol cuando el francotirador abrió fuego. El gran GI se desmayó y Rivera abrió fuego sobre el árbol con las dos ametralladoras simultáneamente. Cayeron al suelo hojas, astillas y un cuerpo acribillado. Reanimaron con agua a Jackson y fueron a inspeccionar el árbol: tenía el interior hueco y había en él una cuerda colgada que caía a un túnel excavado bajo el árbol. El francotirador podía subir al árbol por dentro, razón por la cual había permanecido invisible. Jackson pidió al sargento que no volviera a utilizarlo otra vez como cebo humano. El sargento se lo prometió e hicieron las paces.

> Los que no atendían aquella invitación se encontraban frente a un suboficial fuera de sí con una 38 desenfundada.

En los agujeros no hubo grandes tiroteos épicos. La política de la 25ª. de Infantería era investigar y destruir los túneles si era posible, pero no había órdenes concretas sobre ellos. El pelotón de Rivera tuvo algunos buenos resultados: encontraron una sala de conferencias subterránea engalanada con una hermosa bandera con la hoz y el martillo, y a menudo encontraban documentos, depósitos de arroz y algunas armas; descubrieron también el peligro de salir de los túneles por trampillas de superficie recién encontradas, arriesgándose a recibir un tiro de su propio bando. Rivera no inventó una versión del sutil sistema de linterna roja de Ellis, pero protegía a sus hombres por todos los medios a su alcance. Después de un par de sustos, tomó la decisión de que sólo su pelotón permanecería en las cercanías de un túnel mientras alguno de sus hombres estuviera bajo tierra, y si llegaban otros «Perros Lobos» a la zona, el pequeño sargento les ordenaba que salieran inmediatamente de allí. La mayoría obedecía y los que no, recibían unos cuantos gritos y se iban; pero los que no atendían aquella invitación, se encontraban frente a un suboficial fuera de sí con una 38 desenfundada. Entonces se retiraban. Por otra parte, ninguno de los miembros del pelotón resultó muerto o herido en los túneles. Gracias a su fortuna y buen juicio, Rivera mantuvo el pacto que había hecho con ellos cuando los forzó a presentarse voluntarios y ellos se daban cuenta de que había cumplido su parte del trato. A su vez, y pese a la frustración de encontrar demasiados túneles «fríos», todos ellos combatieron en el exterior con todo su corazón, resultando heridos todos los miembros del pelotón, incluidos Jackson y el capitán Gavin.

Rivera recibió dos Estrellas de Plata, tres Estrellas de Bronce y la Medalla de Honor del Ejército. Dejó la 25ª de Infantería y Cu Chi al ser destinado como asesor especial del ARVN (Ejército survietnamita); más tarde fue enviado a Corea, pero la falta de acción le hastiaba y al fin regresó a Hawaii para trabajar, ya como civil, a unos cien metros de una base del Ejército.

DERECHA: *Un GI (soldado de Infantería) preparado para entrar en un túnel al que previamente se le ha insuflado gas. Pese a su superioridad tecnológica, los norteamericanos fueron derrotados por un enemigo que confiaba en el ingenio más que en la potencia de fuego masiva.*

CAMERA PRESS

GANADORES Y PERDEDORES

La ofensiva del Tet en enero de 1968 marcó el punto culminante en la existencia de los túneles. La serie coordinada de ataques que el Vietcong lanzó sobre Saigón, con tanto daño para la ciudad, se planeó y preparó en los túneles de Cu Chi y el Triángulo de Hierro, a sólo treinta quilómetros de la capital, y en un momento en que el MACV (Mando de Asistencia Militar en Vietnam) decía al pueblo norteamericano que la guerra estaba controlada. El impacto de la ofensiva del Tet fue tal que marcó el cambio de rumbo de la guerra, el comienzo del fin «Sin los túneles —dijo el teniente general Richard Knowles—, no habría existido la ofensiva del Tet.» Después de ello, el papel de los túneles fue perdiendo importancia en la medida en que los diezmados guerrilleros iban siendo reemplazados en el combate por el Ejército regular de Vietnam del Norte. Pero, en 1968, los túneles desempeñaron un papel decisivo.

> Las armas eran transportadas en vehículos agrícolas, valiéndose de falsos funerales y por otros tortuosos medios.

Entre quienes se sirvieron del refugio que proporcionaban los túneles, estuvo la élite de los guerrilleros survietnamitas, los Dac Cong. Eran éstos los zapadores, o comandos, que llevaron a cabo los ataques y actos de sabotaje más audaces: en ocasiones, únicamente eran tres de ellos los que penetraban en las bases estadounidenses o survietnamitas causando estragos. En la actualidad, el Dac Cong constituye un elemento integrante del Ejército de Vietnam, del tipo de las Fuerzas Especiales de EE.UU. o los SAS (Servicios del Aire Especiales) ingleses. Durante la guerra estaban organizados en batallones, el más importante de los cuales fue el F-100, formado en 1965 y con base en los túneles de la aldea de An Tinh, próxima al distrito de Cu Chi. Sus miembros eran reclutados en el propio Saigón y entrenados en la técnica de la guerrilla urbana, vistiendo la mayoría ropas civiles y llevando externamente una vida regular y legal «integrada con el enemigo». El F-100 estaba bajo el mando personal del jefe militar de la IV Región Militar comunista, el coronel Tran Hai Phung. Sus órdenes cifradas eran transmitidas por radio a la base y muchachas correo enlazaban el cuartel general con sus agentes en Saigón. Ningún otro miembro del Vietcong conocía la localización de la base secreta del batallón, el cual tuvo un largo historial de ataques con cohetes y espantosos bombardeos contra Saigón, incluido el de la embajada norteamericana en 1967, y una serie regular de ataques similares a puestos policiales, clubs nocturnos y restaurantes, que convertían a la capital en un lugar peligroso y asustadizo. Pero en la época de las fiestas sagradas en Vietnam, en la festividad del nuevo año lunar el 31 de enero de 1968, el F-100 actuaría como punta de lanza de una ofensiva militar a gran escala en el interior de la capital.

Los hombres y las armas necesarios para los ataques de Saigón se congregaban en los túneles de Cu Chi y el Triángulo de Hierro, desde donde se los trasladaba sistemáticamente a los alrededores de la ciudad y, en la víspera del ataque, a casas seguras especialmente dispuestas del interior de Saigón. Las armas eran transportadas en vehículos agrícolas, valiéndose de falsos funerales y por otros tortuosos medios. Cuatro mil guerrilleros entraron en la ciudad con la multitud que venía con anticipación a la festividad del Tet. Los norteamericanos fueron sorprendidos con la guardia baja y una posterior investigación encontró un grave fallo del servicio de información.

A finales de enero, las instalaciones norteamericanas y del gobierno survietnamita fueron atacadas en ciudades, poblaciones y bases militares, pero los ataques que tuvieron un efecto psicológico mayor y un impacto más grande fueron los que llevó

REX FEATURES

a cabo el F-100 en las oficinas del centro de Saigón. Esos ataques de autoinmolación del Vietcong volvieron la guerra a favor de los comunistas, y tras el Tet muchos norteamericanos comenzaron a dudar si en Vietnam podrían alcanzar algo que pudiera llamarse victoria.

En Saigón, los pelotones de comandos tomaron la emisora, la embajada de Filipinas y otros centros de la ciudad, y asaltaron el palacio presidencial, el cuartel general del MACV en la base aérea de Tan Son Nhut y la embajada de Estados Unidos, una

ARRIBA: *En la concentración de tropas para la ofensiva del Tet de 1968, se infiltraron numerosos efectivos del Vietcong, ocultándose en los túneles con anterioridad al ataque.*

construcción de cemento nueva y bien defendible, situada en el paseo principal de la ciudad. En esta última, la policía de Vietnam del Sur huyó ante la llegada de dos vehículos del Vietcong en las primeras horas; los guerrilleros abrieron un hueco en el muro con explosivos, quedando la defensa a cargo de los infan-

ARRIBA: *Los resultados de un bombardeo de aviones B-52. Este gran cráter ha dejado al descubierto parte de un sistema de túneles. Pero esta táctica llegó demasiado tarde, cuando los túneles habían desempeñado ya su papel.*

tes estadounidenses y la policía militar de servicio. Del pelotón atacante, pronto fueron muertos todos, a excepción de uno, y un oficial norteamericano que estaba de servicio despachó brevemente la incursión calificándola como una «acción de un pelotón de poca monta». Pero el incidente conmovió al mundo entero, a pesar de que se hiciera mucho más daño en otras partes de Vietnam, cayendo diez capitales de provincia temporalmente en manos del Vietcong y siendo bombardeadas pistas de aterrizaje y bases para el suministro norteamericano.

En términos puramente militares, la mayoría de las operaciones del Vietcong durante el Tet fueron fracasos, pero ese hecho resultó irrelevante, porque fue el momento en que las bajas norteamericanas sobrepasaban las de la guerra de Corea; fue un momento de dolorosa verdad, un artículo siempre escaso en Vietnam. La opinión pública y política de Estados Unidos nunca se recobró del impacto, y a los dos meses el presidente Johnson anunciaba que no se presentaría a la reelección.

Irónicamente, fue una experiencia de la que tampoco el Vietcong llegaría a recuperarse. En teoría, los batallones de infantería norvietnamitas iban a completar los ataques iniciales de los zapadores del Vietcong, pero la ventaja de la sorpresa no pudo ser explotada, pues, pese a la coordinación casi perfecta de los ataques por todo el país, su impacto quedó disipado por su carácter aislado. Los ataques fueron rechazados —y con grandes bajas para el Vietcong— en todas partes menos en Hue y Saigón, pero esta última quedó pacificada en una semana. En los combates murieron más de 40 000 miembros del Vietcong, lo que causó un daño irreparable al movimiento guerrillero.

Los ataques del Tet sobre Saigón habían provenido de los viejos avisperos del Vietcong en el distrito de Cu Chi y en el Triángulo de Hierro, y en esta ocasión el alto mando norteamericano decidió arrasar de una vez para siempre aquellos santuarios repletos de túneles, por medio de la completa destrucción ecológica. Como los defoliantes químicos resultaban ser efectivos sólo temporalmente, la plantación de Fil Hol, los bosques de Boi Loi y Ho Bo y el Triángulo de Hierro fueron arrasados sistemáticamente con «arados romanos» (palas excavadoras) y desde helicópteros Chinook se plantaba «hierba norteamericana», a la que se prendía fuego periódicamente. Se trataba de una variedad especialmente desarrollada de hierba común que ardía fácil y rápidamente. En palabras del coronel Thomas A. Ware, que mandaba un batallón de la 25ª. de Infantería en acciones de barrido: «Nos pasábamos el tiempo en los bosques de Ho Bo, Fil Hol y el Triángulo de Hierro y creo que cortamos unas 6.000 hectáreas de árboles. Todos los días encontrábamos túneles: a veces los hundíamos con tanques o pesadas palas excavadoras y a veces no hacíamos más que volar la entrada.»

> Los jóvenes no pueden creer que Vietnam vuelva a tener que luchar en su propio territorio; los viejos no son tan confiados.

A finales de 1971 el programa Fénix estaba causando serios daños a la guerrilla. Un «Hoi Chanh» especialmente valioso fue Nguyen Van Tung, el secretario comunista de la aldea de An Tinh, situada en el distrito adyacente a Cu Chi, el cual se pasó al Ejército survietnamita Sus informes permitieron el arresto de más de 300 simpatizantes de los comunistas y pusieron numerosas bases subterráneas en una situación comprometida.

Entre ellas estaba el cuartel general secreto del F-100 en An Tinh, que fue invadido en una acción del Ejército survietnamita, después de una batida artillera. Un «Hoi Chanh» guió a los survietnamitas por entre las minas hasta los túneles y todos los guerrilleros que allí se encontraban resultaron muertos o hechos prisioneros. Entre los documentos capturados había álbumes de recortes de prensa que hablaban de las «victorias» del F-100—bombardeos en Saigón— y un cuaderno en que figuraban más de sesenta agentes en Saigón con sus nombres de tapadera, direcciones e instrucciones para reuniones secretas o envío de mensajes; todos los agentes llevaban vidas legales. Esos nombres le fueron comunicados a la Sección Especial de Saigón, que arrestó a cincuenta de ellos, pero no consiguió hallar al jefe de operaciones del batallón, una muchacha de veinte años llamada Nguyen Thi Kieu; la muchacha sobrevivió y fue más tarde acla-

ARRIBA: *Hay que ir con cuidado. Los soldados inspeccionan cautamente una entrada de túnel descubierta en el interior de una cabaña de campesinos.*

mada como heroína revolucionaria. Pero el equipo zapador estaba acabado y durante lo que quedaba de guerra no hubo actos de sabotaje importantes en Saigón, en gran medida porque ya no era posible mantener bases guerrilleras en los túneles.

Pero el golpe decisivo contra los túneles vino por aire. El 31 de octubre de 1968 el presidente Johnson había ordenado el fin de los bombardeos sobre Vietnam del Norte, como un gesto para acelerar la convocatoria de conversaciones de paz en París. Los Boeing B-52 estratégicos, adaptados para transportar más de cien grandes bombas, llevaban mucho tiempo haciendo misiones desde sus bases de la Fuerza Aérea de Andersen, en Guam, y la de U-Tapao, en Tailandia. Estos aparatos enormes y de vuelo muy alto nunca veían los objetivos, sino, que durante el trayecto y el bombardeo, estaban guiados y dirigidos por radares de superficie situados a trescientos quilómetros de distancia. En el año 1969 en Cu Chi y en el Triángulo de Hierro era escasa la vegetación y la población; sólo un puñado de guerrilleros se mantenía en los túneles en condiciones de extrema miseria. Para éstos, las bombas más destructivas de los B-52 no eran las que estallaban en el aire o al hacer impacto, sino las que lo hacían después de penetrar varios metros en el suelo, puesto que su explosión provocaba un terremoto local que derruía las paredes más sólidas de los túneles. Los cráteres resultantes, que todavía hoy desfiguran el paisaje, alcanzaban los diez metros de profundidad: unos enormes pozos que cortaban en rodajas el sistema de túneles, haciéndolo inútil e irreparable.

Pero ese éxito militar llegó demasiado tarde para afectar al resultado del conflicto. La guerra de desgaste prolongada y poco concluyente, la conmoción del Tet en 1968 y la honda impopularidad de la guerra en Estados Unidos habían desbaratado ya el propósito norteamericano en Vietnam.

Los guerrilleros del Vietcong fueron diezmados en desigual combate, pero el enorme Ejército regular de Vietnam del Norte estaba en situación de llevar la guerra adelante. En diciembre de 1970, el comité central del Partido en Hanoi decidió formalmente abandonar la insurrección y no recurrir más que a la guerra de grandes formaciones: la guerra de guerrillas se había perdido. El especialista en asuntos asiáticos Chalmers Johnson escribía en 1973: «El mismo Vo Nguyen Giap ha admitido una pérdida de 600 000 hombres en combate, entre 1965 y 1968... Además, por el año 1970, al menos el 80% de los combates diarios en Vietnam del Sur los libraban las tropas regulares del Ejército Popular de Vietnam (NVA)... Los guerrilleros survietnamitas 'pijamas negros'. . no ascendían a más del 20% de la fuerza comunista combatiente.» La invasión en la primavera de 1972 fue hecha por tropas norvietnamitas, con tanques y artillería, y durante la misma no hubo, en comparación con el Tet de 1968, prácticamente ninguna actividad guerrillera.

ARRIBA: *El dibujo pinta a los "ratas" como individuos que rezuman afabilidad y compañerismo, pero en realidad eran profesionales fríos, eficientes y solitarios.*

Cuando se reanudaron las hostilidades en 1973, los comunistas fueron obteniendo ganancias territoriales de forma progresiva. A lo largo de 1974 tuvieron lugar batallas periódicas entre el Ejército norvietnamita reforzado y rearmado y un desmoralizado Ejército survietnamita, hasta que en diciembre los norvietnamitas lanzaron la ofensiva final. Avanzando desde las zonas montañosas a la llanura costera, para desde allí volver a alcanzar el pie de las montañas, las tropas norvietnamitas rodearon Saigón con una rapidez que las sorprendió a ellas mismas, y en abril de 1975 estaban listas para tomar la ciudad.

El devastado Triángulo de Hierro tenía todavía un papel que jugar Justo antes del asalto final sobre Saigón, los generales Van Tien Dung (con mando supremo) y Tran Van Tra trasladaron su cuartel general avanzado desde la zona de Loc Ninh, «liberada» mucho antes, a los restos de la base subterránea del distrito de Ben Cat, donde Mai Chi Tho había planeado la ofensiva del Tet sobre Saigón en 1967. Era aquélla, decía Van Tien Dung en su relato del hundimiento de Vietnam del Sur, «una vieja base de una de nuestras unidades de operaciones especiales de Saigón, al noroeste de Ben Cat. Desde esta base, nuestras fuerzas de operaciones especiales habían organizado durante años muchos ataques contra Saigón, causando graves bajas a los norteamericanos y sus comparsas». Dos días después aparecieron por allí otros dos norvietnamitas destacados, el secretario del COSVN (Oficina Central para Vietnam del Sur) y miembro del politburó Pham Hung, y Le Duc Tho, miembro del politburó y firmante del acuerdo de alto el fuego de 1973, y hermano de Mai Chi Tho. Cuando la guerra de treinta años por la independencia de Vietnam llegó a su ignominioso fin, mientras los tanques convergían sobre el palacio presidencial de Saigón, los generales y políticos comunistas que estaban al mando recibieron las buenas noticias, como era propio, en una antigua base subterránea situada en el escenario de combate más habitual del prolongado enfrentamiento.

Los túneles de Cu Chi han llegado a ser, para los comunistas vietnamitas, un símbolo de su tenacidad y resistencia durante la guerra contra los norteamericanos desde 1965 a 1973. El coronel norteamericano Harry Summers, un estudioso contemporáneo del fracaso de su país en Vietnam, opina que el objetivo comunista en Vietnam del Sur era «desgastarnos»; y continúa: «Podían cumplirlo con un sistema basado en el esfuerzo humano: los guerrilleros del Vietcong abastecidos y reforzados por unidades selectas del Ejército regular nordvietnamita.» El Ejército estadounidense fue llevado a hacer tablas por un enemigo que suplía con psicología y astucia su carencia de aviones y tanques. Y para combatir a su enemigo en sus propios reductos, los norteamericanos hubieron de inventar un arte militar tan —literalmente— a ras de suelo, que sus éxitos no se debían a las armas avanzadas o a la potencia de fuego, sino al puro valor para enfrentarse al miedo más antiguo y primigenio, siguiendo a la presa a la desconocida oscuridad de su guarida.»

Pocos de los guerrilleros llegaron al final de la guerra y, aunque el Vietcong pueda honradamente reclamar la victoria, fue el Vietnam del Norte el que alcanzó la gloria y el poder. Y cuando los «ratas de túnel»-norteamericanos regresaron a casa, sus historias y su valor fueron también ignorados, para luego ser tragados por el trauma y las recriminaciones de posguerra que atormentaron Estados Unidos.

La propia tierra, neutral, fue la que resultó profusamente honrada, a medida que los túneles comenzaron a rendirse a la fuerza del tiempo y la naturaleza, que acabaron lo que habían comenzado las bombas de los B-52, de tal modo que el distrito entero fue proclamado formalmente «la Tierra de Hierro de Cu Chi», una imitación de Hanoi de la admiración que, muy a su pesar, encerraba el apodo occidental de «Triángulo de Hierro».

El antiguo cuartel general subterráneo de Phu My Hung se conserva como un monumento conmemorativo a los túneles de guerra Las viejas cámaras de conferencias y los tortuosos túneles de comunicación han sido preservados cuidadosamente. En la actualidad es un lugar tranquilo, con un guarda que se ocupa de mantener las cosas en orden y un libro de visitantes que contiene corteses expresiones de sorpresa de las delegaciones comunistas que lo visitan. Quienes intentan descubrir personalmente cómo era la vida en los túneles haciendo un corto recorrido por ellos, pronto sucumben a la claustrofobia o a las legiones de hormigas y mosquitos que se han convertido en sus nuevos guardianes. En los caseríos del distrito de Cu Chi, los restos de los túneles languidecen descuidados, se hunden las entradas y los agujeros se desmoronan, mientras la nación gira su atención a nuevas campañas contra nuevos enemigos. Los jóvenes no pueden creer que Vietnam vuelva a tener que luchar en su propio territorio, los viejos no son tan confiados

La historia, con harta frecuencia propaganda de los vencedores, puede ahora registrar la verdad sobre esos túneles. Los supervivientes de ambos bandos hablan con abierto respeto sobre sus pasados adversarios y, como ocurre con muchas guerras, el odio se desvanece: lo que se recuerda es cómo el débil se enfrentó al fuerte y cómo ambos descubrieron nuevos veneros de valor y resistencia..., una enseñanza perdurable de una guerra dolorosa.